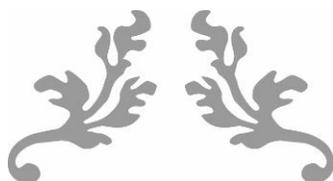


SARA TOLEDANO

SUMISAS REALES

COLECCIÓN DE 3 NOVELAS DE BDSM Y ERÓTICA
CON MILLONARIOS Y CRIMINALES



SUMISAS REALES

*Colección de 3 Novelas de BDSM y Erótica con
Millonarios y Criminales*



Por Sara Toledano

© Sara Toledano, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Sara Toledano.

Primera Edición.

Dedicado a Mar y a Sara

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

Índice

Niña Mala — *Sumisa Adiestrada por el Dominante Millonario*

Rey — *Romance Prohibido, Erótica y BDSM con el Señor del Crimen*

Rey — *Esclava Virgen y Prometida del Señor del Crimen*

Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

Niña Mala

Sumisa Adiestrada por el Dominante Millonario

I

—Tienes que salir con él.

—Pero, ¿por qué?

—Sólo tienes que hacerlo, Carol. Es una cuestión de negocios. No lo entenderías.

No supe qué decir cuando mi padre me dijo esas palabras. Recuerdo que estaba en la cocina de la casa, sentada en la mesa que estaba allí. Me llamó para que habláramos sobre mi futuro y pensé estúpidamente que se trataba de una charla sobre la universidad o algo así. No. Resultó todo lo opuesto.

Me levanté y fue a mi habitación. Aún podía escuchar el trinar de los pájaros afuera. Cerré la ventana porque no pude tolerar otro sonido. El que había dentro de mi cabeza era demasiado fuerte. Como si tuviera mil cornetas haciendo ruido al mismo tiempo. Estaba destrozada.

Seré sincera, no es que mi padre sea el perfecto ejemplo para mí. De hecho, es una figura casi inexistente en mi vida. Sólo tengo flashes de él cuando era pequeña. Supe que era alguien “importante” porque llevaba los negocios de gente en la política y de otros ambientes.

Gracias a eso, vivimos muy bien por largos años: viajes a Europa, ropa de marca, comidas en los restaurantes más exclusivos de la ciudad. Cualquier cosa que quisiéramos o imagináramos la podíamos lograr. Pero las cosas eventualmente fueron en picada. Comencé a verlo con un rostro de preocupación que no se le quitaba ni con el Xanax ni el whiskey.

Desde hacía varios días me miraba como si estaba tomando las fuerzas para decirme algo. No ignoré porque francamente estaba en lo mío. Pero luego

me citó para que charláramos y bueno... El resto es historia.

Me senté en la cama para pensar en todo lo que estaba pasando. Fijé la mirada en los pósters de Anthrax, Megadeht y Black Sabbath, en el clóset medio abierto y con algún bota de pantalón que salía de allí, los zapatos sobre el suelo de parqué. Me resultó irónico que el día estuviera particularmente cálido y bonito mientras estaba allí, sintiéndome como un trozo de carne.

Cualquiera hubiera pedido la intervención de su madre o de cualquiera. Mi caso es diferente. Mi mamá murió hace un par de años atrás gracias a su afición al alcohol; por otro lado, mi hermano mayor hizo todo lo que pudo para alejarse de la familia. No sé en dónde está ni qué hace, pero presiento que esté mucho mejor que yo.

Finalmente me acosté y pensé en la maleta pequeña que tenía debajo de la cama. La usaba cuando quería escaparme por unos días pero no era tan mala idea de tomar unas cuantas cosas e irme por la noche. Dejaría a mi padre solucionar su problemita y yo estaría a unos cuantos kilómetros de allí... Hasta que me encontrasen, hasta que me volvieran a arrastrar a este pantano.

Así que deseché la idea. No tiene sentido huir cuando sabes que el pasado te alcanzará de alguna manera u otra.

Pero no me malinterpreten, no es que tenga miedo a esas cosas relacionadas con el sexo. Más bien es algo que disfruto inmensamente. He tenido toda clase de experiencias desde que recuerdo. He estado abierta a probar cosas nuevas.

Mi primera vez, por ejemplo, fue con un hombre casado que conocí cuando tenía 15 años. Aunque nos confesamos las ganas, no hicimos nada hasta que nos reencontramos un par de años después. Como formaba parte del mismo círculo de amigos que mi padre, lo vi en una fiesta con su mujer.

Ella estaba durmiéndose en la silla y él no paraba de verme desde el otro lado del salón. Por supuesto que estaba nerviosa, pero lo disimulé un poco al tomarme un trago de lo que tuve cerca. Tosí y sentí un impulso que me llevó hasta donde se encontraba. Le rocé el hombro y fuimos hacia una de las habitaciones que había.

Cuando cerró la puerta tras él, mi corazón latía demasiado rápido. Tanto que pensé que sufriría de un infarto. Se acercó a mí y me tomó por la cintura y me besó. Lo hizo con fuerza, con determinación.

No paré de gemir gracias a que sus caricias se pasearon por todas partes. Mis caderas, mi espalda, mis pechos. Su lengua se adentró en mi boca para

buscar la mía. Mordió mis labios y hasta me los rompió un poco. Allí presentí que el dolor era un buen compañero del placer.

Bajó el cierre de mi vestido y me llevó suavemente a la cama. Su mirada mezclaba ansiedad y también emoción. Supongo que yo también sentí lo mismo aunque más bien estaba curiosa. Veía todo como una aventura.

Me dejó desnuda y me acosté. No mentiré, hubo una parte de mí que quiso salir de la habitación. El miedo pareció abrumarme hasta que sentí la boca de ese tío en mi coño. Tuve que taparme la boca con ambas manos para reprimir los gritos que aquello me produjo. No hay sensación comparable con eso.

Cerré los ojos y sentí su lengua dentro de mí, moviéndose, al mismo tiempo que le escuchaba chupar intensamente. De vez en cuando lo miraba y él sólo me respondía con una sonrisa malévola.

Siguió comiendo de mí hasta que se levantó y se desvistió. Cuando estuvo desnudo, pude ver su pene. Se veía grande y grueso y temía el dolor que iba sentir. Eso era algo que mis amigas y yo del colegio hablábamos, así que estaba un poco aprehensiva.

Por supuesto que no conté con el hecho de que él era un hombre mucho más experimentado que yo, así que pensé que era el paso obvio, resultó otra sorpresa. Tomó su mano y comenzó a masturbarme. Primero introdujo y dedo y luego dos, poco a poco a pesar que lo veía contenido entre sus ganas. Cuando los introducía y los sacaba, se los lamía para volver a meterlos. Es una imagen que aún hoy me produce la piel de gallina.

Volví a perderme en la excitación hasta que sentí que él se preparaba para penetrarme. Le tomé de los brazos y él se inclinó hacia mí. Me besó y finalmente lo sentí. Su pene entró en mí.

Paralelamente sentí una mezcla de dolor agudo y un placer infinito. En la misma cantidad o un poco de una y mucho de la otra. Era algo que todavía no me queda claro. Él se quedó allí un rato hasta que comenzó a moverse. Al principio lo hizo con cuidado hasta que poco a poco fue un poco más rápido e intenso.

Mis piernas no paraban de temblar, su boca estaba anclada en mi cuello y sus dientes mordían la piel que estaba allí. Me despedazaba por dentro y por fuera.

Siguió follándome hasta que rodeé su espalda con mis piernas, quería que estuviera más dentro de mí. El calor de nuestros cuerpos se volvió intenso y delicioso. En un punto, experimenté algo que hasta después supe se trató del

orgasmo. Puse los ojos en blancos y me agité con fuerza. Él siguió penetrándome con fuerza hasta que sentí que me deshice entre sus brazos. Las cosas se tornaron oscuras, un negro cerrado para quedar desconectada de la realidad.

Al poco tiempo abrí los ojos y me encontré con su cuerpo a mi lado.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Qué sucedió?

Aún veo esa sonrisa descarada.

—Tuviste un orgasmo.

Al terminar de decir esto, volvió a colocarse sobre mí y me folló con más fuerza que la primera vez. De nuevo, tuve que hacer el esfuerzo por no gritar como loca. El pene de ese hombre me producía cualquier cantidad de espasmos y placer, claro.

Estuvimos allí un rato. Al terminar, me levanté para lavarme. Por suerte, las sábanas no se mancharon demasiado. Él quiso hacerlo conmigo dentro de la pequeña ducha y tuve que decirle que no. De seguro su esposa lo estaría buscando como loca y era mejor que lo encontrara con la excusa de que había bebido de más y que la disculpara por eso.

Salió de la habitación un poco molesto pero me dio igual. Él sólo fue un medio para introducirme a esto del sexo.

Días posteriores, me buscó como loco. Incluso estableció negocios con mi padre como una excusa para tenerme cerca. No sé cómo hice para quitármelo de encima.

Lo cierto es que ese encuentro me marcó para siempre. Después de él, estuve con un chico que estudiaba en el mismo colegio pero era un año mayor que yo. Nos veíamos en los pasillos pero no se nos ocurrió acercarnos salvo por la fiesta de fin de curso.

Estaba sola, sentada en las gradas, fumando y burlándome internamente de estos rituales tontos adolescentes. Él se me acercó con un vaso de ponche. Recuerdo que hizo una especie de broma al respecto porque reí un poco.

Estuvimos hablando un rato hasta que pusieron una canción lenta. Nos miramos fijamente hasta que se acercó y nos besamos. Sus labios me supieron a dulce y supongo que eso fue gracias al ponche. Aunque había profesores y monjas en todo el lugar, parece que nos ignoraron por completo.

El hecho es que me tomó la mano y salimos de allí. Nos montamos en su coche y dimos vueltas por la ciudad. La noche estaba hermosa, la luna se veía

grande y brillaba como si fuera de día.

Dimos más vueltas hasta que aparcó en un estacionamiento vacío. Como el coche esta descapotable, abrió el techo y los dos quedamos bajo las estrellas. Volvimos a mirarnos y supe lo nervioso que estaba, así que fui hacia su regazo y le bajé le cierre con cuidado.

Tomé su pene con suavidad y lo masajeeé un poco. Supongo que tuvo una cara de sorpresa porque sentí que se sobresaltó. Eso me dio un poco de risa porque me hizo recordar el miedo que experimenté en mi primera vez.

Ese fue otro momento cumbre para mí, mientras le masajeeaba, experimenté lo duro que estaba su pene, incluso pude ver cómo su glande estaba empapándose cada vez más. Era un espectáculo para la vista.

No pude aguantar más y me incliné hacia su pene y lo besé un poco. Volvió a estremecerse y me lo introduje en la boca por completo. El pobre chico estaba que no podía más. Incluso me tomó por el cabello para que fuera más rápido y así lo hice. Continué hasta que le escuché decir:

—No puedo más.

Lo miré con toda la lujuria dentro de mi ser y esperé a que eyaculara en mis boca. Mis labios quedaron empapados de su semen. Relamí un poco para saborear un poco. Volví a verlo y nos reímos un poco. Era como si acabábamos de hacer una travesura.

Desde ese día, los dos éramos inseparables. Puedo decir incluso que me enamoré de él aunque no estoy muy segura de ello. Pero, como suele suceder, me aburrí y lo dejé. Por suerte, ese año terminó muy rápido y supe más tarde que se había ido muy lejos a estudiar en una universidad. Suspiré de alivio.

Mis aventuras no terminaron allí, también me relacioné con una chica que vivía en nuestra urbanización. La primera vez que la vi quedé impresionada por su belleza, de hecho, no era la única. Quien la viera, quedaba prendado de inmediato.

A primera vista no quise prestarle atención pero luego me di cuenta que también le gustaba. Al cabo de unos días, ya estaba sobre su cama, comiéndole el coño y haciéndole llegar tantas veces como quería. Sin duda, fueron unos meses deliciosos e intensos.

La lista se amplió cada vez más. Nunca tuve interés en coleccionar amantes pero sí llegué a pensar que tenía unos cuantos. Quise darme la oportunidad de vivir experiencias y no quedarme siempre en lo mismo; eso también me dio la oportunidad de juntarme con gente de todo tipo y conocer

toda clase de gustos y estilos de vida.

A veces pienso que eso también fue porque en casa las cosas eran diferentes. El ambiente pesado era suficiente para escaparme unas cuantas horas de esa realidad. Cualquier distracción era bienvenida.

La decisión de mi padre de usarme como moneda de cambio era algo que de lo que le creí incapaz. Sí, era corrupto. Corrupto en todo el sentido de la palabra, sin embargo no pensé que fuera tan lejos.

... Quisiera huir tan lejos como fuera posible.

II

Después de esa noticia, mi padre me dio una advertencia muy clara:

—Erik es un hombre de poder. Debes tener cuidado y procurar no exacerbar tus instintos rebeldes. A él no le gusta eso.

Permanecí callada, pensando que todo esto quizás se trataba de un sueño. De uno muy malo. Aquella ilusión, sin embargo, se rompió en mil pedazos al darme cuenta que no era así. Él continuó hablando como si hubiera aceptado la misión alegremente. Por supuesto no era así.

—Tienes que hacerlo bien. De lo contrario nos podría ir mal.

Francamente me daba igual perder todo. Ese imperio que mi padre construyó en base a mentiras y chantajes, era un burdo montaje. Sabía que el cualquier momento esa casa de naipes caería con el viento.

Me levanté de la mesa y me fui a mi habitación. Encendí un cigarro, de esos mentolados porque son mis favoritos y encendí la laptop. Esperó un rato más. En esos minutos me percaté que había fumado increíblemente rápido y que ya me encontraba encendiendo el segundo con mucha naturalidad.

La velocidad de esta acción menguó un poco cuando introduje el nombre de Erik en el buscador. Inmediatamente apareció una serie de imágenes de él en todas las formas posibles.

En unas estaba acompañado por modelos y actrices de Hollywood. Ellas sonrientes y él todo galante. Unas cuantas aparecía solo haciendo un gesto para las cámaras. Las restantes eran imágenes en donde se le veía en fiestas y reuniones en la alta esfera de la política.

Fui un poco más allá y encontré que era un hombre importante y misterioso. Los tabloides lo calificaban como el soltero del momento, aunque en la prensa de economía, la mayoría de los artículos lo vinculaban con redes menos lícitas. Pensé en mi padre y en la deuda. Sentí una punzada en el estómago y la ira me hizo encender un tercer pitillo.

—Maldita sea.

Seguí investigando pero después volví en las imágenes. Lucía alto, moreno, con el cabello negro aunque casi rapado. Los ojos verdes lucían penetrantes e intimidantes. Además, era alguien que se vestía bastante bien. Fuera verano o invierno, Erik tenía estilo.

Esa foto me dejó perpleja. Fue tomada como si hubiera estado muy cerca de él. Casi podía sentir que estábamos frente a frente. Me pregunté si él hizo lo mismo conmigo. Si se dispuso a investigar sobre mí y sobre mi vida. Si sabía que mi madre había muerto y que mi hermano se autoexilió. Si mis fotos se verían en Internet y si me había convertido en el objeto del deseo. Si no fuera así, podría correr con la suerte de liberarme de esta obligación.

Pasaron los días y se acercó el momento de conocernos. Nos veríamos en una fiesta en donde se congregarían las personalidades más importantes de la ciudad.

Si quería salvar el pellejo de mi familia, tendría que hacer el esfuerzo de verme bien, o al menos lo suficientemente seductora para él. Entonces, luego de un buen rato en la ducha, salí y fue hacia el clóset. A pesar de los jeans rotos, las camisetas de bandas de rock o con estampados de cuadros, tenía una bonita selección de vestidos.

Tomé uno de color amarillo intenso el cual iría bastante bien con mi color de piel. Era escotado en la espalda y tenía una raja en la pierna derecha. Gracias a ello, se pueden ver los tatuajes. Las tiras finas servían para enmarcar mi espalda y hombros. Estaba cobrando un aspecto casi como femme fatal.

Como hacía poco me había cortado el cabello bastante corto, no perdí demasiado tiempo en arreglármelo, más bien me concentré en el maquillaje. Ojos ahumados y labios de color rojo. Lo último fue colocarme un par de sandalias altas de color negro. Estaba lista para enfrentar la batalla.

—Vámonos.

Nos fuimos en el Alfa Romeo como pretendiendo que las cosas estaban mejor que nunca. Él quiso entablar una conversación pero no quise. Le respondí con monosílabos y sin intención de extender innecesariamente la interacción. Tuve suficiente con tener que compartir los minutos incómodos antes de llegar a la fiesta.

Llegamos y nos dimos cuenta de la concurrencia. No pensé que sería así porque imaginé que se trataría de una reunión de peces gordos. Aparcamos en la entrada y enseguida se apareció un valet. Tomó las llaves del coche mientras que nosotros subimos la escalinata hasta la entrada. Allí se encontraba un par de guardias y una chica con aspecto amable quien se encargaba de revisar las invitaciones.

Luego de un saludo formal, nos topamos con un recibo y una sala amplia

repleta de gente. Mujeres hermosas con joyería fina, hombres con trajes costosos, meseros con comidas de todo tipo. Los meseros iban y venían con bandejas de tragos, así que aproveché en tomar una copa de champaña mientras trataba de localizar al objetivo.

—Erik debe estar por aquí.

Tomó mi brazo y me guió hasta el centro del lugar. Una gran araña con pequeñas luces, colgaba del techo. La luz tenue hacía que el ambiente luciera cálido y hasta sensual. Mi padre fue interceptado por un tío que no reconocí así que aproveché para seguir mi camino como un acto de exploración.

Muchos rostros me resultaron familiares así que presumí que allí se encontraba de todo. Seguí caminando hasta que lo vi. Estaba conversando con un par de personas con bastante animosidad. Tomé casi por completo la champaña para contar con un poco de fuerza en mi interior. No sabía por qué estaba tan nerviosa.

A medida que me acercaba, el corazón parecía que se me iba a salir del pecho. Me sentí confundida porque no sabía a qué se debía.

Fui entonces hasta la barra y fingí que pedía algo para tomar. Me apoyé un poco para que viera mi espalda o mis piernas. Giré y sentí que sus ojos estaban sobre mí. Lo interpreté como una victoria.

Dejó de hablar con el grupo y se acercó a mí.

—Hola...

—Hola. ¿Cómo estás?

Le respondí con toda la picardía posible.

—¿Sabes? Hay algo que no entiendo.

—¿Qué será?

—¿Cómo una mujer tan hermosa puede estar sola? Es algo que no cabe en mi comprensión.

—Es una pregunta interesante pero es probable que eso sea así porque está esperando a encontrarse con el hombre correcto. ¿No crees?

Bebí un trago de vino blanco mientras me veía los ojos. Sentí que me atravesaba con ellos.

—Me llamo Erik. Mucho gusto.

—El placer es mío. Carol.

Nos estrechamos las manos y sentí una especie de electricidad que me recorrió el cuerpo. Nunca sentí algo así.

En ese momento, apareció oportunamente mi padre. Salió de no sé dónde y

se interpuso entre los dos.

—Erik, querido. Ella es mi hija. Ya veo que los dos se están conociendo. Qué agradable sorpresa.

Le lancé una mirada de odio que no pude evitar.

—Sí. Estábamos de unas cuantas cosas.

—Perfecto. Por cierto, ¿podemos hablar del asunto del que conversamos el otro día? Creo que es pertinente.

—Seguro... Carol, espero que tengamos oportunidad de encontrarnos luego.

—Me encantaría.

Los dos se fueron a un lado del salón mientras que yo me quedé en el mismo lugar. Estando allí, traté de reflexionar sobre mis sentimientos.

Por un lado, Erik me produjo un impacto que casi me estremeció. No sé si fueron sus ojos verdes o la fuerza que transmitió cuando me estrechó la mano, la sonrisa blanca y brillante o el porte cuando se acercó a mí. Cualquier cosa pudo detonar este deseo que no sé cuándo nació.

Vi que seguían hablando por lo que decidí caminar hasta otras escaleras que parecían conducir a la piscina. Allí había un ambiente un poco más festivo. Se encontraba un DJ y un par de chicas guapas que repartían chupitos de tequila y vodka.

Una serie de mesas rodeaban la gran piscina. A un lado, incluso se encontraba un jacuzzi para los más aventureros. Por mi parte, preferí seguir caminando hasta que me topé con un pequeño jardín con vista a la ciudad. Las luces de los edificios, casas y coches parecían pequeñas estrellas en la tierra.

Estaba embelesada con el panorama hasta que sentí el calor de alguien. Giré y vi el perfil de Erik.

—Linda vista, ¿no crees?

—Sí. Es hermosa. Esta ciudad tiene algo que parece magnético.

—Coincido. Aunque no nací aquí, siento que siempre pertenecí a este lugar. Creo que suena un poco tonto.

—Para nada.

Me sonrió y sentí que el mundo se movió debajo de mis pies.

—¿Qué te ha parecido la fiesta?

—Un poco formal para mi gusto. —Reí.

—Lo presentí. Espero que no estés aburrida.

—Con tu compañía lo dudo mucho. Pero creo que estás muy ocupado.

—Un poco, sí. Cansa un poco esto de estar saludando a los contactos, pero forma parte del trabajo.

Estuve tentada en preguntarle cómo había conocido a mi padre, sin embargo, las palabras no salieron de mi boca. Estaba más bien concentrada en ese rostro que me tenía hipnotizada. Sentí que cualquier cosa que me pidiera, se lo cumpliría sin importar qué.

—Te confesaré algo, aunque creo que no me lo creerás.

—Pruébame.

—Llamaste mi atención apenas entraste a la fiesta.

—Es broma, ¿cierto?

—Para nada. Te soy muy sincero. Incluso pensé que no tendría tanta suerte, quizás me pasarías al lado lanzándome al foso de la ignorancia.

No pude evitar soltar una carcajada. Él sonrió también y volví a quedarme como estúpida, mirándolo. Sin duda era guapísimo.

—Pero aquí estamos. Hablando y pasándola bien.

—Tu compañía ha hecho que mi noche cambie por completo.

Erik sabía cómo seducir a una mujer. Decía las palabras correctas y en el tono correcto.

Pude notar además que se me acercó lentamente. De una distancia prudente, casi pude sentir el calor de su aliento. Aunque no podía verme, sentí que mis mejillas estaban sonrojadas. Hice un gran esfuerzo para disimular tanto como pude.

Después de esas palabras no hubo más conversación, más bien nuestras miradas parecían consumirse en una sola. Finalmente, Erik se acercó hacia mi rostro y yo cerré los ojos. Quedé consumida por su perfume y por sus labios.

El beso fue suave pero al mismo tiempo intenso. Su lengua jugó con la mía por un rato, incluso me mordió la boca. Nos alejamos de la baranda y justo en ese momento, sentí sus manos sobre mi cintura. Me acercó hacia él, mientras que mis brazos descansaron sobre los suyos. Pude sentir que su contextura era fuerte y deseé por un momento hundirme en él.

Hice un ligero gemido hasta que recordé que estábamos en público, aunque, si soy sincera, me hubiera dado igual ser penetrada por él en medio de la gente. Que arrancara mi vestido con sus fuertes manos y que me lanzara al suelo para que me hiciera suya las veces que le diera la gana. También tuve otra punzada, recordé que ese acercamiento se debió a un pago y que yo, por ende, sólo era una transacción que debía cumplirse.

Se alejó de mí, lentamente, hasta que acercó su boca a uno de mis oídos:

—Debo ausentarme. Prometo que nos veremos pronto.

Sólo asentí.

Nos volvimos a mirar y luego, a besar. Estuvimos un rato así hasta que giró su cuerpo y se perdió en el grupo de gente que estaba dentro del gran salón. Yo permanecí en el mismo lugar como si tuviera los pies enterrados sobre la tierra. Luego me sentí lista para irme de allí y tratar de enfrentar la situación lo mejor posible.

III

No supe nada de Erik por unos días. Estuve un poco ansiosa porque no supe si lo había espantado por mi aspecto punk, muy diferente a las chicas que solía frecuentar, o si hubo una palabra errada en toda la perorata que nos dijimos. Recordé que no intercambiamos números aunque se me ocurrió que aquello no resultaría demasiado difícil en un mundo como este. Todos estábamos conectados.

No quise salir de la habitación para lidiar con los reproches de mi padre. Quería pensar que aquel beso que nos dimos en esos jardines, había causado el efecto deseado.

Cuando casi me quedo dormida, escuché el móvil. Lo tomé sin interés porque probablemente se trataba de algún solitario pidiendo un poco de cariño. Mi sorpresa y alivio fue cuando se trataba de Erik.

Leí el mensaje y fue como sentir que lo tenía cerca de mí. Pude imaginar el rostro y la expresión de sensualidad innata. Los dientes blancos asomándose sobre los labios tan perfectos, la nariz recta con un pequeño surco debido al gesto, los ojos brillantes y hermosos, con ese fulgor que hacía sentir que era capaz de atravesarte en cualquier momento.

Mi pecho volvió a latir con fuerza. Por una parte, quise rechazarlo ya que sólo su recuerdo me hacía pensar en esa deuda odiosa de mi padre. Pero, por otro, no podía olvidar el sabor de su boca ni el calor de mi cuerpo. Así pues que dejé de darle largas al asunto y me le respondí.

—Hola. Pensé que ya te habías olvidado de mí.

—Imposible. Sucede que a veces los negocios me absorben y a veces pierdo el sentido de la realidad. Por más difícil de creer.

—No lo dudo. No lo dudo.

—¿Sabes? Siento que debemos retomar lo que quedó en la fiesta. ¿Qué te parece si cenamos hoy y hablamos al respeto?

—Me encantaría. ¿En dónde nos vemos?

—Hay un restaurante japonés que abrió hace poco. Dicen que es un lugar hermoso. ¿Te apetece ir?

—La comida japonesa es mi preferida.

—Excelente. Parece que vamos en buen camino. Pasaré por ti a las 9:00

p.m.

—Vale, llámame cuando estés cerca.

—Seguro... Ya estoy ansioso por esta noche.

Colgué el móvil y sentí como si tuviera una especie de corriente en el cuerpo. Su voz se sintió lenta, sensual, grave. Sí, era como tenerlo a mi lado.

Luego de unas horas, comencé a prepararme para la cita de esa noche. Como hacía un poco de frío, opté por unas medias negras, shorts vaqueros y un suéter tejido de color gris; unos Dr. Martens rojo oscuro y una bufanda por las dudas.

A medida que me arreglaba, pensaba sin parar. Pensaba en lo que sería mi destino si dejaba el delineador negro sobre la mesa, tomaba un bolso y salía corriendo de allí. Total, la deuda no era mía y podía mezclarme en las cientos de almas que vivían en la ciudad.

La idea me seducía cada vez más. Sabía cómo y por dónde salir, sabía burlar a los guardias y la seguridad de la casa. No importó las veces que me escapé, mi padre no cambió los códigos. Sentía que la tentación era una especie de tentáculo suave que me envolvía la cabeza. Sólo tenía que decir sí y dejar lo que estaba haciendo.

... Pero no. No lo hice. Aunque sentía la repulsión del deber, también estaba intrigada por lo que él tenía para ofrecerme. Erik tenía un imán y yo era el trozo de metal que giraba alrededor. Era fuerza era inevitable.

Terminé de arreglarme y casi al instante sonó el móvil. Salí de la habitación y eché una ojeada hacia el interior. Todo estaba oscuro salvo el resplandor de la televisión que se reflejaba sobre el pecho de mi padre. Suspiré de la rabia y de la indignación. Ya tendría tiempo para pensar en eso.

Al cerrar la puerta, me fijé en la tranquilidad de la noche. El ronroneo de los motores del coche de Erik era lo único que rompía con ese silencio. Era un Lamborghini. Lo supe porque vivir rodeada de matones y mafiosos con gustos caros, puede enseñarte mucho de cosas como esas.

Bajé los pocos escalones de cemento y me encaminé hacia el coche. Justo en ese momento, lo vi bajarse con los ademanes de un tipo seguro de sí mismo. Tenía un traje negro y una camisa blanca sin corbata. Apoyó su cuerpo sobre la puerta del conductor y me miró fijamente. A medida que me acercaba, parecía sonreír más y más. No pude evitar responderle con lo mismo. Incluso me sonrojé. Estoy segura que fue así.

—Vaya, me siento como el tío más afortunado de la ciudad. Qué bella

estás.

—Muchas gracias. Tú no te quedas atrás.

—Bah. Claro que no.

Puso sus manos sobre mi cintura y me llevó hacia él, tal cual lo hizo el día de la fiesta. Apoyó su frente sobre la mía y luego me besó. Al principio fue suave hasta que después se volvió intenso. Muy intenso. En ese momento, mientras estábamos allí, descubrí ese poder de Erik. Él era capaz de hacerte sentir que te encontrabas en otra galaxia, en un mundo aparte y que todo giraba alrededor de ti.

Pude quedarme con esa impresión pero luego pensé que tendría una lista de mujeres, locas por él, y que de seguro les habrá dicho lo mismo. Me aferré a esta idea porque resultó ser lo mejor, yo era un pago y él el consumidor. Así tenía que verlo.

Tuvimos que despegarnos porque en cualquier momento, dejaríamos el pudor y follaríamos en medio del asfalto, sin importar las habladurías. Me llevó hacia la puerta y la abrió con gesto caballeroso. A veces me costaba aceptar estas cosas por mi personalidad pero luego me entregué a eso.

El suave olor a cuero me invadió y me hizo sentir que costaba un millón de dólares. Además de eso, observé los detalles finos y delicados del tablero y el volante. Todo lucía tan limpio, tan impecable que me dio miedo hasta de respirar.

Más tarde él se subió y quedamos juntos. Puso la mano sobre el cambio de velocidades y luego sobre mi muslo. Hablaba sobre reuniones y fiestas hasta que me apretaba con la mano. De alguna manera me hacía entender que algo que me costó al principio en responder.

Nos detuvimos en un semáforo, a pocas calles de llegar al restaurante. Apoyó su cabeza sobre mi hombro y luego fue hacia mi cuello. Sentí sus labios en mi piel y sentí que esta se me ponía de gallina.

Repartió unos cuantos besos e incluso mordidas. Mientras lo hacía, cerré los ojos y pude sentir que de nuevo me trasladaba hacia otro lugar. Sólo deseaba que me consumiera ese fuego que sentía en sus labios.

La magia duró exactamente los 60 segundos del semáforo. Me desperté de ese ensueño. A pocos minutos ya nos encontrábamos en la entrada del restaurante, siendo atendidos por un valet que iba y venía velozmente.

Salimos e inmediatamente me tomó de la mano. Llegamos a la puerta y pude notar la fila de gente que estaba esperando por una mesa. De inmediato

pensé que no tendríamos oportunidad de sentarnos hasta que Erik intercambió unas pocas palabras con el anfitrión.

—Por supuesto, señor. Acompañenme.

Trajo consigo un par de menús y nos condujo a través de la gente. Sentí sobre nosotros esas miradas de desaprobación. Incluso yo lo haría.

—¿Qué le parece esta mesa, señor?

—Perfecta.

Nos ubicaron en una esquina del restaurante, alejados del bullicio y de la barra principal la cual se encargaba de servir platillos al instante.

—Hoy elegiremos a la carta. Creo que disfrutaremos mejor el menú. ¿Te parece?

Asentí.

—Excelente elección, señor. ¿Apetecen sake, vino?

—Sake caliente. Creo que la noche se presta para eso.

El mesero retornó hacia la muchedumbre y los dos nos quedamos rodeados de ventanales y de una luz tenue proveniente del techo. La música era suave y, a pesar de la cantidad de gente, el ambiente era tranquilo.

No esperé encontrarme en un sitio como ese. Por lo general los chicos me invitaban a alguna discoteca de mala muerte, bebíamos tragos de licores baratos y terminábamos retozando en algún hotelucho. Pero aquí me encontraba, con uno de los tipos más poderosos de la ciudad. ¿Qué más podía pedir?

—La selección es exquisita. Creo que te gustará el sake, ¿o ya lo probaste?

—Oh, no, no. De hecho creo que desentono un poco con el lugar. Todo se... pues, tan elegante.

—No digas eso. ¿Quieres que te diga un secreto?

Se acercó hacia mí hasta que casi sentir el roce de sus pestañas sobre las mías.

—Vayas a donde vayas, de seguro robas la atención.

Me reí por el comentario. Luego de eso, nos sirvieron un poco de sake que acompañó a un caldo hecho con miso.

—Como la noche es fría, esto será la entrada perfecta.

La presentación era un espectáculo. En el medio del pocillo, había una pequeña flor que se abrió al contacto del caldo caliente. No pude evitar tener una expresión casi infantil porque hasta el mismo Erik sonrió al verme.

—Sí. Yo también me puse como un niño cuando lo vi.

Comenzamos a probar la entrada y los sabores eran simplemente sublimes. Después, nos sirvieron piezas de pescado y mariscos muy frescos con arroz aromatizado con jazmín. Cuando presentaron el pescado asado, yo sentía que no podía más.

—Esto es un banquete.

—Lo es. Este es uno de mis lugares favoritos. Lo genial es que no importa si hay mucha gente, siempre te atienden con esmero.

—Bueno, me imagino que eres uno de los clientes especiales.

Al terminar de decir estas palabras, fue cuando realmente medí las consecuencias. Por si fuera poco, dejé escapar el sarcasmo con que suelo acompañar lo que digo. Esperé lo peor y hundí mi cabeza sobre ese pescado que parecía esperar por mí.

—Tienes razón. El poder que tengo viene con responsabilidades y con beneficios. Por ejemplo, el comer aquí... Tú.

Lo miré fijamente.

—Sí. Tú. —Se acercó lentamente a mi rostro. —Sabes muy bien qué haces aquí y lo que hacías en la fiesta. No quería tocar el tema pero ya que lo mencionaste indirectamente, bien, lo aprovecharé.

Una especie de fuego nació en la boca del estómago para esparcirse por todo mi cuerpo.

—Tu padre me debe una cuantiosa cantidad de dinero. Cuando se lo pedí, se humilló a sí mismo para que le diera más tiempo. Fue allí cuando pensé que él tenía una hija, así que pensé que sería una buena idea pedir a cambio un poco de diversión. Le planteé la solución y la aceptó de inmediato. Por supuesto, Carol, esto dependerá de tu desempeño, así que tendrás que hacer tu mejor esfuerzo, ¿vale?

Justo en ese momento, se acercó el anfitrión para preguntarnos si todo estaba bien.

—Sí. La cena está estupenda. No pude esperar menos del chef. Por favor, mándeme mis felicitaciones.

—Enseguida, señor. Permiso.

Mantuve la mirada sobre el plato. Tuve la tentación de tomar el vaso de agua y echárselo a la cara. Pensé en tantas cosas que ahora no recuerdo. Sólo me quedó respirar con fuerza porque al menos así controlé las lágrimas que en algún momento llegaron a asomarse.

Seguía escuchando el sonido de los palillos y sobre el plato hasta que se

detuvo.

—No quise tocar el tema. Insisto.

Alcé la mirada y me encontré con su rostro. Estaba neutral, inexpresivo. Su actitud me hizo entender que para tener éxito en el mundo de los negocios parece que había que ser un gilipollas. Aparté el plato de mi vista y no quise seguir comiendo. Todo me calló como un balde agua fría.

Pensé en mi padre, en su estupidez, en la falta de hombría por defenderme. Pensé en Erik en su capacidad de usar el poder para manipular a otros. Si así era mi caso, no quería imaginar lo demás.

Me levanté de la mesa y me dirigí al mirador que tenía el restaurante. La ciudad se veía brillante, hermosa. Yo me sentí mínima y traté de animarme. Fue inútil. Al poco rato, sentí la presencia de Erik a mi lado.

—Mi intención era que pasáramos una noche agradable.

Seguí sin contestar.

—Lo siento.

Quise pensar que lo decía de verdad, que no fingía. Pero daba igual. El tío dijo una verdad y no podía echarse para atrás, así que no quedaba más remedio que asumir la situación. Tenía que servirle según sus deseos.

—¿Regresamos?

Asentí.

Volvimos a la mesa y ya estaba frente a nosotros dos pequeños bols con un par de bolas de helado.

—Menta y bambú. El final perfecto para la cena. —Dijo el mesero con un tono alegre.

Bebí un trago de sake y me devoré el helado. Creo que ni saboreé.

Erik pidió la cuenta en un ambiente tenso. Moría por irme a casa pero inexplicablemente tampoco quería ir. Era encontrarme en dos aguas. En dos disyuntivas.

—Quiero llevarte a otro lugar.

—Vale.

Pareció animarse debido a mi respuesta. Entonces pisó el acelerador del coche y nos encaminamos a un lado de la ciudad que era completamente desconocida para mí.

Ascendió a una colina y manejó por el camino oscuro por un buen rato. Incluso llegué a pensar que sería víctima de un enjuiciamiento gracias a mi acto de pseudo rebeldía. Finalmente, aparcó en la cima y nos bajamos. Me

había llevado hacia la costa.

No visitaba ese sitio desde que era niña, así que me sentí nostálgica y emocionada. Podía ver el faro rojo a lo lejos, iluminando la superficie tranquila del agua. Había un par de chicos corriendo e incluso parejas sentadas en los bancos. Para ser un lugar tan hermoso, en realidad había poca gente.

Me acerqué a la baranda, cerré los ojos e inhalé. Llené mis pulmones del aroma del mar y me sentí inmediatamente relajada. Casi olvidé el impasse que tuvimos.

—¿Qué te parece?

—Es precioso. Tenía mucho tiempo sin venir.

Erik no parecía el tipo de hombre que pedía disculpas o que se sintiera mal por haber sido extremadamente duro. Lo cierto es que tenía una mirada diferente. No lo sentí desafiante ni frío, sino incluso amable y casi cariñoso.

Poco a poco se acercó a mí hasta que volvió a hacer lo mismo cuando íbamos hacia el restaurante. Colocó sus labios sobre mi cuello y sentí el aire caliente de su respiración. Su brazo rodeó mi espalda y quedé envuelta en su cuerpo. Siguió moviendo sus labios hasta que sentí su lengua.

Lamió suavemente, incluso sentir sus dientes clavándose en mi piel. No aguanté más y me volteé para verlo. Sonreía con ese gesto malicioso y me le fui encima. En ese momento, estando en sus brazos, olvidé todo. Olvidé que era un juguete más, olvidé que sólo estaba para satisfacer sus necesidades, olvidé la rabia. Nos besamos con pasión porque nadie más existía salvo nosotros.

Me volví adicta a sus caricias. Tenía un modo de hacerlas que me hacía preguntarme si él realmente existía. Estaba embebida por el aroma de su cuerpo, por la fuerza de sus miembros, por el sabor de sus labios, por la intensidad de su lengua en búsqueda de la mía.

Comencé a gemir, a sentir el calor de mi coño y la humedad de la excitación, moría por abrir las piernas y recibirlo allí. Cuando estuve a punto de pedírselo, me dijo al oído:

—Mejor vamos a mi casa.

Tomó mi mano con fuerza y nos metimos en el coche. Estando allí, volví a besarlo con más fuerza que cuando estábamos afuera. Instintivamente, mis dedos comenzaron a jugar con su bulto el cual lo sentí muy duro. Lo rocé suavemente mientras lo veía a la cara, quería que se diera cuenta que lo hacía

con placer. Genuino y puro.

Bajé el cierre y esperé a que me detuviera, pero no, esperó a que yo continuase y así lo hice. Me adentré a esa frontera impuesta por el pantalón y la ropa interior. Fui un poco más allá y finalmente lo encontré como si estuviera esperándome. Ese pene duro y grueso, el glande palpitante, húmedo. Mi boca se hizo agua.

Me incliné inmediatamente hacia él y comencé a chuparlo con fuerza, con desesperación. Al principio me costó un poco, no mentiré. Sin embargo, estaba decidida a tenerlo todo en mi boca. Por completo. Sentí unas cuantas arcadas hasta que finalmente lo logré. Estaba dentro, tanto, que creo que llegó hasta mi garganta.

Permanecí un rato así, quieta, hasta que empecé a hacer un movimiento ascendente y descendente. Suave al principio y luego más fuerte y rápido. Su mano descansó sobre mi cuello, apretándolo a medida que lo metía en mi boca. Después de un rato, decidí masturbarlo mientras mis labios se concentraron sobre el glande. Seguía chupándolo mientras mi mano lo apretaba.

Por supuesto que lo sentí más duro, incluso me jactaré en decir que le hice gemir. Aquello me dio una sensación de victoria por lo que continué. De vez en cuando lo miraba a los ojos. Cuando retomé la faena, Erik pisó el acelerador hasta el fondo.

Me concentré tanto en lamerlo que él tuvo que tomarme con fuerza para decirme que ya habíamos llegado a su casa.

Me incorporé rápidamente y acomodé mi ropa, él hizo lo mismo y hasta respiró por unos segundos. Volteó a verme y me tomó de nuevo por el cuello. Me presionó sobre el asiento y me besó.

—Eres una niña mala, lo sabes, ¿verdad?

Apretó un poco y apenas pude asentir.

No puedo describir esa sensación de poder que percibí a través de su mano sobre mi cuello. Mi coño palpó con fuerza y hasta pude sentir un hilillo de mis fluidos recorriendo el interior de mis muslos.

Nos bajamos sonrojados y excitados. Por suerte, no había nada en el estacionamiento por lo que tomamos uno de los elevadores sin problema. Al cerrarse las puertas, me colocó delante de él para que mis nalgas sintieran la dureza de su pene.

Sus manos se acomodaron sobre mis caderas al mismo tiempo que las

movía para excitarnos más. Apoyé mis manos sobre las suyas. El sonido del elevador, nos avisó que habíamos llegado al piso.

Salimos al pasillo y quedé impresionada por el piso y las paredes de mármol. Todo lucía tan limpio e impecable que daba miedo respirar siquiera.

Erik sacó una tarjeta de su traje y la pasó por un lector al lado de la puerta. Marcó rápidamente una clave y se abrió la puerta. Me dejó pasar y di unos cuantos pasos. Se trataba de un penthouse pero quizás el más lujoso que había visto. Además, no lucía de mal gusto sino todo lo contrario.

El suelo era de parqué lustroso, los muebles tenían un aspecto minimalista y las paredes sólo tenían lo necesario en ellas. Algunas sólo estaban decoradas con arte, lo que encontré interesante.

Caminé unos cuantos metros más para encontrar una amplia sala conectada con una cocina con artefactos que hubiera envidiado cualquier chef. Apostaría que Erik no sabe manejar la mitad de los mismos.

Aunque todo era hermoso, no había nada que fuera personal. No había fotos, ni recuerdos de nada. Me dio la sensación de ser una caja impersonal que servía de dormitorio para todos los días.

Esa impresión se esfumó de mi mente cuando sentí el contacto de algo frío sobre mi brazo. Resultó ser una copa de vino blanco que Erik me había servido.

—Salud. Para que dejemos en el pasado aquellas cosas incómodas.

—Saludo.

Bebimos un trago. El sabor dulce abrazó mi garganta y pude sentir que me volvía un poco más suelta gracias al alcohol.

—Este lugar es hermoso.

—Sí. Lo es. Le puse mucho empeño para causar la impresión de hombre interesante.

—Creo que no es necesario pero creo que esto le da el toque final.

—Ven a ver esto.

Subimos las escaleras hasta que llegamos a un espacio completamente vacío y despejado. Sin embargo, entraba una cantidad de luz impresionante. La luna llena, irradiaba el lugar con ese brillo azul.

—Aún no sé qué colocar aquí. Parece una exageración que, viviendo solo, tenga un espacio tan grande, pero así son las cosas... En fin. Este espacio se me ha hecho difícil en particular. Realmente no lo sé. Sin embargo, es uno de mis lugares favoritos del piso precisamente por esto.

Caminó por el lugar extendiendo los brazos.

—... Es como si pudieras permitirte ser libre. No sé si me entiendes. Además, es tan agradable de día como de noche. Esta vez tenemos suerte.

—Es una noche preciosa. La luna parece hipnotizar.

—No. Eres tú quien lo hace, Carol.

Tomó mi copa junto a la suya y la colocó en una esquina de la habitación. Al incorporarse, se quitó el saco y pude ver mejor la anchura de su pecho y espalda. Ese hombre vino hacia a mí con un andar que casi me provocó un infarto.

Sus manos fueron directamente hacia mi rostro. Conjugamos nuestros labios con pasión, con fuerza. El desespero hizo que Erik me cargara y me llevara hacia una de las paredes de la habitación. Mientras seguíamos en los besos, pude ver cómo un rayo de luna bañó el color verde de sus ojos. Estaban más oscuros, como si se escondieran una pasión tras ellos.

No sé en qué momento me quitó los zapatos ni el short. Lo único que supe era que mis piernas estaban rodeando su espalda y que sus manos estaban sobre mis muñecas. Tenía una gran fuerza porque me movía a su antojo. Por momentos pensaba que iba a perder el equilibrio pero él de nuevo me tomaba para que obviara ese detalle.

Me dejó en el suelo y luego nos dirigimos a una habitación. Supuse que era la suya puesto que era de gran tamaño. La cama estaba sobre una alfombra mullida. Frente a ella, estaba una chimenea y, sobre esta, una gran pantalla de un televisor de última generación. Unos cuantos controles me hizo concluir que era amante de los videojuegos. Me sentí más cómoda al saber que al final del día, era un sujeto como cualquier otro.

Quise seguir explorando pero no tuve oportunidad. Él se sentó en la orilla de la cama y me tomó entre sus manos. Acarició mi cintura y mis caderas, me miró a los ojos y volvió a concentrarse en esos lugares.

—Qué divina eres...

Bajó lentamente mis medias para luego quitar el resto de la ropa.

El roce de sus dedos sobre mí, me hacía estremecer. A pesar de las noches y los amantes, de los besos y de los sabores y de los sexos, ese hombre me hizo sentir intimidada. Por lo general, soy bastante sienta mucha seguridad sobre mi cuerpo y suelo actuar en consecuencia, incluso tomar la iniciativa. Pero esta vez no fue así, sólo quise dejarme llevar por él, que él sirviera de guía en todo este viaje.

Quedé desnuda frente a él y al poco tiempo, su boca fue a parar a uno de mis pechos. El otro quedó bajo el poder de su mano que no paraba de masajearlo, apretarlo. Puse mis manos sobre su cabeza. Necesitaba apoyarme de algo o de seguro caería al suelo.

Su boca me devoraba por completo, sus manos manoseaban a su antojo y era tonto de mi parte reprimir los gemidos y los gritos. Él sabía cómo tocar a una mujer, sabía cómo hacerla sentir suya con el roce de su boca, con la mirada.

Me dejó sobre la cama con hambre de más. Se desnudó rápidamente y pude ver su pene. Estaba completamente erecto, duro, firme. Deseé ir hasta él y comérmelo entero pero mi instinto insistió que debía esperar un poco más, así que lo hice.

Erik se masturbó un poco y me excité aún más al ver cómo lo tomaba. Se veía tan macho, como todo un semental. Las venas brotadas de su miembro se confundían con la de sus manos y brazos. Sólo quería lamerlas hasta el cansancio.

Dejó de tocarse para reunirse finalmente conmigo. Antes de sentirlo, se inclinó hacia a mí y me tomó por el cuello como ya había hecho antes. Me susurró:

—Harás lo que te diga y cuándo te diga. Desde ahora eres mi esclava.

Mi coño palpité con más fuerza gracias a esas palabras. Me hizo vibrar y apenas tuve tiempo para asentir cuando su pene me abrió la carne. Mis piernas comenzaron a temblar y cuando alcé la mirada, observé el brillo de esos malvados.

Su pelvis chocaba contra la mía, aunque al principio sus movimientos eran suaves. Sin embargo, al ganar más confianza, se apoyó aún más sobre la cama y fue aún más profundo dentro de mí. Fue tal la sensación que no me quedó más remedio que hundir mis uñas sobre su piel.

Él hizo un gemido de dolor por lo que se afincó aún más, lo que me produjo que casi perdiera la consciencia. Algo que no pensé que sería posible.

Mientras seguía dentro de mí, me tomó por el cuello y lo apretó. Al mismo tiempo me miraba y lo hizo con un fulgor tan intenso que casi creí perderme en ellos. Incluso puedo decir que hubo instantes en que mi propia piel se desintegró en pequeñas partículas que flotaban en el aire. Erik me hacía sentir que mi ser era flexible e infinito.

Siguió sobre mí hasta que cambiamos de posición, me tomó por la cintura

y me colocó sobre él, estando sentado. Procuré introducirme el pene con cuidado pero fue inevitable no sentir el grosor de su miembro.

Al estar así, incluso la sensación era más intensa. Traté de acomodarme lo mejor posible y comencé a moverme. Dejé que mi cintura y mis caderas se soltaran y tomaran el ritmo que quisieran. Con él me sentí como una amazona conquistadora. Era una mujer poderosa y sensual.

Hubo un momento en que lo hice con tanta fuerza y rapidez que pude escuchar un rugido de Erik. En ese momento, volvió a dejarme sobre la cama, notablemente agitado y con el rostro colorado.

—Casi me haces llegar. Ahora te toca un castigo.

Sonrió para dejarme con la incertidumbre.

Poco después vino hacia a mí con unas cuerdas.

—Así que de esto se trata ser esclava —Pensé.

—Ponte en la orilla de la cama y apoya tus pies sobre el suelo, abriéndolas un poco.

Mi torso y mis brazos quedaron sobre la superficie mientras que dejé el resto de mi cuerpo quedara expuesto a él. Esperé ansiosamente hasta que sentí las cuerdas cerca. Él juntó mis muñecas y las amarró con increíble destreza.

—Muévelas un poco.

Hice lo que me pidió y efectivamente casi las tenía inmovilizadas. Aun así, podía moverlas un poco, lo suficiente como para no sentir claustrofobia. Coloqué la cabeza de perfil para poder ver lo que sucedería después, sin embargo, Erik apareció con un trozo de tela negra.

—Volvamos esto un poco más interesante.

Vendió mis ojos y pude sentir cómo la ansiedad recorría mi cuerpo. Lo que pasaría después, estaría completamente a merced de Erik.

Respiré profundo y sentí una primera nalgada. Fuerte. Intensa. Dejó esa sensación de picor y ardor. Después de esa primera, en la que deseé que continuara, Erik me dio tantas más como pude soportar.

Incluso llegó el punto en que flexionaba mis piernas como un intento burdo para olvidar el dolor. Por supuesto que eso no fue suficiente, por lo que continuó haciéndolo hasta que paró. Supuse que su mano se había cansado. Yo, por mi parte, estaba a punto de desvanecerme.

A pesar del ardor, los dedos de Erik rozaron mi piel con delicadeza. Lo hizo durante un rato hasta que después besó mis nalgas. Incluso las lamió. En el proceso, sus manos abrieron mi culo y su lengua fue directamente a mi coño.

Hizo que separara más las piernas pero, la verdad, se me hizo imposible. No sé cómo pude lograrlo. Sus lamidas, mordidas y besos en mi vagina y hasta en mi ano, fueron una especie de viaje indescriptible. No paraba de gemir. Incluso creo que supliqué que me follara. Mis palabras las ignoró por completo.

Él tenía un rasgo que le hacía destacar de otros hombres. Verán, la mayoría suele ser, digamos, predecibles. Sin embargo, no pasaba lo mismo con Erik. Tenía la cualidad de la sorpresa, por lo que se podía esperar cualquier cosa de él.

Justo cuando estaba al borde de la desesperación, con los sentidos agotados de tanto buscarlo, con la voz ronca de llamarlo, fue cuando sentí que volvió a follarme pero con una intensidad superlativa.

Sus manos estaban aferradas a mi carne como si quisiera atravesarme. Arqueaba mi espalda por el apoyo y, cuando se cansaba, se sostenía de mis hombros para tener más impulso. Lo sentí tan adentro, tan caliente, que mi cuerpo y el suyo seguro se fundieron.

Me follaba y me nalgueaba. Si quería cambiar, me halaba del cuello y hacía que me levantara un poco, hasta que luego me echaba sobre la cama como si fuera sólo carne y huesos.

Las ataduras en mis manos y brazos se sintieron como una prisión. Moría por sostenerme de algo, moría por tocarlo y decirle que nadie me había hecho sentir de esa manera. Pero las palabras no salían de mi boca, mis cuerdas vocales se quedaron suspendidas en el tiempo, mi lengua sólo le daría placer y no perdería tiempo en conversar.

Estuvo allí un rato hasta que me giró y así mi espalda de nuevo en las sábanas. Los dos respirábamos agitadamente, lo pude escuchar antes de que me penetrara de nuevo.

Lo hizo pero con una variante exquisita. Tomó el pulgar y lo puso justo sobre mi clítoris así que sentí una corriente eléctrica desde la planta de los pies hasta la parte baja de mi cuerpo. Su pene y sus manos estaban en dos puntos de placer.

Acariciaba mi clítoris y también me daba palmadas. Las gotas de sudor de su frente cayeron sobre mí. Sonreí para hacerle saber que disfrutaba que me hiciera su mujer.

Continuó con fuerza hasta que no pude más. Aguantar hubiera sido insultar sus modos como hombre viril que él era.

—Por favor... Por favor.

Le insistí como un último recurso para que atendiera mi llamada desesperada. Sentí sus labios sobre mi espalda y logré escuchar.

—Vente.

No pasó demasiado tiempo después de esas palabras. Casi de inmediato me corrí con su verga dentro de mí. Fue tan fuerte que cuando él sacó su pene, sentí los flujos corriendo entre mis piernas.

Respiré agitadamente y con la oscuridad cubriéndome por completo. No lo digo por la venda, fue algo más. Como si mi cuerpo se apagara de repente y volviera en sí en cuestión de segundos.

Abrí los ojos para encontrarme con el rostro sonriente de Erik. Me dio un beso para luego enseñarme cómo se corría sobre mí. Primero fue un chorro propulsado por la intensidad del orgasmo, luego, unas cuantas gotas que se esparcieron desde mis piernas hasta el cuello.

Cayó agotado a mi lado. Los dos respiramos y tratamos de recuperarnos de un encuentro intenso.

En el transcurrir de los minutos, Erik me limpio, desató los amarres y terminó de quitarme lo que quedaba de la venda de los ojos. Aunque las luces estaban apagadas, sentí un poco de ardor.

Él no estaba cerca y durante su ausencia, pude notar las marcas de las cuerdas en mis muñecas. Algunas partes incluso estaban enrojecidas. Toqué el relieve que quedó en mi piel. De todas mis experiencias extravagantes, esto fue un poco más allá y presentía que sólo era el comienzo.

Erik salió del baño totalmente transformado. Se puso un pantalón de pijamas y me miró para decirme:

—Creo que es mejor que pases la noche en casa. ¿No crees?

Francamente no me esperé una reacción como esa. No quería decir que tenía que correr a mi lado y abrazarme, pero sí me perturbó un poco la sequedad del comentario.

—Sí. Tienes razón.

Fingí que no me había incomodado y me levanté. Caminé desnuda hacia él, con lentitud hasta que le pasé por al lado. Si así íbamos a jugar, pues ya estaba preparada para ello.

Erik pareció cambiar de opinión. Antes de entrar a la ducha, sentí su mano sobre mi cintura mientras me empujaba hacia la pared. Mi espalda quedó contra los azulejos y el frío hizo que se erizaran mis pezones.

—¿Qué crees que ganarás con esa actitud?

—Que me disciplines.

No sé de dónde vino eso pero lo dije de una manera tan natural que él pareció estar de acuerdo conmigo.

Me cargó y me alzó para quedar entre sus brazos. Escuché cómo una de sus manos hizo el gesto rápido para bajarse los pantalones. Metió su pene suavemente y me hizo suya en ese pequeño espacio.

El acto fue corto pero los minutos fueron suficientes para volver a embriagarme debido a la intensidad de su cuerpo. Cada embestida se sintió con esa fuerza de quien desea abrirse paso con decisión. Tomé sus hombros y lo miré a los ojos. Su respiración la sentí en mi cuello y nuestros pechos, muy juntos, parece que compartieron los mismos latidos.

Me ahorcó y sus labios tensos por el esfuerzo y la excitación se abrieron un poco para ordenarme que me corriera. La verdad es que no hizo demasiada falta que me lo dijera. Mis piernas se aferraron en su torso para sentir su pene más dentro de mí. Dios, cuánto adoraba tenerlo así de profundo.

Gemí y gemí hasta que esos ruidos se volvieron gritos. Mordí mis labios y finalmente me dejé llevar por el orgasmo. Erik, por su lado, siguió dentro hasta que también comenzó a hacer quejidos. Al estar cerca, me soltó e hizo que me arrodillara. Recibí todo el calor de una segunda corrida en mi cara. Algunos restos cayeron en mis labios y aproveché para comerlos mientras le sostenía la mirada.

Me levanté suavemente y me metí a la ducha. Todo con esa actitud de indiferencia que él mismo me transmitió al principio. Él luego se unió y nos duchamos los dos entre los besos y las caricias.

Al salir, él se excusó por lo que me quedé sola en el baño. Miré mi cara y supe que había pasado una sesión bastante fuerte. Todavía estaba sonrojada y hasta tenía los ojos llorosos aunque no supe bien por qué. Miré la piel y encontré algunas marcas de dientes y chupones. Supongo que no me di cuenta de ellas porque mi mente quedó sumida en una especie de trance. Uno increíble.

Como no hacía frío, sólo me coloqué los shorts y el suéter de punto. Bajé las escaleras descalza y lo encontré en la cocina frente al refrigerador, concentrado en lo que había en el interior.

—Sé que comimos demasiado pero se me antoja algo dulce. ¿No te pasa lo mismo?

—Creo que me estás leyendo la mente porque pensaba en lo mismo.

—No se diga más... Déjame... A ver... Debe estar por aquí... ¡AJÁ!

Sacó una caja mediana y la colocó sobre la encimera. Frotó sus manos y me miró con entusiasmo infantil.

—Esto fue un regalo por una inauguración de una pastelería que está cerca. El dueño sabe que me desvivo por los dulces así que me preparó esto.

Levantó la tapa de cartón dorado y encontré una variedad de dulces cuyo aspecto era delicioso. Pasteles de manzana, tartaletas de frutas, canolis, profiteroles, galletas con chispas de chocolate y hasta fresas con crema.

—Esto es de chocolate blanco. Es un postre francés, creo recordar.

Lo tomó delicadamente entre sus dedos y me lo ofreció.

—Es uno de mis favoritos y quiero que me digas tu opinión.

Tenía forma de esfera, así que tardé un momento para darle el primer mordisco. Escuché la risa de él, por lo que supongo que me veía bastante graciosa.

Mis papilas gustativas experimentaron una serie de sabores exquisitos. Vainilla, notas cítricas y una textura esponjosa parecida a la de una mouse.

—Es delicioso.

—Te lo dije. Esa pastelería será mi perdición.

Nos sentamos a comer dulces como un par de niños. No pensé que la noche terminaría de esa manera.

IV

Después de comer, nos fuimos a su habitación. Me dispuse a ponerme los zapatos pero él insistió en que me quedara un rato. Le hice caso pero en cuanto apoyé la cabeza sobre la almohada, me quedé profundamente dormida.

Desperté al día siguiente de un sobresalto. Escuché el trinar de los pájaros y el ruido de una bocina a lo lejos. Al incorporarme, noté que todavía estaba vestida.

Fui al baño, me lavé la cara y salí a buscar a Erik. Caminé por la casa hasta que me rendí. Una persona tan ocupada como él, de seguro estaba en el escritorio con una torre de papeles.

Me acerqué a la cocina porque tenía un poco de sed. En una de las puertas del refrigerador, encontré una pequeña nota. Al tomarla, sólo estaba el número de un chófer y un “llámalo cuando quieras”. No le presté atención y pensé que era mejor irme en cuanto antes.

Preparé mis cosas y pedir un Uber. Salí del elegante edificio y esperé hasta que aparcó un coche. Al subirme, descansé la cabeza sobre el asiento y sentí que el mundo me daba vueltas. Nunca pude imaginar el experimentar tantas emociones juntas. Erik hizo lo que quiso conmigo, literalmente.

Al llegar a casa, encontré todo en silencio. Incluso no estaban los guardias de siempre. Internamente agradecí que fuera de esta manera porque así tendría un poco de paz espiritual. Subí a mi habitación, dejé mis cosas sobre una silla y me eché sobre la cama. Ya ansiaba verlo.

Pasaron los días y no tuve noticias de Erik. Aunque sólo compartimos una noche de sexo, no podía quitármelo de la cabeza. De hecho, había días que sólo recordaba su perfume, otros el cómo lucía con sus elegantes trajes y el resto en sus besos. Cada cosa me producía una excitación increíble.

Para distraerme un rato, encendí la televisión. Hice una media hora de zapping hasta que me topé con algo que me dejó helada. Era la foto de Erik, saliendo de un elegante restaurante en compañía de una mujer.

El noticiero del corazón hizo énfasis de que quizás se trataba de la nueva conquista del soltero más cotizado de la ciudad. Me sentí molesta, indignada. Pero, ¿por qué pasaba eso? ¿No debería estar feliz de que la deuda estuviera saldada y que, por lo tanto, ya no habría necesidad de preocuparme por el

bienestar de mi familia? Esas preguntas comenzaron a flotar en mi mente.

Aunque todo eso tuvo sentido, me acosté temprano esa noche. No quise pensar en nada más hasta que escuché el móvil. Ansié como nunca que se tratara de él... Y así fue.

—¿En dónde estás, niña mala? ¿En dónde te escondes?

—No me escondo. Estoy aquí.

—¿Qué haces allí que no estás aquí? Ven.

—¿De verdad quieres que vaya?

—Deja de hacer preguntas. Te estoy esperando.

Iba responderle cuando escuché la corneta. Era el Lamborghini.

Salté de la cama y corrí por la habitación como si fuera gallina sin cabeza. Tomé una mochila, guardé una muda de ropa. Me quité la ropa de dormir y me puse algo ligero. No quería hacerlo esperar demasiado.

Salí con unos jeans algo flojos, una franelilla de tiros y unas zapatillas deportivas. Tomé un suéter y corrí hacia la puerta. Aunque no escuché nada, giré la perilla de la puerta principal con cuidado y salí igual. Al cerrar detrás de mí, él me esperaba como la primera vez: apoyad sobre la puerta y con esa actitud de chico malo que me mataba.

Al encontrarme con él, recordé la sensación amarga de la tarde así que no fue tan efusiva como quise.

—¿Sacaste tiempo para mí?

—Siempre tengo tiempo para ti.

—Mmm. Pensé que la deuda estaba saldada.

Seguí provocándolo para ver si lograba alguna reacción.

—Ja, ja, ja. Sí y no. Sucede que quiero más, por lo que tendrás que esperar cuando quiera parar.

Se acercó a mí y me besó el cuello. Sus labios me llevaron hacia otro plano así que olvidé por completo la lista de reproches que quería hacerle. Me apoyé de sus hombros y nos besamos. La dulzura de su boca me recordó lo delicioso y contradictorio que era estar con él.

—¿Qué tal si damos un paseo primero?

—Vale.

Le dije entusiasmada, así que nos subimos y enseguida pisó el acelerador. Fue despacio hasta que salió de la tranquilidad de los suburbios. Al ir por la autopista a toda velocidad, Erik bajó las ventanas y abrió el compartimiento del techo. No sabía que estaba ahí sino hasta ese momento.

El aire entró y sentí la necesidad de sacar mi cuerpo, extender los brazos y gritar de la emoción. Era libre y feliz, incluso. Una sensación que no hubiese cambiado por nada del mundo.

Siguió manejando hasta que desaceleró y fue por otros caminos, los cuales ni sabía que existían. Me encontré con todo tipo de escenarios: casas, barrios de lujo y bohemios, calles atestadas de personas comiendo, los olores de las brasas y de carne asada. La ciudad era como un ser vivo que nunca descansaba.

Volví a sentarme y él sólo me miraba con una sonrisa. Odiaba cuando lo hacía porque me hacía sentirme débil e incapaz de negarme a lo que quisiera.

Llegamos al estacionamiento en cuestión de minutos e hicimos el mismo recorrido que la primera vez. De verdad extrañaba estar con él.

Me dejó pasar y enseguida me pidió que me sentara en el desayunador. Esa sonrisa de complicidad, se transformó en una expresión de seriedad. Ya estaba acostumbrándome a esos cambios.

—Tengo algo muy importante que decirte.

—Vale.

Apoyó sus manos sobre la superficie brillante del granito y respiró profundo. Supuse lo peor.

—Soy Dominante. ¿Sabes a qué me refiero?

—Si es BDSM, sí.

Pareció extrañarse con la naturalidad de mi respuesta.

—¿Has experimentado algo al respecto?

Vinieron a mi mente una serie de imágenes de cadenas, látigos y hasta buttplugs. Por supuesto que sabía y disfruté cada segundo en que se lo hice saber.

—Sí, pero hace mucho tiempo, la verdad.

—Vaya...

—¿Qué es lo que te sorprende?

—Es la primera vez que puedo hablar de esto con alguien sin que sienta que saldrá corriendo. Por lo general tengo que disfrazar las cosas y es un poco molesto, la verdad.

—Entiendo. Sé qué quieres decir. —Me acerqué a él- ¿Qué tipo de Dominante eres?

Buscó el banco y se sentó frente a mí.

—Pues, me gusta tener el control y el dominio de todo. Creo que es algo

no muy difícil de supones. —Le sonreí- Para mí es importante hablar de los límites pues es algo que marca la pauta en toda la dinámica. Así cada quien se sentirá cómodo y sin complejos.

—¿Qué piensas del control psicológico?

—Una vez lo probé y la verdad es que es extenuante. Al final del día terminaba agotado y creo que eso le resta diversión a la experiencia. Además, creo que es extremo eso de controlar la mente de otra persona. Pero venga, es una opinión personal.

Me sentí en confianza en hacerle preguntas al respecto ya que se veía bastante abierto al tema.

—¿Desde cuándo eres Dominante?

Llevó la mano al mentón y miró hacia el techo.

—Uf, bastante. Creo que ya perdí la cuenta del tiempo pero sí, tengo mis años de experiencia. Al principio comencé como sumiso porque quería tener conocimiento de ambas situaciones.

—¿Te gustaría volver a serlo?

—Soy demasiado controlador y la verdad es que no sé si pueda pero supongo que la vida puede darte sorpresas. Ahora dime, ¿te gusta este mundo?

—Sí, aunque me sentí muy intimidada cuando fui sumisa la primera vez. Estaba perdida pero por suerte la guía no fue tan mala. Sin embargo, todo salió mal porque quería imponerme un control total y no comulgo con eso.

—Opino lo mismo. Cada cosa tiene la dosis correcta y hay que respetarla.

—Entonces, ¿eso mismo se lo dices a la chica con la que sales ahora? ¿Tienes este mismo tipo de sinceridad con ella?

Traté de guardar la aspereza de la intromisión ya que al final, sólo era un objeto de la diversión de Erik... Pero no... No pude.

Él se echó para atrás con la mirada extrañada. Trató de hacer memoria y luego me sonrió.

—¿Tienes celos de mi sobrina?

—¿Tu sobrina?

—Sí. Ha venido de visita en la ciudad y fuimos a almorzar.

Rió un poco y me sentí avergonzada, como una niña que supo que se equivocó pero que no sabe qué hacer después.

Sí. Sé que no tiene sentido que tenga estos sentimientos y menos cuando quedó claro el tipo de relación que teníamos. Un absurdo total que se volvió peor al darle rienda suelta a ese sentimiento.

Él bajó de la silla y se acercó hacia donde estaba.

—Es tonto. Lo sé. Es que...

Tomó mi rostro y me besó con pasión. Sus manos después tomaron mis hombros e hizo que me levantara también. Daba un poco de risa la diferencia de tamaños.

Traté de ponerme en puntillas para tratar de alcanzarlo aunque sabía que era inútil, pero aun así seguimos besándonos y acariciándonos. Me alzó con sus fuertes brazos y me llevó hacia la parte superior de la casa. Supuse que entraríamos a la habitación pero me guió hacia otra parte.

Tomó mi mano y me condujo hasta un pasillo oscuro. Con sus manos, rozó suavemente la superficie de algo que tenía frente a sí. Por mi parte, permanecí tras él sin poder respirar, ante la expectativa de lo que pasaría después.

Por fin abrió lo que supuse era una puerta y entramos a un lugar de gran tamaño. Lo confirmé cuando encendió la luz y pude ver el tamaño del lugar.

Era una habitación blanca, rodeada de ventanales. El suelo era de parqué, como en otros lugares del penthouse. Había una cama y un gran mueble de madera al frente. Una pequeña chimenea en una esquina, un par de sillas y una caja de madera no muy alta. A diferencia de las otras estancias, este lugar mantenía un aire más bien sencillo.

—Este es mi lugar favorito. Anda, conócelo un poco.

Tuve un poco de temor pero finalmente caminé unos metros más adentro. Sin duda era un gran espacio. Me percaté de varias cosas, un gancho de metal que colgaba del techo, no había una caja de madera sino dos y había una estructura de madera similar a la cruz de San Andrés.

Un poco más allá, se encontraba un pequeño baño y algo que no pude identificar a primera vista. Me acerqué y resultó ser un mueble en donde colgaba una variedad de látigos. Cualquiera que se pudiera imaginar, estaba allí.

Sentí atracción hacia uno en particular. Era un fute pequeño de color negro y con la punta bastante desgastada.

—¿Puedo bajarlo?

—Por favor.

Lo tomé y percibí la textura del cuero. A pesar del uso, se veía bastante bien y sentí la curiosidad de experimentar aquello sobre mi piel. Mientras estaba concentrada en el objeto, las manos de Erik me sorprendieron. Se acomodó detrás de mí y escuché su voz que casi parecía un susurro:

—¿Quieres probarlo?

—Sí.

Me lo quitó de las manos y lo dejó sobre la cama. Después se concentró en mí y comenzó a besarme estando en la misma posición. Sentí casi de inmediato el bulto que indicaba que estaba excitado. Por mi parte, mi coño estaba empapado, a la espera de sus dedos, de su lengua o lo que le apeteciera.

Paralelamente, sus dedos se encargaron de quitarme la ropa con cuidado. A medida que lo hacía, mi piel quedaba al descubierto. Tocaba mis curvas como si las apreciara. Por unos instantes, se concentró en mis pechos pequeños. Los masajeó un rato, apretó mis pezones y sentí que iba a perder la fuerza en mis piernas. Descendió lentamente hasta que llegó a mis caderas y hasta el inicio de mis muslos.

Siguió acariciándome hasta que se detuvo en mi coño. Dejé escapar un gemido y el descaro de Erik le hizo decir:

—Si aún no he comenzado...

Introdujo sus dedos con suavidad. Sentí cómo se aventuraban dentro de mí y cómo los movía entre mis carnes. Primero uno y después dos. Me masturbó a su antojo y yo, internamente, rogaba por sostenerme de algo. Estaba a punto de dejarme vencer.

—No, no, no. Quietecita.

Reuní todas las fuerzas posibles para hacerle caso. No quería y al mismo tiempo sí. Debía hacerlo porque esa era la dinámica.

Llevé mis manos y las junté con las suyas. No paré de gemir en ningún momento. Cerré los ojos como si fuera una medida para encontrar fuerza en alguna parte. En medio de esas sensaciones que aún trato de comprender, Erik me giró para que quedara frente a él.

—Arrodíllate.

Se quitó las últimas prendas de ropa y pude ver cómo se sacaba su pene. Lo sostuvo con una mano, tocándoselo. Estaba desesperada por tenerlo en la boca, por lo que él lo aprovechó para jugar conmigo. Lo bajaba un poco para que lo tuviera cerca de los labios pero no demasiado como para chuparlo. Incluso, me dio unos cuantos golpecitos en la cara con él.

—Por favor... Por favor.

—¿Por favor qué?

—Déjeme chupártelo.

—¿De verdad lo quieres?

—Lo ansío demasiado.

Siguió con el juego hasta que lo colocó sobre mi lengua. Rozó su glande y poco a poco lo introdujo en mi boca. Pude sentir cómo llegó a mi garganta.

Sinceramente, podría tener el pene de Erik siempre así, entre mis labios. Por una parte porque exacerba mi gusto por el sexo oral y también porque me resultaba sumamente excitante el verlo como si estuviera en un trance.

Con su mano, empujaba mi cabeza para que lo tuviera más adentro. Cuando lograba sacarlo y así recuperar un poco la respiración, caían sobre mis pechos unos cuantos hilos de saliva. Al verme así, él también aprovechaba la oportunidad de darme unas cuantas bofetadas. Unas que mezclaban la suavidad y firmeza de su ser como Dominante.

Se satisfizo y me levantó enérgicamente. Me besó en los labios y me llevó a esa cama. La función estaba por comenzar.

Desapareció por un momento hasta que trajo consigo unas cuantas cuerdas de cáñamo. Por lo general, estas se usan para el shibari por lo que pude suponer lo que haría conmigo.

Me incorporé sobre la cama y e inmediatamente comenzó a atarme. Los brazos hacia atrás con un nudo que se conectaba con la cintura. Remató con una cuerda que atravesó el verticalmente mi torso, rozando mi clítoris y el espacio entre mis nalgas. Ajustó un poco más hasta que le roce me hizo exclamar un gemido.

—Perfecto —Dijo.

Me ayudó a ponerme de pie y de inmediato sentí la tensión de la cuerda entre mis piernas. Mientras más erguida me ponía, más fuerte era sensación, por lo tanto, me obligaba a encorvarme un poco.

Erik hizo que caminara hasta un espacio vacío. No comprendí hasta que recordé que encima de mí se encontraba un gancho plateado, el mismo que noté al entrar a la habitación. Esperé un poco mientras él hacía los ajustes sobre mí y sobre otra extensión de cuerda. Cuando estuvo listo, escuché el sonido de unas poleas. El gancho estaba unido a una por lo que descendió suavemente hasta donde me encontraba.

Acomodó todo y volvió a accionar el mecanismo. Fue allí cuando ascendí con miedo de caerme. Por supuesto que esta sensación la olvidé por un momento por lo que tenía entre mis piernas. Comencé a gemir a medida que subía. Desde el suelo, Erik sólo sonreía.

No estuve muy lejos del suelo. De hecho, si ponía mis pies de puntillas, el

dedo gordo podía rozar el suelo. A pesar de ello, sentía que estaba por los aires. Estuve atenta ante las palabras de Erik. Quería saber cuál sería el próximo paso.

Tras unos minutos de silencio, volvió hacia donde me encontraba pero con el fuste que tomé cuando entramos. Como tenía abierta una de sus palmas, podía escuchar el impacto del cuero sobre su piel.

—Bien... ¿Por dónde deberíamos comenzar?

Permaneció dubitativo hasta que fue detrás de mí. El primer impacto lo recibí en mis nalgas, como había previsto. Aunque experimenté sensaciones similares, el pasado no me preparó lo suficiente para un momento como ese.

El ardor y el dolor producto de los latigazos, me hicieron retorcer. Cuando lo hacía, el templón de la cuerda daba justamente sobre el clítoris, por lo que experimentaba cualquier tipo de sensación. Era una mezcla simplemente gloriosa.

Siguió castigándome mientras que le suplicaba por algo que ahora no recuerdo. Probablemente le dije que se detuviera o que me bajara para que me follara. Lo cierto es que me ignoró por completo porque continuó. Desde los muslos hasta la espalda, mi piel era territorio de sus perversidades.

Las cosas siguieron así durante un rato. A pesar que me encontraba bien asegurada por las cuerdas, los brazos comenzaron a dolerme y las manos me hormigueaban. Erik se percató que las movía constantemente por lo que me mantuvo allí un rato más hasta que me bajó.

Desarmó el gancho y lo subió con las poleas. Al terminar, se sentó sobre la cama y me colocó frente él pero dándole la espalda. Revisó con cuidado mis extremidades para luego desatar los amarres de mis brazos. Mientras lo hacía, mi circulación parecía recobrar la normalidad y la sensación de incomodidad iba desapareciendo.

Pensé que haría lo mismo con los de la cintura y la vagina pero no fue así. Aunque permaneció en silencio, luego se levantó para llevarme contra una pared. Seguía de espaldas a él.

Apoyé los brazos sobre la superficie y me incliné un poco, la cuerda no estaba tensa así que pude respirar de alivio por un rato. Sin embargo, él se colocó tras detrás y se sostuvo de los amarres, por supuesto no perdió la oportunidad de tensar ese amarre que atravesaba mi sexo.

Exclamé un largo gemido y sentí su pene adentrándose entre mis carnes. La penetración y el roce del cáñamo sobre el clítoris, estuve casi lista para

volverme loca en cuestión de segundos.

A Erik lo sentí más libre, más dominante que la primera vez. No paraba de decirme lo ramera que era, lo puta, lo zorra. Insistía que también era su juguete y que se cansaría de mí cuando le diera la gana. Todas aquellas palabras, más el tono en que las dijo, me hizo sentir increíblemente excitada.

De vez en cuando me sujetaba por el cuello, lo apretaba, quizás con la intención de apagar mis gemidos y gritos. Era fascinante el poder que me transmitía con su forma de tratarme. Sosteniéndome, tomándome como quisiera. Era una sensación que me producía todo tipo de contradicciones. No quise pensar en nada más porque sólo deseaba que él no se cansara de mí.

Me folló en esa posición hasta que decidió echarme sobre la cama. Caí de sorpresa y hasta sentí un poco de temor. Cuando lo vi sobre mí, parecía un animal salvaje.

Abrí las piernas para recibirlo, quería sentirlo de nuevo. Pero Erik hizo otro cambio de planes. Se arrodilló y comenzó a comer mi coño con desespero. Sólo pudo observar sus ojos cerrándose y su cabeza en dirección hacia mi sexo. Estaba caliente y húmeda, deseaba tanto que él me probara y comiera.

Su lengua primero hizo una lenta caricia. Mis piernas temblaron y luego continuó con un ritmo constante y dulce. Su respiración se escuchaba agitada y las succiones eran fuertes, agresivas. Quiso ir un poco más allá al introducir uno de sus dedos. Sus labios, mientras, chupaban el clítoris... Hasta lo mordía.

Estaba perdida entre la excitación. Mi cuerpo, mi mente y alma se desintegraron y se esparcieron los aires. La oscuridad me abrazaba pero también me dejaba libre. Era fuego y hielo, era calor y frío.

Mi ser era conductor de una energía que alimentaba a la Tierra, al mismo tiempo que ella se albergaba dentro de mí. Erik me hacía perder la razón tantas veces que no sabía si sería capaz de armarme de nuevo pero sí, al final lo lograba.

Dejó de lamerme hasta que se colocó sobre mí para reanudar el sexo. Se volvió más agresivo y más intenso. Estaba hecha pedazos pero podía soportar un poco más.

Cuando estuve a punto de correrme, traté de guardar silencio aunque para él era imposible que se escaparan los detalles. Me penetró aún más y de nuevo bajó hacia mi coño para comérselo.

Sus dientes apretaban mi clítoris con firmeza y su lengua me penetraba. Quería ir más profundo y yo también. Siguió Hasta que no pude más, exploté en su cara y de inmediato sus manos se afincaron en mi piel para beber tanto como pudiera. Francamente no pensé que aquello fuera posible.

Sus labios estaban en mí hasta que perdí la razón. De hecho, si ahora hago un esfuerzo de lo que pasó después, sólo veré borroso ya que caí en las profundidades de la petit morte.

Erik, por otro lado, trató de hacerme reaccionar. Cuando lo logró, me hizo arrodillar frente a él, ordenándome que lo masturbara. Primero metí todo su pene dentro de mi boca, procuré empaparlo lo suficiente como para masajearlo con mis manos. Mientras lo hacía, lo miraba a los ojos.

Intercalaba los movimientos y el ritmo. Al principio lo hice suave y después rápido, duro, lento. Para provocarlo aún más, chupaba su glande al mismo tiempo que lo masturbaba.

Al poco tiempo, comenzó a hacer unos sonidos que me dieron a entender que estaba próximo a correrse. Lo metí todo en mi boca hasta que él se lo sacó y me llevó velozmente sobre la pared. Eyaculó con tanta fuerza, que el semen incluso cayó sobre mis manos. De resto, pude sentir las gotas calientes de su fluido sobre mi piel.

Al terminar, se apoyó un momento sobre mí. Su pecho quedó sobre mi espalda y pude percibir su corazón. Latía a mil por hora y su respiración estaba también agitada. Con el paso de los minutos, se incorporó para ir al baño y limpiarme.

Luego de eso, se encargó de desatar los amarres de la cintura. Lo hizo con cuidado. A medida que lo hacía, rozaba con sus dedos la textura que quedó.

—¿Te duele?

—No...

Quitó el resto de la cuerda y la dejó a un lado sobre la cama. Hizo que me girara para verificar que todo estaba en orden y así fue.

—Espera aquí.

Tomó unos pantalones de un cajón que estaba cerca de las sillas y fue hacia otro lugar. Por mi parte, me eché sintiendo todas las endorfinas recorriendo mi cuerpo. Cerré los ojos por un momento cuando sentí algo frío en mi brazo. Erik me acercó una botella helada de cerveza. Además, también tenía consigo una cajetilla de cigarros. Para mayor sorpresa, era de mi marca favorita.

Di un largo sorbo de cerveza, fue agradable sentir la efervescencia en la boca y la garganta. El frío me hizo sentir un poco más reconfortada.

Él se acercó para encender el cigarro y me encontré en una situación sumamente agradable al exhalar el humo. El sabor mentolado me pareció que iba bien con la cerveza.

—Gracias. Creo que esto es una de las combinaciones más perfectas que existen.

—Estoy de acuerdo.

Nos acostamos juntos en un silencio compartido. No había tenido una situación similar desde hacía tiempo. Extrañamente no me sentí incómoda.

Cuando apagué el cigarro en un cenicero sencillo de vidrio, Erik seguía con el suyo entre los labios, mientras que sus ojos permanecían concentrados en el vacío. El humo rozaba lentamente por su boca y por la nariz.

El brillo de la luz tenue que estaba en el pasillo, iluminaba su piel morena. Tan suave y perfecta. Quise girarme pero no pude, él era una imagen que se caló en mi mente. Parecía una escultura, una obra de arte.

Volteé hasta llevarme la sábana hasta el pecho. Estaba preparada para que me dijera que me fuera de allí, así que guardé toda la naturalidad posible.

El silencio se interrumpió cuando escuché un sonido lejano que me resultó familiar. Me levanté sin decir nada y seguí el ruido. Era el móvil.

Lo tomé entre las manos y vi que era un mensaje de mi padre:

“Espero que estés haciendo las cosas bien”.

Pasé del cielo al infierno en cuestión de segundos. Una ola de rabia me inundó y sentí que estaba a punto de explotar. Quise tomar mis cosas e irme pero, ¿para dónde? No tenía un lugar para escaparme.

Entré de nuevo a la habitación y busqué mi ropa, recordé que tenía unos cientos en el bolso. Al menos podría pasar una noche en algún hotel. Erik, permaneció en silencio, mirándome. Estaba tan concentrada que olvidé que estaba allí.

Finalmente se aventuró a decirme:

—¿Qué pasó?

Lo miré de frente y mi juicio se nubló. Erik era el recordatorio de lo que era realmente para mi padre, un medio para salvarse sin importar lo que me pasara.

—Nada.

Le respondí con sequedad. Empecé a vestirme y busqué el móvil para

contactar a un Uber. Tenía un nudo en la garganta y las lágrimas al borde de los ojos. Estaba tan molesta que tenía las orejas encendidas y mis manos no paraban de temblar.

Cuando terminé de vestirme, Erik se encontró conmigo.

—Al menos déjame llevarte.

—No. El Uber está por llegar.

—Pues dile que no lo quieres y ya. Nada va a pasar.

Trató de acercarse a mí y evité que me tocara el rostro.

—¿Por qué no me dices qué ha pasado?

—No tiene importancia.

No quise hablar más porque estaba segura de que si lo hacía, vomitaría cualquier cantidad de cosas.

—Vale.

Se colocó el abrigo, recogió las llaves del coche y salimos. Mientras caminábamos por el estacionamiento, me preguntó si quería que me llevase a casa.

—No. Mejor un hotel. Cualquiera que sea barato.

—¿Por qué no te quedas en mi casa?

—No puedo.

Volvió a quedarse callado, mientras sostenía el volante con ambas manos. Respiró profundo y el silencio se hizo tan fuerte que casi podía escuchar mi corazón latir. Deseaba que girara la llave y me dejara en alguna parte. No me importaba que fuera en la calle.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Vale.

Encendió el coche y suspiré de alivio. No estaba preparada para tener una discusión con él y menos con este estado de ánimo.

Manejó por un rato hasta que llegamos a un hotel importante. Traté de increparlo pero de inmediato me dijo:

—Esto lo pago yo. Quédate tranquila.

Intenté convencerlo de lo contrario pero no pude. Al final, fuimos al lobby, pidió una habitación por una noche y me dio la tarjeta. Traté de pensar en otra cosa pero no podía. Él habló un rato con una de las recepcionistas. Pagó y luego se dirigió a mí.

—Este es número de la habitación. Si tienes hambre, pide lo que quieras.

Se cargará a mi cuenta.

—No es necesario.

—Sí lo es. Espero que pronto me digas qué fue lo que pasó esta noche.

—No lo sé.

Tenía las mejillas encendidas, lo podía sentir. Su voz, su aroma, su rostro, todo era un recordatorio de ese mensaje. Sólo tenía fuerzas para alejarme tanto como pudiera.

Quise salir corriendo pero mis pies se mantuvieron en el suelo como si estuvieran pegados a él. Entonces bajé la cabeza, no quería verlo puesto que podría arrepentirme de mi decisión.

—Llámame.

Escuché los pasos alejándose de mí hasta que alcé la mirada. Las puertas corredizas se cerraron tras él.

Tomé la mochila y me dirigí hacia los elevadores. Irónicamente, el ambiente del hotel era de fiesta debido a que estaba acercándose la Navidad. Digo irónicamente puesto que dentro de mí todo lo sentía tan oscuro, tan triste.

Llegué al piso, pasé la tarjeta en el lector e introduje el código que me Erik me había dado minutos atrás. Entré a la habitación y me sorprendí enseguida. Tenía dos ambientes, uno era una especie de recibidor y en la otra se encontraba la gran cama. Dejé la mochila en un sofá y me asomé por la gran ventana. La ciudad estaba tan bella que por un momento olvidé lo que había pasado.

Caminé un poco hacia la otra estancia y escuché el rugido de mi estómago. Tenía hambre.

Me acosté en la cama e hice un esfuerzo por ignorar las palabras de Erik. Traté de pensar en otra cosa pero fue imposible. Entonces tomé el teléfono, ordené una pizza mediana y una Coca-Cola helada. Unos veinte minutos después, estaba sentada comiendo con el ruido de la televisión al fondo.

Sentí un poco de tranquilidad cuando terminé. Agradecí el estar sola al menos esa noche. Ahora, tendría la oportunidad de reflexionar sobre lo que debía hacer después.

Volver a casa ya no era opción. Enfrentar el rostro de descaro de mi padre no era viable para mi salud mental. Tendría que ir, tomar unas cosas y quizás improvisar sobre el camino.

Pensé en las cuentas que tenía. Mi madre me había dejado una cantidad más o menos importante y no me atreví a tocar ese dinero por precaución. Por

suerte, yo era la única persona con acceso a esa cuenta por lo que sería intocable para mi padre. Tomé el móvil y trasladé el resto allí para que reunir la mayor cantidad posible.

Podría irme al centro del país, al norte... A dónde quisiera. Sólo un par de mudas de ropa y un poco de efectivo. Lo suficiente para comprar algo de comida mientras busco qué hacer.

Las cosas cobraron otra perspectiva pero de inmediato pensé en Erik. Aunque me daba igual el resto, por alguna razón, no podía desprenderme de él. Algo completamente absurdo cuando lo único que nos unía era una relación efímera.

Su imagen estaba taladrando mis neuronas. Podía sentir el aroma de su piel, el brillo de sus ojos, el roce de su piel contra la mía. En ese momento, escuché el móvil. Temí por un momento que fuera mi padre pero no, era Erik pidiéndome respuestas de lo que había sucedido.

Dejé el aparato lejos porque no quería saber nada más. Volvió a sonar, de hecho fue así varias veces hasta que dejó de hacerlo.

Me acurruqué sobre la cama y tomé el móvil por puro masoquismo.

—¿Por qué no te quedaste conmigo?

Fue lo único que pude leer. Enterré la cabeza hasta que me quedé dormida. No quería saber de nada más.

V

Desperté de nuevo con hambre. Miré el reloj y era las 7:00 a.m., nunca en mi vida me había levantado tan temprano. Me levanté después de espantar la pereza y abrí la pequeña nevera. Allí estaba un par de trozos de pizza y un poco de la Coca-Cola que sobró de la noche anterior.

Antes de comer, tomé una larga ducha y salí como si hubiera recargado las baterías. Me cambié de ropa y fui de nuevo al refrigerador para comer los restos. Al terminar, me percaté que me había quedado sin batería. No le di mucha importancia y esperé un rato más hasta que llamaron para avisar el check-out.

Bajé al lobby, esperé al Uber y llegué a la casa. Mi plan era subir lo más rápido posible, tomar unas cuantas cosas, quedarme en un hotel y buscar una habitación para mudarme. Por un lado estaba tranquila porque tenía fondos.

Cuando fui hacia la puerta, la encontré rota por fuera. Un hilo frío recorrió mi cuerpo. Empujé un poco y encontré todo en silencio. De nuevo, no estaban los guardias y eso ya era suficiente advertencia. De todas maneras, subí a mi habitación, tomé la maleta y empaqué lo que pude. Hice lo propio con la mochila.

Encontré el cargador y enchufé el móvil. El presentimiento de que algo grave estaba desesperándome. Bajé entonces a la cocina en donde había un pequeño televisor. Lo encendí y busqué los canales de noticia. Lo que vi fue sorprendente.

“González era una de las figuras que se veían en los círculos más importantes de la política. Su desaparición nos deja perplejos ya que era considerado por muchos como un ciudadano ejemplar, preocupado por su comunidad...”

No entendí lo que sucedía. ¿Mi padre secuestrado? ¿En dónde estaba la policía? ¿Por qué no me habían contactado? Algo no estaba bien. Una sensación de urgencia me invadió y subí de nuevo para tomar las cosas. Era como si el tiempo se acabara.

Llamé un Uber y me quedé en un hotel. Estaba muerta del miedo.

VI

Pasé unos días en un hotel hasta que la policía hizo contacto conmigo. Me informaron que quisieron rastrear a mi hermano pero que no pudieron dar con él. Pasó lo mismo conmigo.

—Son unas personas difíciles de encontrar.

Luego de esa frase incómoda, pedí toda la información posible.

—¿En dónde se encontraba usted?

—En un hotel. Esta es la dirección. Llegué a casa en la tarde y no encontré a nadie. Por un momento no me pareció extraño pero vi la puerta abierta, forzada.

—¿Por qué no llamó a las autoridades?

—Como le dije, pensé que era normal. Mi papá tenía problemas con las alarmas y seguros. Supuse que se trató de uno de sus guardias que la abrió. No lo sé.

Comencé a sentir náuseas y casi se me fueron los tiempos en la silla de la sala de interrogatorios.

—¿Está bien? Podemos traerle un poco de agua.

—Sí, por favor.

—Le sincero. Su padre está involucrado en una red de corrupción muy intrincada. Quisimos ir a su casa para interrogarlo y resultó que no estaba allí. Nos dieron una pista de su paradero pero resultó ser falsa. Seguimos a varios involucrados sin éxito. Allí decidimos contactarla a pesar que sabemos que no tenía que ver con la organización la cual su padre formaba parte.

—¿Me investigaron?

—Por supuesto. Lo hicimos con todos los miembros de su familia.

—No hay mucho que investigar. Mi madre murió, mi hermano desapareció y yo... Yo, pues, aquí estoy. ¿Puedo fumar?

—Seguro.

Al encender el pitillo, noté que las manos no me paraban de temblar. Tenía una mezcla de miedo y tristeza. Estaba envuelta en todo eso sin saber cómo las cosas se iban a solucionar. Me aterraba la idea de quedar atada a algo más siniestro.

—Esta situación me tiene aprehensiva. ¿Es posible que me hagan daño?

—No, francamente no. De lo contrario ya la hubiesen buscado a usted primero para chantajearlo pero no. Además, nuestra investigación nos arrojó que quien tenga su padre, sabía muy bien lo que hacía.

Salí de la estación como si aún tuviera aire en la cabeza. En los últimos arreglos, ofrecieron darme protección pero la rechacé. Ciertamente mi padre no mezcló los negocios con la familia aunque pensé en Erik.

No he sabido de él desde hace unas semanas y la verdad es que no sé cómo sentirme al respecto. Lo extraño pero también me da miedo descubrir si él está involucrado en todo esto.

Con el paso del tiempo, logré alquilar un pequeño piso cerca del centro y hasta encontré trabajo como diseñadora gráfica en una pequeña empresa de administración. Tenía la perfecta vida monótona y aburrida. Pero no podía quejarme, tenía un espacio propio y estaba generando ingresos de manera honesta.

Esa misma noche, al apoyar la cabeza en la almohada, pensé en todo lo que estaba sucediendo. En el trabajo no sospechaban que era hija de un tipo secuestrado con vínculos con la mafia y el crimen. Aunque me aseguré de esconder todo mi pasado, estando allí, sola y a oscuras, es cuando afloraba todo eso que con esfuerzo trataba de esconder.

Quise demasiado encontrarme con Erik. Regresar a sus brazos y hundirme en el calor de su cuerpo. Besarle, follarlo, montarlo, sentir sus manos sobre mi cuello.

Estaba en la oficina como un lunes cualquiera. En mi escritorio estaba una taza blanca con el café ya frío, un pequeño plato con una galleta que me habían regalado y un trozo de papel con las instrucciones de lo que tenía que hacer ese día. Estuve a punto de ponerme los audífonos cuando escuché el ruido del televisor en la cocina. Al alzar la mirada, estaba puesto el noticiero. Hablaban de mi padre.

Me levanté y fue hasta allí. Luego de pasar su foto, la reportera informó que habían encontrado su cuerpo en una zanja con un disparo en la nuca.

“Modo ejecución”.

Fueron las palabras que se grabaron en mi mente. Lo mataron por tener el cuerpo casi hundido en el barro y era momento de hundirlo un poco más.

Aunque los dos no teníamos una relación como tal, sentí que el mundo se me vino encima. Le pedí a mi jefe que me excusara. No tuvo problema y busqué mis cosas con rapidez. Tomé un taxi y antes de llegar a casa, estaba

llorando profusamente. El sentimiento de orfandad me resultaba abrumador.

Quisiera explicar con detalle los procesos que vinieron después pero sería darle larga a cosas que no tienen importancia. Lo cierto es que, el mismo día en que me enteré de su muerte, tuve que ir a la policía a reconocer el cuerpo. Sólo vi el tatuaje en honor a mi madre que tenía en el brazo. El único que no había borrado de su piel. Al verlo, me desplomé. Todas mis defensas se fueron por el caño.

Por suerte, me sostuvieron y me llevaron a una sala más abierta y menos fría. El mismo detective que me interrogó, proporcionó una información bastante resumida de los hechos.

—¿Piensa quedarse con la casa?

—No.

No sé qué más me preguntó porque todavía no podía reaccionar del todo. Lo cierto es que me levanté y caminé hacia la salida. Un ciclo había terminado.

VII

La vida transcurrió. Logré vender la casa y parte del dinero se la envié a mi hermano quien se encontró conmigo después de 10 años sin verlo.

Fue una situación un poco extraña porque no lo reconocí bien y me sentí culpable.

—Todavía eras una niña. —Me dijo apenas logramos establecer una conversación menos incómoda.

Durante la charla me confesó que estaba por casarse y que esperaba un niño. No podía creer que sería tía. Era una sorpresa agradable después de todas las cosas que pasaron. La reunión se volvió más larga de lo que pensé y me sentí feliz por eso.

Nos despedimos prometiendo que nos veríamos más seguido. Se marchó cuando cayó el sol. Me quedé allí para verlo partir.

Después de suspirar como una tonta, regresé a casa para retomar mi vida plana y gris. Me sentía menos triste porque a pesar de todo, podía jactarme de ser una persona común y corriente.

Me mezclaba entre la gente sin temor de que pasara algo más. Sin embargo, extrañaba la mirada intensa de Erik. Lo que empezó como el pago de una deuda, terminó de una manera muy diferente... Al menos para mí.

Cuando llegué al edificio, encontré el mismo modelo de Lamborghini que tenía él. Albergué la esperanza de que él aparecería de entre el concreto y me dijera mil cosas.

Deseché esa fantasía. Él no era el único que le gustaba los coches de lujo. Así que seguí caminando hasta que vi su perfil. Estaba fumando un pitillo, como esa vez que estábamos juntos. Volví a quedarme hipnotizada por la imagen. El humo dibujó una línea fina que bordeó el mentó cuadrado.

Giró su cabeza como sabiendo que estaba allí. Lanzó el cigarro al suelo y lo pisó. Se acercó a mí con un traje azul oscuro con líneas blancas muy finas, camisa blanca, corbata del mismo azul pero con puntos. Sonrió ampliamente.

—Eres difícil de encontrar.

—Sí... Un poco.

Tuve unas ganas inmensas de lanzarme hacia sus brazos pero me reprimí. No obstante, se acercó. Su nariz rozó con la mía, así como su frente.

—¿Por qué te fuiste así?

Alcé la cabeza y lo besé. Sus labios envolvieron a los míos y recordé ese sabor dulce de las primeras veces. Adoré saber que él no me había olvidado. El que estuviera allí, significaba demasiado y lo sabía.

—Vamos.

Entramos al edificio y tiempo después, llegamos al piso.

—Es bonito, eh. Quizás hasta me compre uno igual. —Me lo dijo acercándose a mí.

—Creo que llamarías demasiado la atención.

—Bah. Para nada.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y le pasé una cerveza fría. Bebió un poco y me miró. Aquello era señal para que le actualizara sobre lo que había pasado. Le hablé de mi familia y del secuestro y muerte de mi padre. Él asintió.

—Esa noticia nos crispó los nervios. Él manejaba información confidencial y muy delicada de varios políticos. Fue una suerte lamentable.

Le expliqué sobre la venta de la casa y del encuentro con mi hermano. De las cosas que había hecho y de la vida aburrida que tenía como diseñadora gráfica en una firma de contadores. Él sólo sonreía.

—¿Por qué te fuiste esa noche?

Hay ciertas cosas que no se pueden evitar en la vida, esta pregunta era una de ellas. Tomé un poco de aire y puse a mi mente a recordar. Me parecía mentira que hubiera pasado tanto tiempo.

—Mi padre me envió un mensaje diciéndome que esperara que hiciera bien mi trabajo o algo así. De hecho fue lo último que me dijo antes de que desapareciera. Ahora que lo pienso, es terrible.

Erik fijó la mirada en algún lugar del suelo.

—... Me hizo recordar el trato que tenían los dos y el hecho de que él me usó como una moneda de cambio, como un comodín para salvarse él. Quise alejarme de todo y cuanto antes. En ese momento, pensé que sería lo más idóneo para mí. Nunca imaginé lo que pasó después.

Se levantó para caminar unos cuantos pasos.

—Fui a verte a tu casa pero me enteré que la habías vendido. Para mí tuvo mucho sentido puesto porque conocí a tu padre. Tuvo relaciones turbulentas y supuse que buscabas un mejor entorno para ti. Yo hubiese hecho lo mismo, la verdad.

Quedó un momento en silencio y luego continuó:

—Si te soy sincero, esto para mí fue un juego. Al principio me emocionaba la idea de estar con una chica como tú. Joven, sensual, hermosa, vibrante. Todo lo que hay en ti me hacía sentir que sería divertido. Pero no conté sentir esta química.

>>No quiero sonar pretencioso pero he salido con mujeres de todo tipo aunque eso bien lo sabes. Llegó un punto en que estaba cansado de eso. A pesar de todo, yo también tuve culpa en involucrarte en semejante situación. Actué como un gilipollas... Pero... No puedo negar que tuve suerte de que las cosas se dieran así.

No supe qué decir y creo que él lo entendió sin problemas. Me alegró saber que no hacía falta hacerlo. Se sentó a mi lado y me acarició la espalda.

—Sé que has pasado tiempos difíciles pero también sé que es bueno tomarse el tiempo para pensar las cosas y ponerse en orden. No quise interferir en tu proceso.

—Gracias.

Tenía razón. No tuve cabeza para nada más aunque pensara en él. Recibí tantos golpes que apenas tuve el tiempo para tratar de enfocarme en cómo tenía que solucionar las cosas.

Me levanté de repente mientras él permaneció sentado. Me acerqué y le acaricié la cabeza. Tenía el cabello más largo. Asimismo, me tomó por la cintura y nos quedamos allí.

El calor del cuerpo de Erik me hizo revivir los momentos que pasamos juntos. El sentir sus manos sólo hizo que me sintiera ansiosa para que hiciéramos algo más. Se levantó y se puso de pie. Se veía tan alto que me dio un poco de risa lo difícil que era tratar de alcanzarlo.

—Te extrañé demasiado.

—Yo también.

Su voz sonó como una caricia más. Cerré los ojos y me dejé vencer por el deseo que sentía por él. Sus labios divinos, su aliento, el pecho junto al mío. Es imposible rendirse cuando tienes compartes un sentimiento tan intenso con alguien.

Sus manos fueron de inmediato hacia mis nalgas, apretándolas con fuerza. Manoseó parte de mis muslos y de mis caderas. A media que subía, él me hacía sentir viva.

Nos besamos como si hubiera pasado una eternidad entre los dos. Bueno,

al menos así lo sentí yo. Me cargó con facilidad y me llevó a la habitación. Por un rato pareció no ubicarse bien, así que le tuve que guiar. Realmente era una tontería puesto que mi piso es una fracción del suyo.

Me dejó sobre la cama y de inmediato se incorporó sobre mí. El aroma de su cuerpo y el sonido de sus besos, me llevaban hacia una dimensión completamente nueva. Lo tocaba, lo acariciaba. Tener a Erik así era lo que anhelaba desde hacía tanto tiempo.

Poco a poco sentí cómo me desvestía. La verdad ni recuerdo qué era lo que tenía puesto, sólo que quedé desnuda en un santiamén. Su boca recorrió mi cuello y bajó, pasando por mis pechos y pezones, estuvo un rato allí; mordiéndolos, lamiéndolos.

Siguió descendiendo hasta que se detuvo en mi torso. Lo llenó de besos y caricias hasta que sentí su respiración en el nacimiento de mi coño. El calor de su aliento me hizo estremecer por lo que me sostuvo con un poco más de fuerza.

Primero un beso, después otro hasta que abrió la boca para succionar mi clítoris. Su lengua lo acariciaba y lamía con suavidad y después con fuerza. Me sostuve de las sábanas tanto como pude aunque sabía que aquello era inútil.

Comía de mí, de mi carne, como si estuviera desesperado. Yo no paraba de gritar. De hecho, quería acariciarle la cabeza pero simplemente no podía. La excitación era tal que sólo me dejaba quedarme allí, presa de él.

Se mantuvo en el mismo lugar por un rato. Dejó de hacerlo fuerte para chupar más lentamente. Ojalá pudiera describir mejor los sonidos que hacía. Era la gloria pura.

Cuando me encontré en el punto en el que iba a correrme en cualquier momento, él se levantó y dejó caer su elegante traje al suelo. Se quitó todo salvo por la corbata. Deshizo el nudo y luego tensó el trozo de tela para enseñármelo. Entendí que aquello serviría como objeto de dominación.

Me lo colocó sobre el cuello e hizo un amarre lo suficientemente fuerte y firme. Luego me haló hacia él para darme un beso. Esta vez sí sentí la fuerza de mi Amo porque tensó la corbata y su boca denotaba la intensidad que guarda en él.

Hizo un gesto para fuera al suelo. Así lo hice y comencé a gatear según me dio a entender. Mis movimientos eran lentos, pausados. Me paseó por la pequeña habitación como si fuera una especie de mascota. Incluso me daba

unas cuantas nalgadas. Lo encontré increíblemente excitante.

Más tarde me coloqué de rodillas. Acomodé mis piernas y preparé mi respiración porque sabía que había llegado el momento de chupárselo. Lo dejó caer sobre mi cara y cuando quise lamerlo, me dio una bofetada.

—Aún no.

Asentí y esperé. Por supuesto que aquello resultó ser toda una tortura. Erik lo colocaba frente a mí, el glande rozaba mi frente y mis mejillas; me daba golpecitos con él y ya en ese punto estaba demasiado ansiosa por él. Finalmente, el brillo juguetón de sus ojos me dio a entender que ya me iba a recompensar por la paciencia. Me incliné hacia él y su mano me guió hasta que devorar su pene por completo.

Estaba todo en mi boca, sin dificultades, sin arcadas. Pude verle la expresión de sorpresa y de gusto. De hecho fui más profundo, al punto que le hice exclamar un gemido. Adoraba escucharlo así.

Hice movimientos suaves al inicio porque deseaba saborearlo bien. Cuando lo sacaba, lo rozaba entre mis labios al mismo tiempo que él me daba más bofetadas. Lo hice tan intenso que se tuvo que apoyar sobre una pared. Sus piernas le comenzaron a flaquear. Por mi parte, ignoré ese detalle. Moría por darle todo el placer que pudiera.

De repente, sacó su pene de su boca y me haló por el cuello. Me puso de perfil y flexionó sus rodillas. Con su mano, sostuvo su verga y me dio varios golpes con él en la cara. En el proceso, sólo pude escuchar un “mastúrbate”; y así lo hice.

Apenas puse mis manos en mi coño y de inmediato pude sentir el calor y la humedad que desprendía mi cuerpo. Rocé mis dedos sobre mi clítoris y comencé a tocarme con fuerza. Aunque no me lo pidió, chupé mis dedos mientras lo miraba a los ojos. No sé qué se le cruzó por la cabeza que de inmediato jaló la corbata, haciendo que me pusiera de pie.

—Sí... Eres una niña mala.

—Sí... Lo soy, Amo.

Me dio un par de nalgadas muy fuertes y me colocó sobre la cama en cuatro. Todavía sostenía la corbata entre sus manos y haló un poco más. Cuando sentí que se me cortaba un poco la respiración, me penetró.

Su pene delicioso y caliente se adentró entre mis carnes con salvajismo. Con la mano que le quedaba libre, me daba más nalgadas o se sostenía de mis caderas. Por mi parte, traté de abrirme más con el fin de que él pudiera llegar

más lejos y profundo.

Mordí la almohada cando me embestía. Sentía que iba a atravesarme en cualquier momento. Creo que nunca en mi vida gemí tanto como esa vez.

Entonces, cuando pensé que iba a perder la razón en cualquier momento, Erik me tomó por la cintura y volvió a acomodar mi cuerpo según sus deseos. Quedé con la espalda sobre la cama. Nos miramos por un rato. Sus dedos fueron hacia mi rostro, acariciándolo.

—Sí, te extrañaba demasiado.

Soltó la corbata y fue sobre mí. A diferencia de otras veces, lo hizo con lentitud y suavidad. Me besó la boca, los ojos y la frente. Parecía un tipo completamente diferente. Abrió mis piernas y se fundió en mí como si fuéramos una sola piel.

Sus brazos rodearon mi cabeza, sus piernas rozaban las mías, nuestras pelvis se golpeaban entre sí haciendo sonidos fuertes y otros más suaves. A veces enterraba mis uñas sobre sus hombros y otras sólo lo acariciaba. El sexo con él era como una montaña rusa que me llevaba a donde quisiera.

Permanecimos pegados hasta que tomó la posición que yo tenía hasta ese momento. Volvió con la corbata y la haló hacia sí mientras yo me sentaba sobre él. Hice un largo gemido de placer y comencé a moverme. Erik observaba cómo lo hacía así que asumí un papel de mujer sensual, de femme fatale que está dispuesta a complacer a su hombre más allá de sí misma.

Fui tan rápido y tan violento que experimenté de nuevo esa sensación de desprendimiento de alma y cuerpo. Eran flashes intensos que me hacían volar. El cable a tierra era los jalones que hacía Erik con la corbata.

Lo monté por un rato. Incluso, cuando mis piernas parecieron rendirse, una fuerza emergía dentro de mi cuerpo para continuar. Ahora que lo pienso, quizás era él mismo que me contagiaba de esa intensidad.

Eventualmente bajé el ritmo y le pedí que me permitiera correrme. Él no me respondió inmediatamente ya que era una costumbre que tenía como Dominante.

—Tienes que acostumbrarte que soy yo quien da la orden.

Abofeteó mi cara para dejarme en claro lo que quería decir.

Sentí una especie de hormigueo en mis muslos. Por una parte me preocupé pero inmediatamente supe que se trataba del tiempo que tenía moviéndome. Gracias a la experiencia de Erik, volvimos a cambiar de posición y experimenté un alivio momentáneo. Sin embargo, ya mi cuerpo no podía más.

Me folló unos cuantos minutos más. Paró y lo mantuvo dentro de mí. En ese instante me dijo:

—Córrete para tu dueño.

Puso su dedo sobre mi clítoris y una descarga de energía reavivó mis emociones. No faltó demasiado para que el orgasmo tomara el control de mí. Convulsioné un poco y me rendí sobre la cama. La oscuridad me hizo saber que estaba en las profundidades de un lugar que ya había visitado. Mantuve los ojos cerrados hasta que el gemido constante de Erik me hizo reaccionar.

Sus ojos se encontraron con los míos y sus manos sostenían mi cuello. Sus labios rozaron mis mejillas mientras que mis brazos lo rodearon a pesar que no estaba completamente consciente. La intensidad de esa corrida casi me dejó al borde del desmayo.

Me dio un beso largo y suave hasta que se corrió dentro de mí. Su cuerpo cayó sobre el mío y los dos compartimos la respiración agitada. Nuestros pechos se convirtieron en una sinfonía que dejó demostrado el esfuerzo que hicimos para poseernos. Volvió a mirarme y a besarme. Podía quedarme entre su calor hasta que se acabara el tiempo.

Los dos nos quedamos dormidos en cuestión de minutos. Sin embargo, desperté por el sonido de las bocinas. Olvidé que, como vivía más en el centro, mi piso era más vulnerable a los ruidos de la ciudad.

Me levanté con cuidado para ir a la cocina y buscar un vaso de agua. Mientras lo hacía, Erik estaba dormido como un bebé. Incluso roncaba. Aquella imagen me resultó tan enternedora porque nunca lo había visto así. Siempre era el tío imponente que, cuando apenas entraba a una habitación todos tenían que ver con él. Ahora, en una posición tan única, Erik parecía el ser humano más vulnerable del mundo.

Tomé unos pantaloncillos en una silla, una franela de Rammstein ya toda rota y una bata, estaba haciendo un poco de frío.

Caminé hasta la cocina con todo el silencio del mundo. Era un intento por no romper la armonía. Deseaba que ese momento durara todo lo que fuera posible, aunque sabía que llegaría a su fin.

Abrí la puerta del refrigerador y me serví un vaso. Al terminar de tomarlo, él estaba allí, en el marco de la puerta, observándome.

—Joder, casi me matas de un susto.

—Ja, ja, ja. Lo siento.

—Creí que estabas dormido.

—Sí lo estaba. Pero me moví, no te sentí a mi lado y me levanté para buscarte.

Se acercó a mí y me dio un beso en los labios.

Nos sentamos en la mesa sin decirnos nada. Concluí en ese instante que él y yo no nos hacían falta las palabras para sentirnos bien uno junto al otro.

VIII

—¿Tienes los diseños listos?

—Sí. Ya los envié a Dropbox para que lo revisen.

—Bah, no hace falta. Sabemos que están perfectos. Por cierto, necesitamos unas muestras para la presentación de mañana.

—También los subí.

—Vaya. Excelente. Te avisaremos si surge alguna modificación, aunque sinceramente no lo creo.

—Vale.

Recliné mi espalda sobre la silla y bebí un sorbo de café. Estaba orgullosa de mí misma al saber que había tachado todos los pendientes de la semana. Ahora podía dedicar mi concentración en otra cosa.

Me levanté para ir al baño. Al pasar por los pasillos y cubículos, me di cuenta que estaba gustándome esto en lo que mi vida se había convertido. La rutina del trabajo me dio una sensación de seguridad que hallaba agradable.

Por suerte, me encontré sola en el baño. Me miré al espejo y me arreglé un poco el cabello. Esa noche tendría una cita especial y estaba un poco nerviosa.

Alcé lentamente la falda y miré el brillo del buttplug que tenía puesto. Desde hacía tiempo, estaba entrenando mi ano para probar de nuevo los placeres del sexo anal. Por otro lado, me gustaba saber que tenía eso allí como muestra de que mi relación con Erik estaba en otro nivel.

Debo acotar que ya soy oficialmente su sumisa. De hecho, el momento en el que me lo pidió me pareció increíblemente gracioso. Estaba atada en la cruz de San Andrés, con una mordaza de bola y recibiendo unos fuertes latigazos en mis piernas y torso.

Mi boca desprendía largos hilos de saliva, mis ojos estaban llorosos y mis gritos eran reprimidos. Erik, vestía un traje formal mientras me castigaba. Cada azote era acompañado por una sonrisa.

De repente, me quitó la mordaza y me miró como si estuviera a punto de decir algo. No le presté mucha atención puesto que estaba concentrada en la excitación y el escozor que me dejaba el cuero sobre mi piel.

Soltó el látigo y me tomó del rostro pero con suavidad. Traté de descifrar lo que quería decir hasta que habló:

—¿Quieres ser mi sumisa?

—Sí, Amo. Siempre.

Él sonrió de alivio como si estuviera esperando otra respuesta. Se alejó de mí por un momento y regresó con una cinta de cuero con un pequeño aro plateado en el centro. Me lo enseñó y luego lo dejó sobre la cama.

Comenzó a deshacer los amarres con cuidado y me ayudó a incorporarme. Me senté en el borde de la cama y sentí cómo me ponía el collar. Rocé un par de dedos sobre él. Estaba impresionada porque, a pesar de las sesiones, vi nuestra situación como algo que seguía en lo casual.

Se acercó a mí y me besó. Fue un beso dulce, suave.

—Esto es para que los recordemos el compromiso que tenemos. Yo asumo la responsabilidad de cuidarte y protegerte, y tú el de entregarte a mí, siempre.

—Siempre.

—No sabes lo nervioso que estaba.

—¿Por qué?

—Porque siempre me preparo para peor. Pero nada, hoy no ha sido así. Hoy me siento como un chaval. Así que, celebremos un poco con más azotes, ¿te parece?

—Sí, Amo.

Aún puedo recordar el brillo de sus ojos cuando le dije que sí. Después de ese momento, marcó todo mi cuerpo con el cuero de los latigazos y con las mordidas que me dio. Estaba dispuesto a decirle al mundo entero que era suya y de nadie más.

Puse el móvil en la encimera del baño y tomé una foto.

—Buenos días, Amo.

Le envié la imagen a Erik y esperé ansiosamente por su respuesta. Mientras terminaba de refrescar mi maquillaje, me respondió.

—No sabes lo que te espera.

Sonreír y salí como si no hubiera pasado nada. Me encantaba saber que quien se acercara a mí, no tuviera la mínima sospecha que tenía esto en mi cuerpo y gracias a la orden de mi Dominante.

Durante toda la tarde, miré al reloj sin parar. Habíamos quedado que me iría a buscar por lo que la ansiedad me estaba matando. Al acercarse la hora, comencé a sentirme nerviosa.

—¿Qué me pasa?

No tenía por qué estar así. No era la primera vez que estaba con él ni era

nuestra primera sesión. Sin embargo, siempre había ese componente en nuestros encuentros. Supongo que aquello ayudaba a sazonar lo que teníamos.

—Estoy abajo.

Me avisó finalmente. Tomé mis cosas, me despedí de todo el mundo y salí apretando el paso. Apenas se abrieron las puertas de la entrada principal, allí estaba él. Apoyado sobre el Lamborghini y con una sonrisa que casi me hizo correr hacia donde se encontraba. Sí. Ese hombre era me hacía sentir como una niña.

—Vaya, sí que estás guapa.

—Gracias.

Nos besamos y olvidé por completo el frío que estaba haciendo.

—¿Nos vamos?

—Claro que sí.

Me abrió la puerta con galantería y me subí. Él hizo lo propio y arrancó los motores. Sabía que iríamos a su casa, a esa mazmorra que ya se convirtió en nuestro sitio de placeres y lujuria.

Llegamos al poco tiempo y aparcó al frente como siempre. Sin embargo, supe que había cambiado su modo a Dominante porque no pronunció palabra y porque la expresión le cambió por completo.

Deshizo el nudo de su corbata y me lo colocó en el cuello. Llegamos a la entrada y me hizo arrodillar.

—Anda.

En esa posición, mis nalgas quedaban expuestas y, por ende, él podía ver el buttplug que me había regalado.

Avancé lentamente, subí las escaleras con cuidado. Llegamos a la habitación y me coloqué sobre la cama. Él dejó parte de la corbata sobre la cama y se apresuró a darme unas buenas nalgadas.

—No sé por dónde empezar.

—Por donde más te guste, Amo.

Él asintió y sentí cómo se agachaba. Su lengua fue directamente a mi coño y a mi ano. Volví a morir y a vivir. Volví a ser su esclava... Y me gustaba.

Rey

Romance Prohibido, Erótica y BDSM con el Señor del Crimen

I

Un chico gordo corría por las calles con la respiración a punto de fallarle. Las punzadas en las espinillas se volvieron más agudas. Era el tipo de dolor que le indicaba que era momento de parar... Pero no podía. Detenerse lo haría perder la batalla por sobrevivir.

—Hey, bola de grasa, no llegarás muy lejos.

Logró escuchar a lo lejos. Las risas tras el comentario del matón del barrio también retumbaron en sus oídos. Era una descarga eléctrica directo a su orgullo.

Siguió con todas sus fuerzas, volteando cada tanto para cerciorarse que tenía suficiente ventaja. Sin embargo, no vio un bloque de ladrillo que se encontraba en medio de su camino. Se percató muy tarde.

Tropezó y cayó de bruces. Se golpeó la nariz y la mejilla. El ardor del impacto lo hizo sentirse desesperado por recobrar el equilibrio pero no pudo. El grupo de siete chicos, quienes estaban siguiéndolo, le rodearon. No tenía escapatoria.

—Te dije que no llegarías lejos. Ahora la pagarás, bola de grasa.

La voz se alejó de su rostro e inmediatamente comenzó a sentir una serie de patadas y puños sobre su cuerpo. Fueron tantas al mismo tiempo que apenas tuvo tiempo para cerrar los ojos para protegerse de alguna manera.

Al estar satisfechos, hurgaron entre sus bolsillos para sacarle el reluciente billete de 20\$ que se había ganado ese día trabajando en la farmacia.

—Ya no necesitas esto, bolita.

El calor de la sangre que emanaba de su cabeza y de su nariz hizo que se

concentrara en buscar las respuestas que pudieran calmar a su histérica madre.

Un último golpe al estómago y se alejaron de él, dejándolo en medio de un callejón golpeado y sin un duro para regresar a casa.

Mark se levantó del suelo y se sacudió el polvo de la ropa. Ya no le dolían las espinillas por lo que pudo caminar con cierta comodidad a pesar, claro, de los golpes y las heridas.

Al salir, la luz del sol le hizo recordar la humillación que acaba de sufrir. A medida que avanzaba, sintió las miradas de pánico y otras de risa que cayeron sobre él. Hasta llegó a escuchar un “pobre chaval”. Eso era él, un pobre chico que no pudo pelear como los hombres.

Cayó la noche y se encontró frente al edificio en donde vivía. Sólo ansiaba acostarse en su cama y olvidar por un momento lo sucedido. Subió las escaleras y abrió la puerta. Su madre no estaba así que respiró de alivio. Entonces fue al baño para mirarse.

Se echó para atrás al ver el espectáculo. El pómulo derecho estaba a explotar, los labios estaban rotos así como la nariz, de la sien brotaba un hilillo de sangre. Bajó el cuello de la camiseta y observó otro moretón que supuso que se pondría feo al paso del tiempo.

A diferencia de otras veces, no sintió lástima por sí mismo, sino más bien ira. Ira que le nació en la boca del estómago y que se repartió a sus extremidades como un virus. Ya no sentía dolor.

Algo se quebró dentro de Mark ese día y lo supo en cuanto salió de ese callejón. Supo que ya no sería ese niño gordo objeto de burlas y golpes. Tomó la decisión de que debía defenderse el resto de su vida y que lo haría con una furia tal que no dejaría espacio para súplicas.

Abrió la llave de agua y comenzó a limpiar las heridas. Sacó unos cuantos algodones y alcohol, y los puso sobre el lavabo. Aprovechó la soledad para cambiarse de ropa y tomar un baño.

Horas después, su madre se asomó a su habitación y lo encontró golpeado. Era de esperarse los gritos de indignación y las preguntas sobre lo que había pasado.

—Mamá, no te preocupes, me puse a jugar cerca de las vías y no pillé un tren que venía. Tuve que salir corriendo y me tropecé con las piedras y la maleza que hay allí, ¿sabes? Por suerte no pasó nada grave.

Ella insistió en llevarlo al hospital pero la negación tan tajante de Mark ante la idea, le hizo retroceder.

—Esto no se ve bien, hijo. Necesita curarse.

—Está bien, mamá. No te preocupes.

Claro que necesitaba curarse pero él no quería. Deseaba sentir y ver el dolor para recordarse que no daría marcha atrás a sus intenciones. Los golpes transformaron al adolescente para siempre.

Le tomó varios días de planificación pero faltaba poco para ejecutar su plan. Eran siete así que se tomó el tiempo para hacerles sentir que todo había pasado sin mayores problemas.

Regresó al trabajo en la farmacia para trabajar largas horas y así reunir un botín lo suficientemente atractivo para sus matones. Se aseguró que la noticia llegaría a ellos con el fin de tentarlos a hacerle de nuevo lo que le hicieron.

Cada día, al regresar a casa, tomaba un momento para verse al espejo y repetirse constantemente que lo lograría. Que debía espantar al miedo porque de lo contrario nunca sería libre. Y deseaba demasiado serlo.

Su jefe lo despidió con amabilidad y con la sugerencia de que tomara otro camino. Él supo lo que le pasó porque lo infirió. Mark asintió como el buen chico que era pero por supuesto que ignoró el consejo. Las semanas le ayudaron a estudiar las rutas y costumbres de los siete.

Caminó por la calle de siempre y sintió las sombras detrás de él. Comenzó a correr. No tardó mucho en escuchar las risas al ras de sus pies.

Tomó una vía que lo llevó hacia un espacio abierto. Para cualquiera esto era un suicidio pero para Mark representaba que todo su plan estaba llevándose a cabo a la perfección. Apretó el paso y percibió cómo los siete cayeron en una zanja que había cavado días después y que escondió con hojas y ramas.

El estrecho espacio, limitó el movimiento de los chicos. No podían levantarse por más que lo intentaran. Una sensación de somnolencia los hizo perder la consciencia de a poco. Lo último que vieron fue el rostro de Mark envuelto en un trapo blanco.

Lo cierto es que Mark, luego de hacer la zanja, empapó telas con una fórmula sedante que había logrado hacer en la farmacia. Lo probó varias veces y hasta calculó el tiempo de acción. Así que, al verlos así, entre la tierra, lo hizo sentir poderoso... Aunque no estaba ni cerca de terminar.

Esperó a que todos estuvieran inconscientes para cubrir los espacios de la zanja con tierra hasta que esta les llegara a la cabeza. Luego extrajo de un saco, el cuerpo de un gato muerto que encontró en la carretera ese día.

Lo dejó frente a ellos y se sentó a que el efecto pasara. El primero en despertar fue el líder.

—Pero qué coño...

—Cállate.

Le respondió con la voz sombría.

—Esto no te conviene, bola.

Apenas terminó la frase, sintió el golpe en la nuca que casi lo noqueó. Mark tenía un bate de béisbol que balanceaba de un lado a otro.

El chico estaba rojo de la rabia hasta que vio a lo lejos una figura que no pudo reconocer.

—Esta zona está repleta de coyotes, ¿sabes? Es extraño en este lado de la ciudad pero supongo que tiene que ver con las presas que encuentran.

—¡Mira, gordo...!

—No creo que sea muy conveniente eso de insultarme ahora. Verás, ellos no me hacen nada porque me conocen. Siempre vengo para aquí cuando se les antoja golpearme como piñata así que no les molesta mi presencia. Cosa que no sucede con el resto. De hecho, no sé por qué, pero ellos son una subespecie algo desconfiada y agresiva.

El sudor le corrió por la mejilla al observar el gato muerto.

—Exacto. Les dejé un regalo para que coman algo.

—Estás loco.

—No lo dudes.

La figura difusa se volvió más nítida, más clara. Por si fuera poco, no era una sola sino varias. El olor del gato muerto atrajo a unos cuantos coyotes.

Mark estaba muy divertido aunque apenas pudo sonreír porque aún le dolía el pómulo. Eso le hizo recordar el motivo por el que estaba ahí. Trató entonces de disfrutar cada momento.

—Bien, tengo que irme.

—PERO TE HAS VUELTO LOCO, TÍO. AYÚDANOS. NO NOS DEJES AQUÍ.

Unos cuantos más comenzaron a despertarse.

—Ustedes son listos y tienen fuerza para superar esto. Así que no se angustien. Saldrán de esta.

Se levantó del suelo y se acercó a los cuerpos asustados enterrados en la tierra.

—Diviértanse.

Se alejó a paso lento, como queriendo recordar el sonido de la desesperación de quienes le suplicaban la ayuda. Ese sonido más el olfateo de los coyotes, le dieron una gran satisfacción.

Encontraron a los chicos un par de días después. Hambrientos, débiles y con heridas en el cuello y la cabeza. Al momento de ser interrogados, ninguno dio explicación de lo ocurrido. Permanecieron en completo silencio. Desde ese día, Mark pudo andar por las calles sin el temor de que lo lastimaran.

Los años pasaron y ese chico regordete y tímido, se convirtió en el líder de la organización criminal más peligrosa de la ciudad. Cualquiera tendría que pensársela dos veces antes de meterse con él.

El éxito de los negocios ilegales fue tal que pudo costearse la vida que siempre quiso. Una gran mansión, mujeres a cualquier hora del día y todo lo que deseara. Sus gustos incluían el usar trajes blancos a medida, habanos, comida cara y coches de último modelo. No había impedimento ni límites.

Al darse cuenta de que las cosas estaban avanzando, necesitó conformar un grupo sólido que le ayudara a consolidarse. Así que reclutó cientos de hombres de los mejores calibres para que le fueran fieles a sus propósitos.

... A estas alturas era imposible detenerlo.

II

Jack era uno de esos casos especiales en donde un ex marine se convierte en un criminal. Lo cierto es que luego de darse de baja en el ejército, sintió una profunda decepción por el sistema por lo que decidió que sería gracioso corromperlo de alguna manera.

Conoció a Mark mientras trabajaba en un campo de tiro. El hombre, vestido de blanco en medio del humo de los habanos, le preguntó que hacía él en un lugar como ese. A pesar de querer renunciar a esa charla innecesaria, terminó convencido de la oferta laboral de aquel hombre corpulento y misterioso. Así que, al final, tomó sus cosas y se fue con él.

Eventualmente, Jack pasó a ser un sicario de sumo cuidado. De hecho, le decían “El Francotirador” porque esa era su especialidad, matar a las víctimas mientras menos se lo esperaban.

Gracias a un récord impecable, también se aseguró uno de los primeros puestos de confianza entre la organización. Incluso, Mark, quien no sometía a votación sus decisiones, se apoyó en él en varias ocasiones.

Sin embargo, la larga trayectoria criminal del líder de la mafia, le hizo susceptible a caer en vicios de todo tipo. Esto le costó el respeto de unos cuantos miembros, incluido Jack.

Él estaba cada vez más convencido que sería la persona ideal para el grupo. Dejaría atrás las absurdas extravagancias y se concentraría en lo importante: hacer tanto dinero como fuera posible.

Estos pensamientos subversivos, sin embargo, los olvidaba cuando su cabeza estaba entre las piernas de una mujer. Jack, a pesar de ser un hombre frío y calculador, no obviaba otros placeres de la vida.

Sí, él era amante de las mujeres hermosas y del buen licor. La combinación de ambas cosas le proporcionaba una experiencia que iba más allá de lo sublime.

Las modelos eran su perdición. El ver aquellas piernas largas y esbeltas le producían un morbo anormal. Sólo imaginaba en enterrar su cabeza entre ellas y saborear el coño húmedo. Además, encontraba el sexo oral uno de los máximos placeres que existían.

Pero, si bien era amante del buen sexo, también lo era del control y la

dominación. Al ganar más experiencia, descubrió su inclinación hacia el BDSM, por lo que, además, se hizo un nombre en los grupos de esta inclinación.

En vista de ello, Jack mantenía estos gustos muy alejados de su vida normal. Cualquier información personal podría convertirse en una bomba de tiempo que podría actuar contra él.

—¿Vas a ir a la fiesta del jefe?

—¿Cuál fiesta?

—Venga hombre. Es mañana. Champaña, tías buenas, comida. Tienes que ir.

—Mmm. Supongo.

Jack dejó la conversación. Tomó sus llaves y fue hacia su nuevo y flamante Porsche Carrera 4 GTS. Lo encargó con un tono gris metalizado que iba perfectamente con su gusto por lo industrial. Calentó un poco los motores y salió como una flecha hacia su casa.

Se adentró en una zona casi exclusiva de construcciones modernas y minimalistas. Tomó un atajo que lo llevó a un camino de piedra que lo condujo a una edificación pequeña pero sin duda hermosa.

Había grandes ventanales, concreto y detalles metálicos. La estructura, además, contrastaba con la vegetación que estaba alrededor. No sólo por concepto de hacer el lugar más atractivo visualmente sino porque servía para esconder los artificios para proteger la propiedad.

Aparcó el coche frente a la entrada y salió. Se detuvo por un momento y observó la casa. Su casa. Le parecía increíble que después de tantos tropiezos, pudiera tener algo para sí mismo. Recordó los golpes y el sufrimiento de su familia, la identidad que tuvo que dejar atrás y el hombre que era y que murió el día que selló su destino con el crimen.

Miró al suelo y trató de darse ánimo al recordar que cada cierto tiempo enviaba dinero a los suyos. No sabía sus problemas ni dificultades pero, al menos, tendrían la opción de contar con algo para resolver.

Sacó las llaves de su bolsillo y las hizo sonar hasta que llegó a la puerta. Una luz proveniente del techo, se encendió apenas puso los pies en el tapete. Entró con el cansancio en los hombros y se desplomó sobre el sofá que tenía más cerca.

El espacio amplio de la sala le hizo sentirse un poco solo así que no tardó mucho en levantarse de nuevo, prepararse un trago e ir a la habitación.

Mientras lo hacía, dudó si ir o no a la fulana fiesta. ¿Por qué tendría ir? Ese tipo de eventos siempre le parecieron inútiles pero quizás serviría para reforzar alianzas.

Dejó el vaso de whiskey sobre el elegante mueble de madera y tomó el móvil. Tecléo con rapidez y se recostó sobre la cabecera mientras esperaba la respuesta. El pitido lo hizo reaccionar de su ensimismamiento y sonrió. Recibiría la compañía que deseaba en cuestión de minutos.

III

A pesar de sus esfuerzos por ignorarlo, la fiesta era una noticia que no sólo corrió entre los miembros de la organización sino también por las altas esferas de la sociedad. Mark era reconocido como un poderoso hombre de negocios por lo que podría esperarse cualquier cantidad de invitados esa noche.

La mansión quedó decorada con luces, flores, velas, una banda, un dj, mesas repletas de comida. Desde sushi hasta los postres más finos. Mark no escatimó en gastos.

Para no sentirse más fuera de lugar de lo que ya estaba, Jack invitó a una de sus citas usuales. Unas de las modelos más cotizadas del momento. La mujer alta, rubia y exuberante, le encantaba estar con aquel hombre imponente e intimidante.

El vestido azul intenso con una abertura en la pierna y con escote profundo en la espalda, causó sensación entre los caballeros. Sin embargo, Jack tampoco se quedó atrás. El traje negro le resaltaba la piel blanca y el rojo intenso de la barba y del cabello casi rapado.

Aunque le gustaba la sensación de que la gente lo mirara, Jack fue más bien por cumplir el protocolo. Además, no quería tolerar reproches por parte de su jefe así que era una forma de evitar momentos incómodos.

—¡Estimados amigos! Estoy feliz de tenerlos aquí, celebrando conmigo. No. No es mi cumpleaños ni una fecha especial. Más bien esto es para compartir y celebrar los amigos. Esta noche es para que la pasemos bien. ¡Salud!

Detrás de las palabras de Mark, era claro que sí había una intención. Las fiestas le resultaban útiles para saber quiénes de verdad estaban con él sobre todo en el ámbito político.

Jack se desprendió de la elegancia de su acompañante y fue a saludar a su jefe.

—Buen discurso.

—¡Jack! Apostaba a que no vendrías. Perdí 50\$, eh.

—Lo siento mucho.

—Venga, venga. ¿Qué te parece?

Miraron hacia la enorme piscina.

—Una gran cantidad de gente. Hay muchos que te siguen queriendo, ¿no crees?

—Pues sí, no lo puedo negar. Pero lo cierto es que realmente sí tengo un motivo para ser feliz. Mira, por allá. ¿La ves?

Jack se asomó con desgano hasta que se concentró en un rostro hermoso rostro. Pensó que se trataba de su imaginación hasta que la vio acercarse poco a poco. Tenía un vestido negro y sandalias altas. El cabello largo le caía sobre los hombros formando gruesos bucles en las puntas. El andar de sus caderas y las piernas era un movimiento hipnótico. Tuvo que espabilarse porque de lo contrario se vería como un chiquillo torpe.

Al estar frente a él, se colocó al lado de Mark con un gesto cariñoso.

—Ella es Amanda. Encontrarla fue un milagro para mí. Querida, él es Jack. Uno de mis hombres de confianza.

Amanda extendió la mano y apretó fuerte la de Jack.

—Mucho gusto.

—El placer es mío, Amanda.

Volvió a caer en el encanto y el brillo de su piel morena. Sus ojos grandes parecían absorberlo. Aquellos labios rojos que hacían una media sonrisa. La pequeña mano que llevaba un mechón de pelo detrás de las orejas. Cada gesto le pareció en extremo sensual.

—Bien, debo dejarte porque ya sabes cómo son estas cosas. ¿Estarás aquí un rato?

—Eh... Sí, sí. Seguro.

La idea de irse rápido se fueron al caño al darse cuenta que acababa de ver a la mujer que le movió el piso como nadie.

Permaneció de pie, mirándolos irse. En ese momento sintió el brazo de su acompañante que se reunió con él luego de fastidiarse de ser admirada por otros en la fiesta.

—Cariño, ¿por cuánto tiempo tenemos que quedarnos aquí?

—Un poco más, querida. Después iremos a la casa a divertirnos un poco.

—Vale...

Le dio un beso lento en la mejilla. Él le dio a entender que era mejor que lo esperara en una mesa cerca de la barra porque aún tenía que saludar algunos jueces y demás políticos.

Cada vez que quedaba envuelto en alguna conversación de esas aburridas, buscaba a Amanda con la mirada. Observaba con detenimiento cada esquina

con tal de deleitarse la mirada con el cuerpo de esa mujer.

No la encontró en ninguna parte y se decidió por irse. Se acusó a sí mismo de infantil por dejarse llevar por los impulsos.

—No es la única mujer bonita que conozco.

Volvió a decirse. Lo único que le restaba por hacer era tener presente el hecho de que era mujer de su jefe y que era conveniente no pescar en aguas turbias. La cita de la noche lo estaba esperando en el coche hasta que se topó con la imagen gloriosa de Amanda.

Estaba en el marco de la puerta con un cigarro en la mano. Miraba el exterior como si estuviera ansiosa por salir de ahí. Él quiso pasar desapercibido para no tentar al destino, pero también deseaba ser objeto de su atención.

—¿Ya te vas tan pronto?

—¿Ah? Sí, sí. Tengo un compromiso.

—Ya veo. Es una lástima.

Exhaló el humo con una manera tan elegante que se quedó admirándola como un tonto.

—¿Cuándo te volveré a ver? —Continuó casi inmediatamente.

Él no quiso verla. Especialmente, porque sabía que si giraba a verla, se perdería en esos ojos negros. Así que se mantuvo con la vista hacia el coche.

—No lo sé. Depende de las reuniones y todo eso...

Quiso seguir la conversación hasta que ella se cansara de él pero no fue así. Sintió su presencia. Su cuerpo estaba muy junto al suyo y lo miró de frente.

—He visto que has estado, pues... Un poco distraído y a lo mejor es porque necesitas a hablar con quien hablar. Toma, este es mi número de teléfono. No dudes en llamarme o escribirme. ¿Vale?

Para hombre acostumbrado a ser directo y a dar la iniciativa, se sintió intimidado por esa mujer.

—Vale. Así lo haré.

Le sonrió, tiró la colilla y se dio la vuelta para dejarlo con la boca abierta. Jack, aún en el umbral, se llevó la mano a la cabeza. Sonrió para sí y fue caminando hacia el coche. Ya tendría oportunidad de pensar si era buena idea o no el contactarla.

Abrió la puerta de conductor y lo primero que vio fue las piernas cruzadas de la rubia.

—Cariño, si te has tardado demasiado. ¿Todo bien?

—Sí, sí. No te preocupes. Cosas de negocios, ya sabes cómo es.

—Entonces, ¿nos vamos?

Se acercó a él como una pantera.

—Claro que sí.

Después de un beso apasionado. Hizo el cambio de velocidades y tomó el volante con ambas manos. Dio un último vistazo a la puerta de la gran mansión. Puso el pie en el acelerador y los motores ronronearon y los neumáticos patinaron sobre el asfalto. Eso correspondía a su afán de dar un espectáculo cada vez que podía.

La casa de Jack no quedaba muy lejos de allí, por lo que llegaron en cuestión de minutos.

—Vaya, ya extrañaba ver este hermoso lugar.

—Apuesto que sí, nena.

Le abrió la puerta y la vio salir con esa gracia típica de las chicas como ella, como si conociera a la perfección todo lo que tenía que hacer.

Llegaron a la cocina. Ella se acercó al refrigerador con la intención de comer algún bocadillo nocturno.

—¿Tienes algo aquí que sea delicioso y fácil de hacer?

Él se quedó tras ella y la tomó desde atrás con sus manos. Acarició su cintura y sus pechos. Ella gimió un poco por lo cual fue la ocasión perfecta para atraerla más hacia su cuerpo. Con una mano la sujetó por el cuello mientras que con la otra, rozaba la firmeza de sus muslos. Sus labios rozaron la suavidad de su nuca.

Cuando estuvo un poco más desesperado, la sostuvo por las caderas y la giró para que quedaran de frente. Subió poco a poco hasta que la tomó por el cuello y comenzó a besarla apasionadamente.

Su lengua fue directamente a la suya. Jugó con ella. La chupó e hizo lo mismo con sus labios. No faltó mucho para que los brazos delgados de su acompañante se apoyaran sobre sus fuertes hombros para no caerse. No quería perder el equilibrio ante la forma en cómo la besaba.

La alzó suavemente para llevarla consigo a la habitación. Subieron unos cuantos escalones y la dejó sobre la gran cama que se encontraba en el medio del lugar.

Él le subió un poco el vestido por el afán de chuparla y por el morbo que le producían sus piernas exquisitas. Las acarició lentamente hasta que se

inclinó hasta su entrepierna. Descubrió que no tenía debajo por lo que fue más fácil que su lengua encontrara el punto de placer.

Su coño estaba húmedo y caliente, sus líquidos le sabían dulces así que se preparó mentalmente para no anticiparse. Se quiso dar el gusto de saborearla como le diera la gana. Primero besó sus labios para luego chupar con más fuerzas cada parte. A este punto, ella no paraba de gemir.

Con las manos sobre las sábanas, ella comenzó a pedir clemencia.

—Por favor... Oh, Dios... Por favor.

Jack hizo de oídos sordos y prefirió continuar pero esta vez con un ritmo más violento. Los gritos hicieron eco en el resto del departamento.

Se encontró satisfecho cuando sintió el temblor de sus muslos cerca del rostro. Se levantó lentamente y terminó de desvestirla. Al final, quedó ese cuerpo blanco y sensual que esperaba por más.

Jack se puso de pie y comenzó a desvestirse frente a ella. Encontraba este momento como algo muy placentero ya que le gustaba exhibirse. Dejó el traje y la camisa en el suelo, así como los zapatos y medias. Al final, quedó completamente desnudo, mostrando con orgullo su cuerpo esculpido.

Ambos se sonrieron y avanzó hasta apoyarse sobre la cama. Esperó un poco más hasta que comenzó a masturbarse muy cerca. Al mismo tiempo, lo hizo con ella lo que para Jack era toda una odisea. Tenía que mantener la concentración en ambos puntos sin perder el control.

Se tocó con dureza puesto que así le gustaba sentirlo. Con respecto a ella, lo hizo un poco suave pero sin perder la firmeza en el tacto. Cuando dejaba de tocarse el pene, toma su pulgar y acariciaba el clítoris de ella con delicadeza mientras le introducía un par de dedos.

Alzó la mirada para verla y se dio cuenta del sudor de su frente y del rojo de las mejillas de ella. Así que se secó un poco y esperó un momento para penetrarla. Los ojos suplicantes rogaban por sentir el miembro.

Se acomodó mejor para sentirse más cómodo. Antes de penetrarla, tomó el glande y comenzó a frotarlo entre los labios y el clítoris. De nuevo, el chillido de desesperación y súplica. Fue allí, en ese punto, cuando él la penetró con fuerza.

Sintió cómo su carne caliente cedió ante la hombría de él. Se inclinó un poco más para que ella lo tuviera más dentro. Llevó una de sus manos hasta el cuello y la otra a uno de sus pechos para pellizcarle el pezón. Cada embestida la hizo con la furia de un animal.

Siguió follándola hasta que extrajo su miembro y la giró para colocarla en cuatro sobre la cama. Al apartarse un poco, le encantó ver la curvatura de su espalda así como esos glúteos que enmarcaban el coño y el ano rosáceos.

Se levantó finalmente para buscar entre sus cosas un pequeño látigo. Sabía que aquello no se trataba de una sesión en el sentido literal de la palabra, pero al menos quería darse la oportunidad de ir más allá del comportamiento controlador de siempre.

Delicadamente, rozó las tiras del látigo sobre el culo de ella. Lo hizo un par de veces con la finalidad de que se familiarizara con lo que estaba por venir.

—¿Estás lista? —Le preguntó en un susurro.

—Siempre.

Como su especialidad era generar más suspenso, hizo que ella se desesperara para finalmente darle el primer impacto. Vio encogerse un poco la espalda por lo que continuó segundos después.

Intercaló los latigazos con lamidas y besos en la espalda. Acarició las partes en donde era posible ver las marcas de las cintas de cuero. Sus dedos se paseaban por su piel como si se tratase de un explorador.

Dejó el látigo en el suelo, se acercó al borde de la cama y se sostuvo de las caderas de ella. Las apretó con fuerza y volvió a penetrarla. Esta era una de las posiciones favoritas de Jack. Le hacía sentir que era un hombre poderoso y que, sobre todo, tenía el control de la situación.

Cada tanto se acercaba al oído de ella para decirle cualquier palabra que la humillara y que la hiciera sentir más excitada.

Jack no dejó de follarla con fuerza hasta que volvió a sentir el temblor violento de sus muslos perfectos. Siguió y siguió hasta que sintió un par de hilos calientes descender hasta su pene. Ella estaba tuvo el orgasmo en ese justo momento.

En su afán de retar los límites de los demás, volvió a tocarla en el clítoris. Ella se estremeció aún más así que perdió el poco control que tenía de sus impulsos carnales.

Se estremeció un par de veces más hasta que por fin se dejó caer sobre la cama. Sin embargo, Jack todavía estaba excitado. Sacó el pene de ella y no paró de masturbarse hasta que se corrió sobre su espalda. Como un último toque, tomó un poco de su semen entre sus dedos e hizo que ella lo lamiera.

—Buena chica.

Un rato después, mientras escuchaba la respiración de ella. Jack se escabulló de entre las sábanas y se levantó. Se acercó al clóset para sacar un par de pantalones de pijama. Bajó las escaleras para buscar algo para tomar y quizás, picar algo.

Abrió la nevera y encontró un poco de jamón serrano, el sobrante de queso manchego y pensó que sería buen maridaje el acompañar todo eso con un poco de pan y un trago de whiskey. Preparó la sencilla comida en poco tiempo y se sentó en el desayunador de frente al ventanal de la sala. La primera mordida lo hizo sentir reconfortado y más porque la noche estaba fresca.

Mientras comía, recordó el rostro de Amanda con esa expresión de mujer valiente y sensual. Le dio gracia que una chica tan joven tuviera la iniciativa de acercarse a él sin temor, sino más bien con soltura.

Bebió un poco más de ese trago y el calor del licor que quedó en su garganta, le hizo preguntarse si era prudente contactarla.

—No, no, no. No es buena idea, tío. Déjalo así.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué no darle una oportunidad a ir un poco más lejos? ¿Por qué no probar los límites de lo que era prohibido? Sonrió para sí mismo. Indirectamente había aceptado el reto del que tanto huyó... O no.

Terminó el bocadillo y esperó un poco más antes de subir. No sería fácil decir la mala noticia de que era mejor irse a pesar que estaban en medio de la noche.

IV

Luego de una pelea intensa, Jack pasó la noche solo y a todas sus anchas. Por suerte hizo esa movida porque la imagen de Amanda se quedó en su mente. Así que sin duda, hubiera tenido episodios incómodos de haber tenido a esa chica junto a él.

Al levantarse por la mañana, volvió a bajar a la cocina para prepararse un café como hacía de costumbre. Ese instante en donde todavía podía disfrutar un poco más la tranquilidad de la mañana sin sentir la presión de las órdenes, le hacía apreciar el silencio de esas horas.

Se sentó en la barra mientras leía el móvil. Se concentró por un rato en las noticias hasta que se aburrió de consumir contenido negativo. Dejó el móvil sobre el mesón y camino hasta el ventanal de enfrente.

El cielo de ese día lucía estupendo. El sol estaba brillante y, aun así, había una brisa fresca. Pensó que no estaría mal aprovechar el clima y salir un rato. Así que bien, una ducha y listo, saldría así fuera a caminar.

Cuando giró para poner en marcha sus planes, miró el móvil. Estaba allí como una especie de recordatorio. Quiso esquivarlo, olvidarlo pero no, no pudo. Así que se acercó y lo tomó.

—Al carajo todo.

Subió con rapidez y buscó el trozo de papel que Amanda le había dado. La desesperación comenzó a subirle por el cuello hasta sonrió de la satisfacción. Estaba debajo de su cama. Se levantó y comenzó a teclear un rápido mensaje. ¿Acaso no sería estupendo que ella aceptara su invitación a almorzar?

Lo dejó sobre la cama y se fue a tomar una ducha. Al desnudarse, pudo notar las cicatrices a la altura del torso. Sintió la textura de las veces que recibió balazos y los filos de cuchillos y de toda clase de objetos cortantes. Recordó esa adolescencia dura en donde prácticamente luchaba por sobrevivir. Ahora estaba rodeado de lujos y confort. Las vueltas de la vida.

Luego de que el agua fría le activara la circulación, salió y comenzó a secarse. Se miró al espejo para verse con mayor detenimiento. Lo cierto es que Jack era un hombre increíblemente atractivo. El contraste de su piel blanca, con los ojos verdes y el cabello rojizo, le hacía blanco fácil de miradas.

Otro rasgo que también contribuía al magnetismo que proyectaba, era el tener ese cuerpo fuerte y tallado gracias al ejercicio. Aunque era de buen comer, también le gustaba pasar tiempo en el gimnasio aunque lo hacía más que todo para canalizar su propio ser ansioso de dominio.

Inmediatamente, quiso revisar el móvil por si obtuvo respuesta. La ansiedad le hizo sentirse como un adolescente.

Los sentimientos se exacerbaron cuando leyó la respuesta:

—Claro que sí. ¿En dónde te espero?

Reflexionó por un momento. Por supuesto que no podía recogerla en casa del jefe, eso sería demasiado descaro y además, peligroso. Así que escogió un lugar que fuera terreno neutro para ella.

—¿Qué te parece en la estación del metro principal?

—Estupendo.

Acordaron la hora así que tenía un poco más de tiempo para arreglarse. Aunque, si fuera por él, iría de inmediato.

Amanda dejó el teléfono sobre la cómoda y sonrió para sí. Peinó el cabello denso y negro con cuidado. Lo hacía cada vez que se sentía nerviosa. Luego se levantó para escoger cuál sería el outfit ideal para dejar impresionado a Jack. Porque, claro, deseaba dejarlo con la boca abierta.

Corrió las puertas de madera y rozó con sus dedos los vestidos casuales colgados en el clóset. Tomó uno corto de estampado florado, unas medias negras y unos zapatos de tacón del mismo color. Deseaba verse sensual y altiva.

Miró el reloj de la mesa de noche y pensó que tenía un poco de tiempo para prepararse. No era mala idea hacerle esperar un poco, pero sólo lo necesario.

Amanda vivía sola en un piso en el centro de la ciudad. Al formar parte de una familia nómada por puro impulso, se acostumbró al desarraigo con facilidad. Eso también le trajo como consecuencia la falta de concentración en la búsqueda de un objetivo en la vida. Aunque era joven, no tendría 22 años para siempre.

Dejó la universidad y se dedicó a trabajar en lo que pudiera. Fue mesera, limpió baños y hasta atendió el delivery de una pizzería. Cualquier cosa que le diera un poco de dinero, funcionaría.

Sin embargo, un día mientras caminaba en la calle, un hombre alto, corpulento y de cabeza rapada la miraba desde el otro lado. Amanda estaba

acostumbrada a esas cosas pero aquel tío tenía algo que le resultó atractivo.

Dejó de pensar en eso y siguió concentrada en su camino hasta que entró en un supermercado para comprar algunas cosas Poco tiempo después, sintió la mirada del hombre muy cerca de ella.

—Hola.

—Hola, ¿qué tal? —Respondió con desinterés.

—Pues, he querido acercarme a ti desde hace rato y no he sabido cómo sino hasta ahora.

Se rió con el comentario.

—Una risa. Nada mal, ¿eh?

—Para nada. Te da algunos puntos.

Él le sonrió. Gesto que, además, le hizo cambiar la expresión severa que tenía.

Luego de algunos minutos, la conversación se volvió amena. Amanda y Mark se presentaron cuando ella estuvo a punto de cancelar la compra y, al salir, decidieron que irían a por unos tragos. Más tarde esa noche, Amanda terminó enredada entre las sábanas de la cama de ese hombre increíblemente rico.

Lo que para ella fue un asunto de una noche, no lo fue para Mark. Él, acostumbrado a tener todo lo que quisiera, se encaprichó de la joven divertida. Amando vio esto como una oportunidad para dejarse cuidar y, por qué no, mantener.

Así que dejó de preocuparse por tomar trabajos absurdos y de deambular, Mark se encargó de darle toda la tranquilidad que fuera necesaria. Incluso la invitó a vivir a su casa pero la oferta no fue tan tentadora. Ella permanecería en el mismo lugar porque así tendría un espacio para sí misma.

Sin embargo las cosas no estaban saliendo bien. De repente sintió la necesidad de cambiar de situación, de hacer un giro importante por lo que la relación era más bien un obstáculo. Tomar ese paso no sería fácil.

Así pues, le pareció lógico aprovechar la euforia de la fiesta para decirle que era mejor darse un tiempo. Incluso llegó a practicar las palabras que le diría y hasta el tono. Aun así, ella no contó con toparse con Jack.

Cuando cruzaron miradas, sintió que las cosas tenían sentido. Que el retraso de su decisión era una cuestión del destino.

Al tomar su mano, al hundirse en sus ojos verdes, al sentir la fuerza de su cuerpo, Amanda quiso más de él, por lo que se aventuró a proponerle un

encuentro. No tenía nada que perder.

Esperó ansiosamente su respuesta. Como la mujer confiada que era, nunca dudó de la efectividad de su mensaje. Sonrió apenas supo que era él.

Allí se encontraba, de pie frente al espejo, mirándose y preparándose para tejer las redes en las que caería Jack. Porque así sería.

Se acomodó la falda del vestido, se cercioró que las medias estaban impolutas y que los zapatos estaban en las mismas condiciones. El maquillaje estaba perfecto así como el cabello.

—Perfecto.

Solicitó un Uber y esperó a que la fuera a buscar. Faltaba poco por verlo.

V

Jack salió al encuentro. Presentía que las cosas se volverían interesantes. Tiempo después, se encontró maldiciendo porque no encontraba puesto para estacionar el coche. Finalmente, luego de esperar que una anciana maniobrara su gran Malibú azul, aparcó.

Bajó con aire resuelto. No obstante, perdió esa actitud de confianza que siempre solía tener para dar paso a un nerviosismo típico adolescente. De hecho, a medida que se acercaba al punto de encuentro, el pecho parecía el motor de una locomotora.

—Qué estúpido soy.

Lo cierto es que su mente estaba embebida entre los recuerdos de sus caderas y de esa andar tan sensual que lo dejaron hambriento de esas carnes.

Subió las escaleras de concreto, cruzó el paso peatonal y observó el mar de gente que iba a todos lados con extraordinaria velocidad. Colocó su cuerpo tan cerca de la pared para así no sufrir demasiado por las embestidas.

—A mí sólo se me ocurre este tipo de lugares.

Luego de recriminarse, se refugió en una librería que estaba cerca. Apareció como si fuera un milagro. Ese punto, además, era perfecto porque podría ver las personas que iban y venían. De seguro no se escaparía de sus ojos.

Amanda pagó el Uber y se colocó la chupa vaquera para evitar el golpe de la brisa traicionera de la primavera. El coche se alejó y ella quedó en medio del caos. Claro, era hora pico.

Bajó las escaleras con cuidado y se adentró a una especie de laberinto de pasillos y salidas. Aunque sabía las dificultades de andar en sitios concurridos, también recordó la razón por la que odiaba a los subterráneos.

Caminó unos cuantos pasos más hasta que vio un destello rojo cerca. Alertada, se acercó a las tiendas y efectivamente se trataba de Jack quien tenía la cabeza hundida en un libro de espadas de la Edad Media. Sonrió.

Completamente distraído, Jack no escuchó la campanilla de la puerta que anunciaba la entrada de alguien. Seguía ojeando el libro que tenía en las manos hasta que percibió el aroma de un perfume que le pareció delicioso.

—Me da miedo interrumpirte.

Escuchó. Sobresaltado se dio cuenta que era la sensual voz de Amanda.

—Eh, lo siento, me distraje... -Respondió sinceramente apenado.

—Vale, no te preocupes. Parece interesante lo que estás leyendo.

—Ja, ja, ja. Lo está. Debo admitirlo, soy un poco nerd.

—Pues, me encanta eso.

Después de intercambiar un par de sonrisas provocativas, salieron del caos para ir a almorzar.

—Por aquí hay una pizzería que es genial. Espero que te guste.

—Claro que sí. No lo dudo.

Caminaron un par de calles y entraron a un restaurante estilo rústico.

La expresión calmada de Jack realmente ocultaba la vergüenza de haberle propuesto semejante lugar para encontrarse.

—Quiero disculparme. No fue buena idea eso de vernos en la estación central. Pensé que estaría más despejado.

Ella lo miró con dulzura.

—No pasa nada. Me pareció divertido porque tenía mucho tiempo que no iba allí.

Amanda mintió. Jack se sintió peor.

—Enmendaré el error.

—Estaré ansiosa de ello.

Pidieron un par de cervezas frías y ordenaron una pizza familiar con rúcula y jamón serrano. Jack estaba decidido que era un tío con buenos gustos.

—Este es uno de mis lugares favoritos para comer. Cada vez que tengo oportunidad, vengo a comer.

—Es majo el lugar. Me encanta... También me ha encantado que me escribieras. Pensé que me habías olvidado.

Ella tomó un trago de cerveza y lo miró fijamente. Jack no pudo evitar sentirse excitado por el arrojo de aquella mujer, así que se inclinó hacia ella.

—Hubiera sido imposible.

Fue la primera vez en que sintió esa aura de poder de Jack. Eso no la hizo retroceder, más bien se vio intrigada ante ese gesto que sin duda buscaba provocarla. Volvieron a mirarse como desafiándose hasta que el olor de la pizza les hizo reaccionar.

—Aquí tienen. Espero que disfruten de su almuerzo.

El chico que los atendió volvió a perderse entre las mesas y ambos tuvieron la sensación que fueron salvados por la campana.

—Tenías razón. Esto está delicioso. Creo que también será mi lugar favorito de pizzas.

—Te lo dije. No ha desperdicio.

Jack, mientras comía, dudó si era conveniente hacerle la pregunta que le daba vueltas a la cabeza. Pero, como dicen por ahí, es mejor pedir perdón que pedir permiso.

—Sabes, siento curiosidad sobre una cosa.

—Dime.

—¿Desde hace cuánto estás con Mark?

La pregunta cayó como una estocada directo al estómago. Si bien era cierto que los dos disfrutaban de la compañía del otro, no podía obviarse el hecho de Mark y menos cuando se trataba de un tío sumamente peligroso.

Amanda sabía que en algún momento vendría esa ronda de pregunta.

—Bien, hace unos meses. No recuerdo exactamente.

—¿Vives con él?

—No, en mi piso que, por cierto, no está muy lejos de aquí... Presiento que esa duda hizo que nos encontráramos en la estación central. Tiene sentido, la verdad. Pero creo que hubiera sido mejor que me lo preguntaras. No representa un problema para mí.

Jack comenzó a sentirse encantado con la seguridad y confianza de Amanda. Volvió a acercarse a ella.

—Tienes razón pero, como sabrás, no es una postura necesariamente fácil para mí, ¿no crees?

Ella asintió ligeramente.

—Entonces propongo algo, ese tema no lo tocaremos, a menos cuando sea estrictamente necesario.

—Tienes razón. Sería una lástima arruinar esta velada.

El asunto de Mark quedó guardado en un cajón y fue directo al olvido. Jack y Amanda se concentrarían en esa tensión sexual que parecía crecer con el paso del tiempo.

Al cabo de pocos minutos, la bandeja de acero quedó con los restos de migas de pizza. En la mesa se marcaron los bordes de las botellas y las servilletas de tela descansaban sobre la superficie. Mientras, Amanda y Jack conversaban muy íntimamente.

A medida que hablaban, Jack deseaba llevársela a casa. Esperó un rato más para no parecer descontrolado, hasta que colocó su mano sobre la de ella.

Amanda pareció desconcertada hasta que entendió el gesto.

—¿Nos vamos?

—Justo pensaba en eso.

La ayudó con la silla. Ese espacio mínimo de tiempo le sirvió para admirar las formas en las que movía su cuerpo. Sin duda, tenía una gracia natural que la hacía lucir sublime.

Ella avanzó hasta el umbral, esperándolo. La luz de la tarde bañaba su silueta, marcando así las curvas de su cuerpo. La cintura, las caderas anchas, y las piernas cuya formas, le hacía querer tenerlas alrededor de su torso.

Salió con ella y caminaron por acera mientras seguía el tráfico y la urgencia de los peatones.

—Tenía mucho tiempo que no venía para aquí.

—¿Trabajas por aquí?

—Sí. Ja, ja, ja. Hice de todo. Creo que me faltó ser conserje. La verdad es que he pasado estos últimos años improvisando sobre la marcha. Llega un punto en que se vuelve agotador.

—¿Por qué has improvisado?

Amanda suspiró y miró hacia el suelo. Trató de escoger entre la colección de recuerdos que se les presentó de golpe.

—Te lo resumiré. Digamos que mi familia y yo nos acostumbramos a no tener sitio fijo. Eso, además, influyó a que nuestras relaciones no fueran muy fuertes entre sí. El hecho es que me fui de casa, traté de estudiar en la universidad pero terminé aburrida de todo eso. Sentí que estaba siguiendo un rumbo predecible y quise terminar con eso. Sin embargo, pagué el precio de mi osadía al trabajar en cualquier cosa para sobrevivir. Aun así, no me arrepiento, de verdad.

Jack se quedó impresionado con el relato de ella y más cuando lo habló con tanta naturalidad.

—No tengo miedo en decir este tipo de cosas. Son la verdad.

—¿Ahora cómo te sientes?

Amanda inevitablemente pensó en Mark.

—Pues, por un tiempo todo estuvo bien, pero tengo de nuevo esa sensación de que tengo que cambiar de estrategia, por así decirlo.

—Entiendo.

Jack de verdad lo comprendió. Tenía claro, además, que sabía de qué se trataba todo el asunto. Permaneció en silencio.

—¿Y tú?

—Es un asunto complicado.

—Vale. —Respondió ella sin querer ahondar demasiado. Por alguna razón se dio cuenta que era mejor respetar las respuestas cortantes de Jack.

—¡Aja! Llegamos por fin.

El Porsche pareció brillar gracias a los rayos del sol. Era una joya sobre el asfalto.

—Con esto queda confirmado que eres un tío que tiene muy buenos gustos.

Él, sin quitarle la mirada de encima, le respondió:

—Claro que lo tengo.

Le abrió la puerta y Amanda sintió la comodidad del cuero debajo de sus piernas. Jack se incorporó y ambos se prepararon para irse.

—Conozco un sitio que tiene una vista increíble de...

No pudo terminar la oración porque los labios de Amanda acabaron sobre los suyos. Ese beso, sin duda, lo tomó por sorpresa.

—Tengo rato queriéndote decir esto: quiero que me hagas tuya.

No supo qué responder, al menos no inmediatamente. Así que ella volvió a besarlo pero esta vez con un poco más de intensidad. Su lengua se adentró la boca de Jack. Sus delgadas manos tocaron su rostro con suavidad pero también con pasión.

—Siento que no puedo más. Hazlo, por favor.

Sus manos ansiosas fueron hacia su cintura para apretarla. Gracias a su cercanía, pudo sentir el latido de su corazón y la respiración agitada. Además, ese aroma embriagante de su cuello, le hacía querer convertirse en un animal feroz.

Fue cuando la tomó con ambas manos y le dijo lo que su boca no pudo. Ella sonrió como si hubiera comprendido de inmediato lo que quiso decir.

Jack tomó el volante con ambas manos y pisó el acelerador. De fondo, se escuchó el sonido del cierre que descendía entre las manos de Amanda. La expresión de agradable sorpresa no se hizo esperar.

Apenas lo sintió en sus manos, se apresuró en acariciarle el bulto endurecido entre sus piernas. Él se echó un poco para atrás y fue allí cuando sintió las suaves caricias de ella.

Siguió acariciando hasta que ella sintió que la boca se le hacía agua. Tomó el miembro con fuerza y lo dejó al descubierto. Al hacerlo, hizo una exclamación de sorpresa. De hecho, le encantó saber que se trataba de un pene

grueso, bastante, y largo. Las venas se marcaban con facilidad y por si fuera poco, el glande tenía un color rosado pálido que invitaba a ser devorado de inmediato.

Entonces Amanda introdujo un par de dedos dentro de su boca para acariciar la punta de ese miembro que se veía tan delicioso. Luego se inclinó hacia él para darle una suave y lenta lamida. De esta manera, pudo escuchar los sonidos de excitación de Jack.

Un par de lamidas después, Amanda introdujo la carne del hombre que deseaba desde el primer momento en que lo vio. Fue poco a poco hasta llegar a la base. A ese punto, sintió un poco que le faltaba el aire pero pudo acostumbrarse a las sensaciones. Lo dejó dentro por un buen rato hasta que decidió hacer movimientos ascendentes y descendentes.

Jack, quien hizo un enorme esfuerzo por concentrarse, no pudo evitar colocar una mano sobre el cabello de Amanda para apartarlo un poco y así tener la oportunidad de mirarle devorar su pene. Se veía tan bella, tan sensual.

Instintivamente, movió su pelvis como si estuviera follando su boca. Quería que ella se ahogara con esa envergadura, que se tragara cada centímetro de él. En ese momento, escuchó los pequeños gemidos de placer que ella hacía cada vez que le hacía comerle su polla.

Desesperado, fue aún más rápido. Aunque si fuera por él, le arrancaría la ropa ahí mismo y la follaría hasta hacerla gritar.

Tomó un atajo y en poco tiempo se encontró sobre el camino de gravilla que conducía la entrada de su casa. Amanda no dejó de chuparlo hasta que sintió que el coche se detuvo.

—Lo siento, es que no pude sacármelo de la boca.

Él la miró con hambre de su cuerpo y se le fue encima para besarla. Sus lenguas volvieron a encontrarse para explorarse y seducirse. Jack se reprimió un poco más, así que salió del coche para luego ayudarla a salir de allí.

Cuando se encontró junto a él, la apoyó sobre la puerta del copiloto y bajó sus manos hasta su entrepierna. Ella se concentró en su mirada hasta que cerró los ojos. Jack rozó su coño que ya percibía caliente y listo.

Las caricias suaves de al principio, se volvieron después intensas y desesperadas.

—Te destrozaría aquí mismo.

—Hazlo, hazlo, por favor.

—Todavía no.

Le tomó la mano y llevó hasta la entrada. Gracias a la ansiedad, tardó más tiempo en abrir que de costumbre. Al lograrlo, Amanda se sintió impresionada por el tamaño de la casa y por lo elegante que era. Sin embargo, no quería detenerse en ese detalle tan insignificante, así que se acercó rápidamente a él y mirándolo con gesto juguetón, le quitó el cinto de cuero.

Jack se quedó en la expectativa hasta que observó que ella usó su cinto para colocárselo en el cuello. Se puso de rodillas y le dijo:

—Haz lo que quieras conmigo.

Por un momento no pudo creer semejante regalo.

Dio unos cuantos pasos hasta tomar el otro extremo del cinto. Lo haló un poco hacia arriba, impulsando su cuello y rostro. Estando allí, rozó ese delicado mentón con sus dedos. Lo hizo suavemente hasta que la abofeteó. Se acercó hasta su oído.

—No soy un hombre común. ¿Aún lo quieres hacer?

—Sí. Sin duda.

Volvió a darle otra bofetada hasta que una de sus mejillas se enrojeció.

—Veamos si eres la buena chica que pretender ser.

Se dio la vuelta y haló el cinto, haciendo que Amanda gateara por el suelo tras él. Así lo hizo hasta subir las escaleras con cuidado, había tiempo suficiente para disfrutar.

Llegaron a la habitación la cual estaba a oscuras. Jack pensó en encender las luces pero le pareció más interesante el jugar con un ambiente así. Entonces continuó su paso sobre la habitación hasta que soltó el cinto.

—Párate.

Amanda lo hizo y dejó de lados los zapatos de tacón que ya estaban estorbándoles. Sintió la suavidad del piso de parqué y el calor que exudaban de los cuerpos de los dos.

El dedo de Jack fue directo a su cuello hasta que lo tomó por completo y con firmeza.

—Qué ganas de destrozarte.

—Hazlo.

—Por supuesto que lo haré.

Apretó un poco más.

Después de jugar con su respiración, la soltó y comenzó a desvestirla. Quedó a la altura de su cintura y metió las manos debajo del vestido, bajó las pantimedias y las bragas negras de encaje que tenía puestas. Echó a un lado

aquellas prendas y volvió incorporarse para quitarle el resto de la ropa. El vestido y el sujetador también fueron relegados al olvido en una esquina.

Se echó para atrás para mirarla. Aquellas piernas de infarto, esas caderas deliciosas que llevaban a ese coño húmedo, los senos pequeños y firmes, la cintura que tenía esa fuerza magnética.

—Gira.

Quedó de espaldas a él y rozó el arco de su espalda hasta la base de la misma. Admiró las nalgas que se veían redondas y apetecibles. Las apretó con ambas manos tantas veces como le provocó. Se agachó por un momento sólo para morderlas. Era imposible no hacerlo.

Asegurándose de las marcas de sus dientes y manos, se colocó de pie. Se quitó la ropa de su tren superior. Hizo lo mismo con los zapatos salvo por los pantalones. Volvió a tomar el cinto.

—Agáchate... Muy bien. Ahora, ¿sabes qué tienes que hacer?

—Terminar lo que empecé.

Se escuchó el sonido de una bofetada fuerte.

—Muy bien. Hazlo.

Amanda se relamió los labios. Bajó el cierre y desabrochó el botón del vaquero de Jack. Este cayó pesadamente a sus pies. Finalmente era suyo otra vez.

Con la mano derecha, lo tomó con firmeza y comenzó a masturbarlo suavemente. A ese punto, el glande estaba palpitante y húmedo, por lo que aprovechaba la humedad de sus fluidos para hacerlo con facilidad.

A medida que lo hacía, variaba la intensidad y la velocidad. Iba de lento a rápido, así como de suave a fuerte. Jack sólo la veía aunque, cada tanto, tocaba su cabello y lo apartaba para tener una mejor perspectiva de su rostro. Sí, efectivamente era una mujer increíble.

Ella continuó con la masturbación hasta que comenzó a chupar el glande con sus labios. Se mantuvo allí por un rato hasta que soltó la mano y dejó que su boca hiciera el trabajo completo. Iba de adentro hacia afuera en un movimiento constante y repetitivo.

Como en el coche, se volvió a escuchar las veces que se atragantaba con el grosor de su pene. Eso lo excitaba más. Muchísimo.

Llegó un punto en que no pudo evitarlo más y haló el cinto hacia arriba. Ella se levantó lentamente hasta quedar en puntillas frente a él. Se lo quitó y le indicó que fuera hacia la cama.

—En cuatro.

Esas pocas palabras, casi monosílabos, las decía con una entonación grave y profunda. Una señal clara, además, que su ser estaba sumido en la esencia de dominante.

Esperó a que ella se acomodara suavemente sobre la superficie de la cama. Observó la manera que su cuerpo adoptó la posición ideal para recibir lo que fuera a recibir por parte de él. La curvatura de su espalda que terminaba en sus dos grandes nalgas.

Esas mismas que enmarcaban el ano y el coño. Este último se veía húmedo y se sentía caliente. Así que antes de darle azotes, apoyó la mano entre las dos nalgas y dejó que el pulgar cayera justo entre los labios de la vagina. Así pues, acarició hasta llegar al clítoris.

Ese delicioso roce, hizo que Amanda no parara de gemir. Encontraba excitante el estar con un hombre así. Era capaz de excitarla con una mirada y de volverla loca con unas cuantas caricias.

... Pero siempre lo supo. Algo dentro de ella se lo dijo en el momento en que lo miró hablando con Mark. Ese mismo instinto le gritó que debía tomar la iniciativa, que debía perder el miedo y acercarse a él, que debía entregarse a él. No se había equivocado.

Regresó a la realidad cuando percibió el ardor que le dejó el contacto del cuero sobre sus nalgas. Experimentó ese dolor y quiso más de él. Así que se acomodó mejor para recibir tantos como él quisiera.

Luego del primer impacto, Jack se quedó cerca para observar cómo se formaba la marca sobre la piel de Amanda. Le pareció excitante por lo que continuó haciéndolo hasta que le dolió la muñeca. Al final, ella estaba entre los sollozos y los gemidos.

—Sé que te gusta.

—Sí... Oh sí.

Apenas pudo responder. Estaba dominada por una sensación que nunca había experimentado antes. Jack dejó caer el cinto al suelo. Tuvo suficiente. Era momento de montar y de dejar libre todas las ganas que había guardado hasta ese momento. Por fin Amanda sería suya.

En esa misma posición, las fuertes manos se posicionaron en las caderas anchas y divinas de Amanda. Ella permaneció a la expectativa hasta que experimentó la sensación gloriosa de tener la carne de él dentro de ella. Él empujó lentamente, tanto como pudo. Estando allí adentro, no pudo creer esa

sensación de calor y de humedad, esa unión de ambos que además se fundió en una serie de gemidos y gritos.

Jack siguió adentrándose al mismo tiempo que le daba nalgadas. Como buen Dominante, quería probar los límites de Amanda. Quería saber hasta dónde podía llevarla.

El estar así con ella fue como si se le abriera un mundo nuevo de posibilidades. Esa mujer definitivamente tenía algo que lo tenía embrujado, atado a un hechizo y justo en ese momento no estaba seguro si quería despertar de ello.

Cambió de posición y, con un rápido movimiento, la colocó sobre la cama. Ella agradeció internamente aquello porque estaba a punto de perder la razón de seguir como estaba... Ingenuamente pensó que sería más suave.

Jack extendió sus piernas y se las colocó sobre los hombros. Tocó la vagina y la penetró con ambos dedos hasta que volvió a introducir su pene en ella. Desde esa posición, Amanda experimentó aún más la fuerza y contundencia del sexo de él.

Sí. Él fue más profundo porque era lo que deseaba sentir. Quería ir tan profundo como fuera posible. Quería colarse hasta los huesos, que la piel de Amanda quedara embebida de su ser y que este episodio fuera imposible de olvidar.

Estando así, tan cerca, Jack aprovechó para juntar los labios con los de ella. La besaba con suavidad algo que contrastaba con el intenso movimiento que tenía su pelvis contra la de ella. También aprovechó para acariciarle el rostro, para hundirse en esas pupilas dilatadas gracias a la excitación.

Amanda, en su trance personal, se sostuvo de los brazos fuertes de Jack. Definitivamente adoraba que su piel y la de él estuvieran conjugándose en un verbo exquisito.

Esa intensidad hizo que ella pusiera los ojos en blanco y que sus piernas temblaran sin parar. Para Jack fue señal inequívoca que ella estaba a punto de correrse entre sus brazos.

—Anda... Córrete para mí.

Para lograrlo, afincó aún más su cuerpo contra ella para que incrementar la excitación. Ella exclamó una serie de palabras incomprensibles y finalmente sintió que todo se apagaba a su alrededor. Un grito profundo después, cayó abatida entre las sábanas.

Por otro lado, Jack no estaba muy lejos de llegar también al orgasmo.

Corrió hacia un lado las piernas de Amanda y sacó su pene que ya estaba a punto de explotar. De hecho, cuando apenas lo tomó entre los dedos, un gran chorro de semen se explayó por el torso de ella, hasta, incluso, el rostro.

El calor de sus fluidos la hizo regresar a la realidad. Apenas vio lo que había sucedido, sonrió y untó sus dedos con los restos que quedaron sobre su cuerpo. Ambos intercambiaron miradas y besaron con la pasión restante de aquel sexo tan intenso. Al final, cedieron ante el cansancio.

VI

Luego de recobrar el sentido, Jack abrió los ojos y se encontró con la figura desnuda de Amanda. Ella dormitaba entre sus brazos. Con cuidado, se zafó hasta que bajó de la cama y se dirigió al baño. Los labios y la garganta le suplicaban por agua.

Tomó un pequeño vaso de vidrio que estaba al lado del lavabo, abrió la llave y sirvió un poco de agua fría. Luego del trago, se encontró con su reflejo en el espejo.

Dio un suspiro y notó el brillo blanquecino de las canas en el cabello y la barba. Se rió porque en otros tiempos, sólo destacaba ese rojo cobrizo intenso.

Echó a un vistazo a la habitación y Amanda seguía durmiendo. Recordó el momento en el que ella tomó su cinto para pedirle que la hiciera suya. Sonrió y tuvo ganas de volver a follarla.

Apagó la luz y salió a su encuentro. Estaba boca arriba, con los brazos extendidos y con la expresión apacible. La tranquilidad de la respiración, el movimiento suave de su pecho al inhalar y exhalar, le provocó una sensación de ternura. Sí, era sensual y atrevida pero también tenía esa apariencia de inocencia.

Se sentó sobre la cama y le acarició el rostro. Ella despertó y lo miró.

—Hola... ¿Estás bien?

No le respondió. Más bien se acercó para darle un beso. Luego, se volvió más intenso, más físico y Amanda lo recibió entre sus brazos. Aunque Jack estaba desesperado por poseerla de nuevo, quería hacerlo diferente.

Colocó su cuerpo sobre el de ella y, antes de volver a penetrarla, colocó su mano sobre la vagina. Usó un par de dedos para masturbarla. Poco a poco, pudo sentir esa humedad deliciosa. Siguió tocándola hasta que notó que estaba lista para recibirlo.

Acercó sus dedos a los labios de ella. Amanda lamió mientras lo miraba a los ojos. En ese punto, Jack la penetró para llegar tan profundo como pudiera. Sus brazos fuertes, fueron el soporte de las manos de ella. El dolor y el placer se conjugaron para generar las sensaciones más increíbles para los dos.

Jack y Amanda no paraban de mirarse, de contemplar las profundidades de

sus ojos y de los deseos que estaban detrás de ellos.

El calor abrasador de sus cuerpos, estaba fundiéndose y produciendo sensaciones increíbles entre los dos. Amanda enterró sus uñas aún más sobre la carne de Jack hasta que le suplicó que la dejara correrse.

En ese momento, él no estaba en modo Dominante aunque deseaba esperar un poco más para hacerla llegar.

—Vamos... Un poco más.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, los labios comenzaron a temblar así como sus piernas, el espíritu estaba a punto de desprenderse de su cuerpo. Lo único que la conectaba a la realidad esa voz que hacía eco en su interior.

Jack esperó hasta el último minuto. Él estaba también a punto de correrse cuando se lo pidió:

—Hazlo para mí.

Los gemidos fueron aumentando hasta que por fin se corrieron los dos.

Él, luego de sacar su pene, se acostó sobre el pequeño cuerpo de Amanda. Esperó un momento para recobrar el aliento y se colocó junto a ella.

—¿Un pitillo?

—Por favor.

Extrajo una cajetilla de Lucky Strikes mentolados porque, bueno, eran sus favoritos. Encendió el que tenía en la boca y luego hizo mismo con el de ella. Se acostó y dio una calada profunda y lenta. Compartieron el silencio sin sentirse incómodos, de hecho resultó todo lo contrario.

Amanda se sentía cómoda, tranquila. El sexo lento después de uno intenso, la llevó de un extremo a otro pero con el mismo resultado. A pesar que estaban descansando, pensaba en nuevas formas de satisfacerlo. Cada minuto junto a él, le confirmaba la necesidad de rendirse a sus designios.

En medio de ese trance, el sonido del móvil de Amanda rompió el silencio. Ella, sobresaltada, apagó el cigarro en un cenicero que tenía cerca. Tomó el aparato y trató de actuar con naturalidad. Era Mark.

Perdió la llamada pero de inmediato recibió un mensaje de él.

“¿En dónde estás? Estoy buscándote como loco”.

La fantasía de que Jack y Amanda se rompió gracias a ese recordatorio. Ella se incorporó sobre la cama y lo miró. Él comprendió lo que sucedía.

Ambos se levantaron y comenzaron a vestirse rápidamente. Los pensamientos iban a toda velocidad porque era claro que había que andarse con cuidado... Sobre todo si había intención de mantener esa relación.

—¿Podrías llevarme a donde nos encontramos? Así podría caminar a casa.

—No seas tonta. Yo te llevo, no tengo problema.

El ambiente se volvió un poco tenso. Pareció muy lejano que hacía pocos minutos acababan de tener una de las noches más intensas de sus vidas.

Bajaron las escaleras, tomaron sus cosas y salieron al coche. Durante el camino, persistió el silencio. La ausencia de comentarios, hizo que Amanda se sintiera más incómoda. Odiaba cuando eso sucedía.

—Sí... Es por allá. Luego giras a la izquierda.

Jack se encontró de frente con un conjunto de edificios de ladrillos que bordeaban el mercado municipal. Ese ambiente caótico y repleto de gente, contrastaba con el suyo que era todo lo opuesto.

—Por aquí está bien.

Él aparcó cerca de la entrada. Amanda se asomó por la ventana con aire curioso y luego se concentró en ver el rostro de Jack.

—Me llamarás, ¿verdad?

—¿Estás segura?

—Más que nunca.

Se dieron un beso largo e intenso. Finalmente, ella se apartó de sus brazos y del aroma que la dejaba ansiosa de más. Caminó hacia la puerta principal e hizo un gesto con la mano. Jack, desde el coche, ya sentía que la extrañaba.

Luego de subir las escaleras, Amanda abrió la puerta del piso. Dejó las cosas sobre el suelo, soltó los zapatos y los dejó en una esquina. Sintió un gran alivio y caminó descalza por la cocina y la sala. Tenía hambre por lo que se inclinó por un bol de ramen instantáneo que tenía guardado en la alacena.

Se dejó caer sobre el sofá y tomó el móvil. Escribió una excusa tonta para que Mark no se preocupara más de lo necesario y dejó el aparato en la mesita de café. Hundió la cabeza entre los hilos de fideos y el caldo picante de pollo. Agradeció las maravillas de las comidas procesadas y poco saludables.

El pitido indicó que la respuesta había sido leída y que además, contestada. Comió un poco más hasta que leyó.

—Quiero verte.

Tragó con dificultad ya que se trataba de Jack.

Soltó lo que tenía en las manos y, cuando se disponía a responder, recibió una llamada entrante de Mark.

—¿Aló?

—¿En dónde andas metida?

Sintió rechazo ante el tono de reclamo.

—En casa. Estoy almorzando.

—¿Por qué no dejas eso y vienes a comer aquí?

—No hace falta. Además, quiero descansar un poco.

—¿Qué hiciste?

—¿Es necesario el tono?

Se hizo un silencio incómodo.

—Me gusta saber en dónde estás y las cosas que haces.

—Estuve en casa de unos amigos. Bebí de más y me quedé con ellos.

Regresé hace poco.

—¿Ves? No costaba mucho eso.

—Sabes que no me gusta dar explicaciones. Creí habértelo dicho.

—Pero a mí sí me gusta que me las des.

Ella dio un largo suspiro. Mark, quien no le gustaba discutir y menos con ella, se disculpó inmediatamente.

—Vale, vale. Pasemos la página. ¿Qué tal si te paso buscando más tarde y cenamos aquí? Tengo ganas de prepararte mi famosa pasta al pesto.

—¿A qué hora?

—Te escribiré con tiempo para que puedas descansar lo suficiente. ¿Vale?

—Vale.

Colgó la llamada y miró el bol con desinterés.

Amanda se levantó para ir a la habitación. De repente, el cansancio le cayó sobre los hombros y el cuerpo. Al caminar, se quitó el vestido y la ropa interior. Sonrió al ver la cama y agradeció tener un tiempo a solas.

Cuando lo hizo, notó que las piernas y las nalgas le dolían. Ese malestar le hizo recordar que fue Jack el causante de eso. Sonrió y pensó que ya extrañaba ser el objeto de su fuerza e intensidad.

Abrazó la almohada y cerró los ojos lentamente. Se quedó dormida en cuestión de minutos.

VII

El ruido de los coches y las cornetas, fueron suficientes para que Amanda despertara de un golpe. Se incorporó rápido y notó que estaba sudada. Cuando trató de levantarse para tomar un baño, su entrepierna estaba completamente mojada. Al tocarse, supo que había tenido un sueño húmedo.

Se tocó un poco más y sí, todavía estaba húmeda. Sus dedos acariciaron lentamente sus labios y su clítoris. Se apoyó sobre el tope de la cama para mayor comodidad. Cerró los ojos y evocó el perfume de la piel de Jack. Las sensaciones estaban a todo dar.

Introdujo lentamente el índice y el dedo medio. Gimió con un poco de dolor porque aún le dolía el coño. Concluyó que Jack realmente sabía cómo follarla. Fue adentro, tan adentro como pudo. El calor y la humedad la hicieron sentir fuera de este mundo. Entre tanto, pellizcaba uno de sus pezones y se mordía los labios.

Continuó pero esta vez con más rapidez y velocidad. Apretó aún más los párpados, como si sintiera que él estaba allí, dándole placer. Llegó a un punto en el que sintió que ya no eran sus manos sino las de Jack. Esas mismas que la habían conducido a un mundo de placer, a uno que nunca había explorado.

Recordó el sabor de sus labios, su lengua atrevida, el sonido de su boca cuando chupaba su coño, los brazos fuertes, las piernas de acero, el pene grande y grueso que le provocaba espasmos apenas lo miraba. Cada una de sus partes le producía un placer inmenso.

Continuó en su faena hasta que por fin no pudo más. Quiso, no obstante, acelerar aún más las sensaciones por lo que no dudó en darse pequeñas palmadas sobre la vagina. Una sensación exquisita que terminó en la expulsión de un chorro de flujo. Al mismo tiempo, tuvo que reprimir el grito que se quedó albergado en el pecho.

Con el dolor acentuado en el coño y en los dedos, con la sensación de felicidad pero también de sueño, Amanda disfrutó una vez más de sus deseos carnales.

Dormitó un rato más hasta que se decidió levantarse para cambiar las sábanas y también para ducharse. Al terminar de desocuparse, fue al baño para abrir las llaves de agua y esperar por la tibieza del líquido.

—Estupendo.

Después de una ducha reparadora y muy necesaria, salió para verse en el espejo. Secó pacientemente el cabello así como el resto de su rostro y del cuerpo. Al hacerlo, observó las marcas y moretones de la noche anterior. Aunque le pareció encantador, tuvo que pensar en una excusa para que nada pareciera sospechoso a Mark.

Al terminar, salió hacia el clóset para vestirse. Tomó un vestido de algodón ajustado al cuerpo y unas zapatillas deportivas porque aún le dolían los talones. Quería algo cómodo. Tomó, además, un cárdigan ancho y se preparó para esperar el coche de Mark.

—Estoy abajo.

Se vio por última vez en el espejo antes de dejar el piso. Al salir, se encontró a Mark apoyado en un Lamborghini amarillo. Sonrió al ver ese toque de excentricidad. Se acercó a él y le dio un beso.

—¿Cómo estás?

—Te he extrañado un montón.

—Ya estoy aquí.

—Lo sé.

La abrazó y le dio un beso. Dio la vuelta y le abrió la puerta, para luego hacer lo mismo. Al estar juntos, él le comentó.

—Vas a quedar impresionada con lo que te prepararé.

—No lo dudo.

Llegaron en cuestión de minutos. La gran mansión emergió entre las colinas como un gigante. Esa imagen le resultaba chistosa a Amanda ya que pensaba que era una exageración por parte de él.

—Los chicos vendrán esta noche después de comer, ¿te quedarás?

—No creo, sería una molestia.

—Querida, tú nunca serás una molestia.

Le tomó la mano y caminaron hacia la gran puerta de madera. Efectivamente, el lugar estaba desierto salvo por los guardias de siempre que custodiaban el lugar. Fueron a la cocina en donde él organizó todo para preparar la cena. Amanda se sentó en un banco cerca del desayunador.

Él la observó desde el otro lado.

—¿Qué pasa?

Se acercó a ella y le dio un beso largo y lento. Para Amanda también otra cosa.

Aunque Mark fácilmente podría ser su padre, era un hombre muy atractivo. Tenía la costumbre de dejarse una barba de tres días en la que se podía ver la mezcla de vellos blancos y negros. Tenía los ojos grandes y las manos gruesas, así como su contextura. La voz grave y rasposa le daba aire de autoridad aunque en la cama era un hombre que tendía ser más bien dulce.

Continuó besándola hasta que hizo que se colocara de pie. Debido a su altura, tuvo que colocarse de puntillas para poder seguir con las caricias.

Las manos de Mark fueron hacia sus nalgas, apretándolas. Su lengua jugaba con la de ella delicadamente. Pasó de sus labios a su cuello. Lo olió y lo besó también. Estaba excitándose cuando él escuchó el sonido metálico del cinto. Amanda estaba preparándose.

Se colocó de rodillas y lo miró con inocencia. Él se acomodó lo suficiente hasta que sostuvo el cabello de ella con una de sus manos. Inmediatamente después, sintió la boca de Amanda chupando su pene.

Se lo metió por completo, tanto que casi quiso que se ahogara con él. Gracias a que la tomaba por el cabello, podía regular el movimiento y el ritmo que hacía. Le gustaba verla así, le gustaba verla chupar con arte y con esmero, le gustaba el fulgor de sus ojos oscuros cuando lo miraba.

Entre los sonidos y las sensaciones, Mark se corrió en los labios de Amanda. Ella, aún en su posición, tragó todo su semen mirándolo a los ojos.

Él quedó aturdido pero satisfecho, así que la ayudó a levantarse, le limpió los labios suavemente y le dio un beso.

—Vaya que sí te extrañaba.

Ella le sonrió tímidamente y se sentó de nuevo para verle cocinar. Luego de ese episodio, Amanda sintió la necesidad de encontrarse con Jack. El pequeño asomo de su rostro, le provocó el palpito de su coño. En definitiva, él invadió cada parte de su mente.

Se espabiló cuando vio una copa de vino blanco frío acercársele a su regazo.

—Para la sed.

—Gracias... Umm, esto está delicioso.

—Sabía que te iba a gustar. Es un vino chileno. ¡Ah!, la comida ya va a estar.

Siguió bebiendo como para divorciarse de ese momento incómodo y en poco tiempo vio un plato de pasta con pesto y lonjas gruesas de queso parmesano.

—¿Te parece bien comer aquí?

—Sí, está perfecto.

—Vale, pues, salud. Espero que te guste.

Amanda tomó un primer bocado y sinceramente le pareció delicioso.

—Está muy bueno.

—No te mentí.

Siguieron comiendo y bebiendo hasta que uno de los guardias se acercó para decirle algo a Mark al oído.

—Diles que esperen un momento.

—No, mejor ve. Yo termino de comer y después limpio.

—Que ellos esperen. —Dijo con decisión.

—Vale.

Terminaron de comer y Mark miró con impaciencia el reloj.

—Ve. No tengo problemas con limpiar, de verdad.

Se levantó del banco con gesto enojado y la tomó del rostro.

—Quédate.

—Lo haré.

Le dio un beso suave y dejó la cocina. Amanda se sintió más cómoda con la ausencia de él así que aprovechó para servirse más vino y para limpiar con calma. Llevaría un poco más consigo para caminar por los jardines, su lugar favorito.

La noche estaba tranquila y fresca. Caminó lentamente y, luego de observar el cielo despejado, se sentó en uno de los bancos que estaban allí. No se percató que Jack estaba observándola.

Escuchó unos pasos pero no le prestó atención, supuso que se trataría de alguno de los guardias o del propio Mark. Sin embargo, al voltearse, sus ojos se abrieron de par en par.

—Pareces que has visto un fantasma.

—¿Pero qué...?

—La reunión, ¿recuerdas?

Asintió con lentitud.

La mirada encendida de Jack hubiera podido iluminar una ciudad entera. El brillo que salía de sus pupilas era un espectáculo.

—Siéntate. Hazme compañía un rato.

Así hizo y los dos permanecieron en silencio un rato. Momentos como ese valían por todas esas conversaciones interesantes que pudiera tener.

—¿Estás bien? —Dijo él.

—Sí. ¿Y tú?

—También.

Le gustaba la forma tan contundente que tenía al responder.

—Debo regresar.

—Me gustó verte.

—A mí también.

Él estuvo tentado en tocarle el mentón así como besarla, pero aquello era un absurdo. La sola idea era un absurdo. Amanda siguió sentada hasta que escuchó los pasos que se alejaban de ella. Suspiró.

Quiso servirse otra copa pero pensó que era mejor idea dejarlo hasta allí. Así que se levantó y caminó hasta una de las puertas laterales para pasar desapercibida. Al entrar, miró el pasillo que conducía a la habitación principal. Cerró con cuidado y cuando se disponía a caminar, percibió la mirada intensa que Jack le dirigió desde el otro lado de la habitación.

Dejó la copa a un lado y caminó hacia donde debía, no sin antes responderle también que lo deseaba con desespero. Meneó sus caderas y piernas para él, para que viera que podía provocarlo en cualquier circunstancia. Jack disimuló tanto como pudo pero, para él, era difícil resistirse a tamaña tentación. Antes de que se entregara a las sombras, Amanda le dirigió una mirada intensa.

Ella entró en la habitación con el pecho acelerado. Respiró profundo y fue hacia la cama para acostarse. Los efectos del vino y toda la aventura que tuvo desde ayer, la dejaron agotada.

VIII

Durante la reunión, Jack trataba de mantener la concentración. Sin embargo, su mente se dividía entre Amanda y las ganas de convertirse en el líder de la organización. De hecho, antes de llegar a la mansión, los chicos y él fueron a un bar a hablar al respecto.

—El tío se le ha volado los tapones. Ya no sabe qué hacer.

—Se dice que ha perdido el control en el oeste. Eso no es bueno para nosotros.

—Es que ha perdido la brújula.

—No para de hacer sinsentidos.

Las quejas y reclamos ocuparon la mesa en donde se encontraban. Jack, mientras, permaneció en silencio.

—Eh, Jack, ¿qué piensas de todo esto?

—Ciertamente la situación está difícil. Más de lo que pensaba.

Ellos le tenían confianza, no sólo por ser la mano derecha sino también porque era un hombre serio en sus negocios. Hasta ese momento, la fantasía de ocupar el cargo más importante de la organización parecía volverse realidad.

Permaneció un poco más callado. El ruido del ambiente lo aprovechó para cavilar cuál era la mejor opción para él.

—Venga, mejor nos vamos porque llegaremos tarde.

—Sí, si no estamos ahí le da un ataque.

Jack entretejía una nueva estrategia.

Mark se sentó en el sofá luego de que terminara la reunión. Con sus dedos, movió el vaso de vidrio, haciendo girar los cubos de hielo dentro de la bebida. Miró hacia el frente con aspecto distraído para darse cuenta de una mancha en la pared.

A diferencia de otras veces, no tuvo esa sensación de satisfacción que siempre tenía después de eventos como ese. Más bien tuvo el presentimiento de que las cosas estaban saliendo de su control.

Se percató de ello mientras hablaba al grupo. Ellos lo miraban con recelo y hasta indiferencia. Incluso Jack, su mano derecha, parecía estar ausente de todo lo que estaba pasando.

Dio un suspiro y se levantó del sofá. Caminó unos cuantos pasos hasta la

chimenea y se quedó mirando el rastro de cenizas y madera quemada de la temporada pasada. Seguía analizando lo que sucedía.

Dejó el vaso en una mesa y apagó las luces. Estaba cansado y sólo pensaba en acurrucarse en el cuerpo de Amanda.

Entró a la habitación. La encontró todavía vestida pero descalza. Se quedó en el umbral de la puerta un poco más como queriendo llevarse ese recuerdo. Caminó unos metros más y la arropó. Acarició el cabello y comenzó a desvestirse. Fue el único momento de paz que tuvo y que tendría en mucho tiempo.

IX

Los ojos le dolían. La cabeza también. Jack aparcó el coche en la entrada como de costumbre pero con la diferencia de que tenía dos cosas en mente: quitar a Mark del camino y ser el dueño de Amanda. Lo segundo ya estaba en proceso así que se concentraría más en ello... Por los momentos.

Dejó las llaves a un lado y subió las escaleras para ir a su habitación. La observó y pensó inmediatamente que faltaba el cuerpo de Amanda. Comenzó a desvestirse y se acostó en la cama.

Se sintió tentado en escribirle pero recordó que ella estaba con Mark... Mark, esa piedra en el zapato que seguía molestándolo sin importar qué. Trató de cerrar los ojos y descansar. Le hacía falta.

El cansancio acumulado hizo que se levantara más tarde de lo normal. Apagó el despertador de mala gana. Se quedó un poco más allí hasta que volvió a escuchar un pitido. Asumió que se trataba del reloj así que no lo atendió de inmediato.

El sonido insistente lo enervó hasta hacerlo levantar.

—Joder...

Se restregó los ojos hasta que enfocó la vista. Amanda le había escrito.

“Quiero verte. Déjame verte”.

Se sintió emocionado. Dio un salto fuera de la cama y enseguida le respondió.

—¿En dónde nos vemos?

—Ven a mi casa.

Enseguida le envió un enlace con la dirección por Google Maps. La guardó y se fue a tomar un baño.

Como el día estaba cálido, tomó un par de jeans, zapatillas deportivas, camiseta y un jersey de tela ligera de cuadros. Nada del otro mundo porque, además, lo verdaderamente importante sería qué tal fácil era quitarse esa ropa en cuestión de minutos. Tomó las llaves y arrancó el coche. Fue a toda marcha.

Horas antes, Amanda despertó en la cama de Mark apenas escuchó el sonido de la podadora. Luego de estirarse un poco y de constatar que tenía dolor de cuello, se levantó. Estaba sola salvo por una nota a su lado.

“Tuve que salir temprano. Como siempre, tienes todo a tu disposición.

Te estaré llamando”.

Una reconfortante sensación de alivio invadió su cuerpo.

Finalmente, se levantó, ató sus zapatos y fue al baño a lavarse. Mientras lo hacía, recordó que podía ir volando a su casa para invitar a Jack. Estaba deseosa de su cuerpo y de su pene.

Apenas terminó, salió y encontró el coche que la llevaría de regreso. En el camino, pensaba en cómo sorprender a su amante.

Una larga ducha y un sándwich de jamón y queso crema después, Amanda caminó desnuda por el piso hasta su habitación. Abrió un cajón con cuidado, allí guardaba la lencería fina que solía comprar cuando quería consentirse a sí misma. Acarició las prendas de encaje y tela con una devoción casi religiosa. Pensó el modelo y el color que iría bien con el tono oliváceo de su piel.

Se decidió por el negro así que tomó un sostén con un diseño sencillo y unas bragas de encaje con un moño de seda en la parte de atrás. Luego de vestirse con ello, buscó medias de nylon. Con cuidado, fue moldeándolas sobre sus piernas y muslos anchos. Al terminar, se miró en el espejo de frente y de perfil. Un ligero frío le advirtió que Jack estaba cerca.

Se colocó unos tacones negros y se puso una bata para envolverse como si fuera un regalo... Bueno, de alguna manera era así.

Fue a la cocina a descorchar una botella de vino tinto, sirvió dos copas y esperó a que él tocara el timbre. No pasó mucho tiempo de eso.

Jack estaba ansioso. Cuando escuchó los pasos que se acercaban a la puerta, se acomodó un poco. El destello de luz del piso de Amanda la bañó por completo. Le recibió esa sonrisa amplia, blanca.

—Hola.

—Hola.

Apenas se vieron, él sintió un impulso en sus pies. Le tomó por la cintura y por la nuca, comenzó a besarla. Con el pie, le dio un empujón a la puerta para que esta se cerrara. Se adentraron más al piso. Jack saboreó el vino en sus labios.

—¿Quieres algo para beber?

—Sí, a ti.

Ella rió y terminó por abrazándolo con más fuerza. Le gustaba quedar envuelta en esa fuerza deliciosa y contundente. Se apartó un poco para llevarlo a la habitación. Él iba tras ella como un niño.

La habitación iluminada por un ventanal que estaba a uno de los costados de la cama, le hizo pensar a Jack que así era el santuario de esa mujer. Un lugar de paredes blancas, muebles oscuros pero aun así salpicado de elementos románticos y femeninos.

Ella hizo que se sentara sobre la cama. Jack esperaba impaciente.

—Déjame comerte, coño.

—Espera- Dijo ella con una sonrisa.

Se echó un poco para atrás y desató la bata. Él se quedó impresionado con lo que veía. Amanda aprovechó el momento para girarse. Lo hizo lentamente.

Avanzó unos pasos hacia él. Las manos juguetonas de él fueron hacia sus muslos y subieron por las caderas hasta la cintura. El cuerpo de ella lo hacía sentir como un explorador ávido de aventura.

Reposó su cabeza sobre el torso de ella. Amanda le acarició su cabeza y el cuello. Sintió la fuerza de sus manos y de ese cuerpo que la deseaba tanto como ella a él.

—¿Te ha gustado?

—Mucho. —Respondió alzando la vista.

Se levantó y la tomó entre sus brazos. Ella quedó atrapada en él. Estando tan cerca, comenzaron a besarse con fuerza y a tocarse como si no pudieran controlarse.

Amanda comenzó a gemir cuando vio a Jack tomando otra posición, de manera que fuera ella la que quedara en el borde de la cama. Hizo que se sentara y que abriera las piernas. Él se arrodilló y rozó su coño con los dedos. Ella se echó para atrás, sintiéndose cada vez más excitada. Sus gemidos le hicieron tomar el cabello y halarlo hacia atrás.

Jack terminó por arrodillarse. Lentamente, le quitó las bragas a Amanda, dejándolas a un lado. Abrió más las piernas hasta que se encontró de frente con el coño caliente de ella. Estaba esperando ansiosamente ese momento.

Acarició un poco con los dedos, luego lo hizo con la lengua. Una lenta lamida que despertó los quejidos de ella. Hizo que se recostara para chuparla como quería. Así pues que la penetró con su lengua, al mismo tiempo que le estimulaba el clítoris con el pulgar con movimientos circulares.

Jack cerró los ojos para concentrarse más aún en la faena. Sintió la magia del sabor de ella, de las texturas y de las formas que esa vagina. Tan perfecta, tan adictiva, como si fuera una droga.

Continuó pero con el deseo de tener los muslos cerca del rostro, así que

tomó ambos con las manos. Apretó con fuerza y desespero. Los juntó tanto que casi se quedó sin respiración.

De repente se levantó porque el deseo le hizo querer irrumpir entre la figura que lo llamaba como si tuviera una especie de imán.

Se quitó la ropa e hizo lo mismo con las prendas restantes que ocupaban los pechos de ella. Los liberó y observó la dureza de los pezones gracias a la excitación. Al verlos así, los apretó aún más. Llevó su boca hacia ellos para morderlos y para lamerlos a su placer. Estaba perdido entre su piel. Quería más y más de ella.

Puso sus manos sobre las muñecas de Amanda para aferrarla hacia la cama, la miró fijamente mientras la atrapaba con su cuerpo. Volvió a abrirla las piernas mientras el afán de hacerla suya poseía su cuerpo.

El pene caliente entró para hacerla gritar. Amanda se aferró a las manos de su captor. Él, mientras, introdujo con decisión su miembro en ese lugar cálido y tan húmedo.

Bastaron unos minutos para que se acoplaran perfectamente. No sólo sus carnes se fundieron sino también sus miradas. Estaban concentrados en ofrecerle al otro un conjunto de sensaciones increíbles e indescriptibles.

Mientras se besaban, él empujó con más fuerza, quería llegar lo más lejos posibles. Ella sólo le restaba rendirse ante la fuerza de él y ante la lujuria. Entonces, rodeó el torso de Jack con sus piernas.

—Eres mía. Sólo mía.

—Sí... Siempre... Oh sí.

Le agarró el cuello para jugar con la respiración y para hacerle sentir más dominada de lo que ya estaba. Apretó un poco y un poco más. Rozó sus labios con el pulgar y mordió uno de los pezones. Su pelvis hacía movimientos intensos, rudos. Los gritos no cesaban.

—Te pertenezco.

Llegó a escuchar ligeramente. Volvió a encontrarla con la mirada hasta que se detuvo. Se levantó entonces, y la apoyó en la pared. Le abrió las piernas e inclinó un poco la espalda de tal forma que la curvatura le hiciera exponer las nalgas hacia él. Esa maravillosa vista le hizo darle un par de fuertes nalgadas. Mandó al diablo a Mark, no le importaba que llegase a ver las marcas. Más bien esperaba que fuera así.

Apretó el culo y hasta lo mordió. Dejó el sello de sus dientes y luego se dispuso a follarla desde atrás. La tomó del cabello, como si fuera una yegua en

celo. Esto le dio el control de su cuerpo por lo que aprovechó acercarla y hacer que se introdujera el pene de él. Con la mano que le quedaba libre, regulaba el ritmo y la intensidad al sostenerse de las caderas.

Los dos sudaban, los dos exclamaban palabras incomprensibles, los compartieron la misma piel mientras estuvieron allí. Era como si hubieran dejado ese lugar para flotar por los aires y perderse en la atmósfera.

Amanda buscaba sus manos mientras lo miraba de reojo. Sí. Siempre fue de él, incluso desde el primer momento en el que se vieron.

Dejó de halarle el cabello para tomarla por completo por las caderas. El cabello cayó sobre la espalda como una cascada de hilos negros. Acercó su boca para morderle el hombro mientras sentía que estaba a punto de explotar.

El orgasmo estaba cerca y quería que ella llegara al mismo tiempo que él, así que bajó su mano hasta su clítoris y la estimuló al mismo tiempo que la penetraba con fuerza. Los dos comenzaron a gemir sin control hasta que ella expulsó sus deliciosos líquidos en su mano y él hizo lo propio pero en su espalda.

... Fue tan intenso que cayeron juntos al suelo, de rodillas pero sonrientes.

—Espera.

Jack se levantó con cuidado para ir al tocador. Tomó un poco de papel higiénico y limpió la espalda de Amanda. Ella, medio consciente, esperó a que él regresara.

—Vamos.

Se levantaron y se acostaron en la cama.

—Si sigues así me vas a matar.

Jack rió a carcajadas. Ella le respondió con una sonrisa.

—Te sorprenderías, la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que hay otras cosas que todavía no conoces de mí.

—Sé que te gusta dominar, por ejemplo... Y es algo que me gusta mucho.

—Es algo que he dejado en claro, pero la verdad es que hago cosas que podrían desafiar tus propios límites.

—¿Tiene que ver con eso?

—Sí. Soy Dominante. ¿Sabes a qué me refiero?

—Creo tener una idea al respecto.

—Bien, ¿qué te parece eso?

—Como ya te he dicho, me gusta... Mucho. Ya que nombras lo de los

límites, ¿qué pensarías si te dijera que me gustaría probar?

—Tendrías que estar muy segura de ello. Amanda —se acercó a su rostro— esto es algo serio, muy serio.

—No estoy jugando.

Jack se incorporó y permaneció un momento sumido en sus pensamientos. Esperó un rato hasta que se dirigió a Amanda.

—¿Te gustaría ver algo en mi casa? Tendrías una mejor visión sobre lo que me refiero.

Los ojos de Amanda se iluminaron.

—Me encantaría.

Inmediatamente comenzaron a vestirse. Ella optó por un aspecto más o menos similar al de él para que así salieran rápido... Y así fue. En un santiamén estaban en la entrada de la elegante casa.

Al bajar, Jack se acercó a ella.

—Si ves algo que te asusta, dímelo y te explicaré cómo funciona. También quiero que recuerdes que cada cosa la uso bajo el consentimiento de la persona que esté conmigo. De resto, no. ¿Vale?

—Vale, entendido.

Subieron las escaleras como solían hacerlo cuando iban a la habitación de Jack, sin embargo, esta vez fue diferente. Él subió un tramo más y sacó un par de llaves. Abrió lo que parecía una puerta. Con mucho cuidado, entraron a un espacio completamente oscuro y carente de luz. Él buscó el interruptor con cuidado hasta que encendió la luz. Amanda se sorprendió por lo que sus ojos percibieron.

El lugar era más grande lo que pensó. A primera vista, lucía como cualquier otra habitación. Sin embargo, al acercarse más, observó una especie de repisa en donde estaban expuestas una serie de objetos que le llamaron la atención: látigos de todo tipo, con una variedad de formas y colores; cuerdas y cintas de cuero, esposas, una silla y un par de cajas de madera, vendas y máscaras.

Pudo haber visto más pero se concentró en un par de cadenas que brillaban en una esquina. Las tomó con ambas manos para sentir el peso. Estando allí también notó unas mordazas de aro y de bola. Era increíble la cantidad de objetos que estaban allí.

—¿Y bien...?

Ella tardó un momento en responder.

—Es impresionante la cantidad de cosas que tienes.

—Pues sí. Hay unas cuantas y si te soy sincero quiero unas cuantas cosas más. Pero me he frenado un poco.

Alzó la mirada ver la habitación y, claro, a ella.

—Si te sientes incómoda, podemos irnos...

—No, no me quiero ir. Quiero que probemos, Jack. Di que sí.

Amanda tenía en la mirada un fulgor que lo convencía de su necesidad de ser sometida a él.

—Dime, ¿qué te gustaría? Vi que te llamaron la atención las cadenas.

Ella sonrió.

—Sí, así es.

De repente, la expresión de él se transformó. Adquirió un comportamiento un poco más agresivo y controlador. Fue hacia a ella y la tomó del cuello. Lo apretó un poco hasta que le vio abrir la boca.

—Quítate la ropa.

La soltó y se apartó de ella. Quería verla hacerlo.

Se quitó los jeans, la camiseta y las zapatillas. En cuestión de segundos, estaba completamente desnuda y frente a él. Sintió la mirada de Jack como si la acariciara desde lejos.

—Ahora, ven aquí y mira la pared... Así, muy bien. Ahora extiende las piernas y los brazos. Vale. Ahora espera un momento.

Aunque no tuvieron un contacto significativo, ella ya estaba mojada y se debía en gran parte a la forma que él tenía de demostrar esa personalidad fuerte a través de la voz y de las acciones sencillas pero contundentes.

Así pues que se paró frente a la pared con sus miembros extendidos a la expectativa de lo que haría él. Poco después, sintió el frío del metal al contacto con su piel. Las cadenas aunque estaban unidas a cintas de cuero, aquello le provocó que se estremeciera un poco.

—Tranquila...

Jack se encargó de colocar cada extremo de las cadenas a cuatros soporte ubicados en las paredes. Al terminar, se encontró satisfecho.

—¿Lista?

—Siempre.

Tenía consigo una paleta de cuero. Con esta, golpeó su mano varias veces para que ella tratara de reconocer el sonido del objeto. Se acercó a su cuerpo y acarició su cuerpo con él. Mientras lo hacía, respiraba agitado, así que hizo

que ella se inclinara para darle el primer impacto en sus nalgas. Amanda tembló por el ardor pero también le pareció exquisito.

—Más... Más, por favor.

—Claro que te daré más.

Alternaba cada glúteo. Cuando sentía que lo hacía con demasiada fuerza, la acariciaba con suavidad. Siguió así por un rato hasta que observó el culo rojo y ardoroso de Amanda. Aquella vista le pareció demasiado tentadora por lo que arrojó la paleta y se agachó para chuparla desde atrás. Ella, apenas sintió su lengua, no paró de gemir.

Las manos de Jack abrieron las nalgas para mirar con detenimiento aquellas carnes que tanto le excitaban. El coño efectivamente estaba húmedo y caliente; el ano, por otro lado, parecía la entrada a su perdición. Ansiaba probarlo demasiado.

Se aventuró entonces a lamerlo. Chupó y lamió como si se tratara de una fruta jugosa. Amanda, no se esperó sentir aquello. Era un tipo de placer indescriptible. Jack la comió entera.

Debido a los espasmos que tuvo por el placer, las cintas de cuero se marcaron aún más en las muñecas. Con las pocas fuerzas que tenía, se sostenía lo suficiente para no desplomarse. En definitiva, ese hombre la llevaba al límite.

Jack se detuvo de golpe. Tuvo que hacerlo porque si no se quedaría allí, clavado entre esas nalgas, en ese coño que le hacía delirar.

Al ponerse de pie, volvió a verla y tuvo la tentación de darle latigazos.

—No... Mejor para después. —Lo dijo para sus adentros. Fue allí cuando se le ocurrió estrenar un artefacto que había guardado por alguna razón. Esta era la ocasión perfecta.

Se acercó hasta las muñecas y quitó las cintas una por una. Lo hizo con una rapidez tal que sólo se escuchó el eco metálico de las cadenas. Amanda sintió las manos de Jack sobre sus brazos y por el resto de su cuerpo. La tocaba con suavidad, con lentitud. Ella, en su interior, sabía que era una forma de expresar un nivel de intimidad que iba más allá del sexo. Esto permitía que sintiera una especie de comunión con él.

Las manos de él descendieron hasta su coño para tocarle el clítoris. Primero con suavidad y después con un poco más de fuerza. Amanda volvió a entregarse a la oscuridad y al trance del placer.

Siguió tocándola, torturándola a su antojo. En el proceso, miró hacia la

cama la cual estaba iluminada por la única fuente de luz de la habitación. La sostuvo con más fuerza y la llevó hasta allí.

—Espera un momento.

Se perdió de nuevo entre las sombras para buscar algo que guardaba con celo entre los cajones. Sacó una especie de arnés sencillo de cuero falso. Consistía más bien en un par de tiras que bordeaban el torso y los pechos pero el detalle a prestar atención estaba en la entrepierna. Había un pequeño dispositivo circular con un botón rojo en la cara externa. Jack se aseguró que funcionaba. Al percatarse que no había problema con ello, lo llevó hacia la cama.

—De pie. —Dijo secamente.

Ella no comprendió nada hasta que infirió que le colocaría ese accesorio. Él le abrochó unas cuantas hebillas, luego se agachó un poco para acomodar el artefacto. Esa era la pieza vital en todo esto.

—Esto te va a gustar.

Terminó de ajustar el vibrador justo por encima del clítoris. La miró con expectativa y sonrió. Sus dedos apretaron el botón rojo y enseguida, Amanda pareció perder la estabilidad en las piernas.

—Ahora acuéstate.

Lo hizo boca arriba. El vibrador replicaba un movimiento constante sobre su clítoris por lo que casi no prestaba atención a lo que estaba pasando a su alrededor. La electricidad que le producía le inundaba los pies, las piernas, el abdomen, los brazos y el cerebro.

Sus manos libres trataban de aferrarse a algo que le permitiera conectarse con la realidad pero era difícil. Era difícil porque no había descanso. De vez en cuando sentía una desesperación tal que la hacía gritar cualquier serie de expresiones. Sólo podía escuchar la respiración de él junto a la suya.

Jack la admiró por un instante hasta que comenzó a masturbarse sobre ella.

—Mírame.

Ella abrió los ojos con dificultad. Cuando lo logró, miró ese hombre alto, de cuerpo perfecto, de pene provocativo, tocarse muy cerca de ella, mirándolo a los ojos como si el centro del universo fuera su rostro.

Tomó un poco de sus fluidos para mojar más el glande, siguió masturbándose con fuerza hasta que se rindió ante el placer. Se colocó sobre ella, rozando su pene con su coño por un tiempo corto. Poco a poco, introdujo su miembro de ella. De nuevo esas sensaciones que iban más allá de las

palabras.

El calor de sus carnes, los fluidos que abrazaban su pene, los gemidos que fluctuaban a la par de la intensidad que la penetraba, las miradas que intercambiaban, era una experiencia que lo hacía sentir como el tío más poderoso del mundo... Ella era su reina.

Amanda, logró desprenderse del dolor y del placer por unos instantes, miró a su amante para darse cuenta que lo que él la hacía sentir era todo lo que había estado buscando sin darse cuenta. Ese hombre le daba por entero lo que quería y más. Jack la envolvía en la fuerza de sus brazos y de su cuerpo, en la lujuria que la hacía delirar. Estar así con él era la receta para que todo alrededor perdiera importancia.

Lo abrazó con las piernas y con los brazos. Se sujetó a él como queriendo borrar la frontera de sus pieles. Quería fundirse con él entre los jadeos y el sudor, entre el deseo y el dolor.

Jack siguió penetrándola hasta que la sostuvo entre sus brazos e hizo que se sentara sobre él. Aún con el arnés puesto, con el vibrador concentrado en el clítoris, el mismo que la llevaba hasta un límite que no sabía que existía, apenas pudo introducirse por completo el pene de él hasta que lo logró. Las manos de Jack se ubicaron como siempre en las caderas con el objetivo de regular la intensidad de los movimientos. Al principio lo hizo lento. Quería verla rogar.

—Más... Más, por favor.

—Claro que te daré más. No lo dudes.

La empujó más hacia su pene para que lo sintiera como era debido. Ella, con los ojos en blanco, se entregó a sus demandas por lo que se olvidó de sí misma por unos segundos. Al momento de hacerlo, las piernas le temblaron con fuerza, el orgasmo estaba por llegar.

Con la desesperación restante, esa misma que le permitía estar sobre él, la aprovechó para moverse con sensualidad. Lo hacía suave, lento. Deseó hipnotizarlo con sus maneras. Aunque para él, eso ya había pasado.

Gracias a ello, Jack se excitó aún más. Por alguna razón, el cambio de ritmo lo llevó a estar a punto del orgasmo. Así pues, se sostuvo aún más fuerte de ella. Comenzó a jadear y agitarse en poco tiempo.

Amanda continuó hasta que percibió los espasmos de él.

—Mierda.

De sorpresa, la llevó de nuevo al suelo, ordenándole que se arrodillara

rápidamente. Ella abrió la boca esperando el semen hasta que lo recibió sobre su lengua. Apenas terminó de correrse, comió de ese manjar.

Sin embargo, aún quedaba un pendiente. Aunque por un rápido movimiento, Jack apagó el interruptor, ella estaba desesperada por acabar. Él decidió que lo haría con la boca, así que la acostó de nuevo en la cama, le abrió las piernas y la chupó con una fuerza descomunal. Tanto así que, aunque acababa de colocarla allí, el orgasmo se le manifestó en forma de chorros de deliciosos jugos que él bebió plácido.

Con un poco de calma, Jack procedió a quitarle el arnés de Amanda. Mientras sus dedos desmontaban la pieza, observó las marcas del cuero sobre su piel así con el enrojecimiento de su clítoris el cual fue estimulado por largo tiempo. Esbozó una sonrisa. Terminó por acomodarla en la cama y fue hacia un pequeño espacio en donde guardaba una muda de ropa. Tomó unos jeans, se los puso y bajó a la cocina para buscar un poco de agua.

Amanda tocó su pecho para constatar que todavía estaba con el pecho a todo dar. Abrió los ojos y el brillo de la luz del bombillo del techo, hizo que se tapara debido a la molestia que le produjo. Se quedó en silencio, relajándose hasta que sintió algo frío en el brazo, seguido de un beso en la frente.

—Pensé que buscarte agua pero leí en un artículo que la cerveza es una excelente bebida para recuperar la hidratación, así que pensé que sería buena idea que hiciéramos la prueba.

Se incorporó, apoyando la espalda sobre la pared fría.

—Creo que me leíste la mente. Una cerveza nunca cae mal.

Sostuvo la botella y tomó un largo trago de cerveza. Las burbujas se encargaron de acariciar el interior de su garganta así como el frío. Después de un momento tan intenso y físicamente agotador, esa bebida fue como caída del cielo.

—Está deliciosa.

—¿Tienes hambre?

—Sí, un poco.

—Vale. —Volvió a ponerse de pie— Allí hay una muda de ropa que creo que estoy casi seguro te quedará perfecto. Estaré abajo.

—Vale.

Terminó la cerveza y se levantó. Caminó desnuda hasta donde le indicaron y encendió la luz. Encontró, efectivamente, una muda perfectamente doblada

sobre la tapa del retrete.

Sonrió al ver la franela negra de Rugrats. Quizás fue un gesto para hacerla reír. Se la colocó así como los pantalones. Le quedaron perfectos. Al verse en el pequeño espejo que tenía cerca, se sorprendió de la capacidad de percepción que tenía Jack. Sin duda, tenía buen ojo con los detalles.

Salió de la habitación y se encontró con un Jack diferente. No era el tío criminal ni el apasionado por hacerla sufrir. Tenía una actitud de atención y preocupación, algo que no creía poder ver en alguien como él.

—A ver, te preparé un par de sándwiches con jamón y queso fundido. ¿Te apetece pepinillos?

—Eh, sí, sí, por favor.

—Vale... ¡Ah! Sabía que no me equivoqué con la ropa.

Ella se sonrojó.

—Vale, entonces estamos listos para comer.

Se sentaron en el desayunador como si fueran una pareja cualquiera. Jack comenzó a hablar de anécdotas graciosas y Amanda rió a carcajadas por las cosas que él decía. Todo se sentía demasiado surrealista.

Sin embargo, la magia del momento se rompió. El sonido de un tono se escuchó en la lejanía. Ella se levantó de golpe pero él le hizo señal que se quedara tranquila.

—Yo subo.

Dejó el pan a medio comer y la cerveza a medio beber. Internamente, Amanda sintió el frío de algo que se avecinaba. Quiso espantar ese presentimiento al aferrarse al presente, no quería dejar escapar ningún detalle.

Se quedó sentada por un rato al mismo tiempo que se obligaba a comer. Dio otro sorbo de cerveza y miró el reloj de la cocina titilando porque ya iba a cambiar la hora. Enseguida, escuchó los pasos de él bajando por las escaleras.

—Debo irme... Surgió algo.

—Vale.

—Ten, te dejo mis llaves. Termina de comer tranquila y relájate. Cuando estés por salir, escríbele a este número. Es un amigo mío. Te buscará y te dejará en donde quieras. Recuerda dejar las llaves debajo del tapete.

No dijo palabra. Se quedó callada porque esa sensación de que una amenaza estaba por manifestarse, le carcomía por dentro. Aun así, no quería decirle nada, no quería preocuparlo con tonterías.

—Cuídate, por favor. —Le alcanzó a decir con cierta pena.

—Lo tendré.

Se acercó a ella con lentitud para darle un beso suave y largo. Entonces se quedó allí, mirándolo irse como una estela. Escuchó el portazo y miró el pan con desinterés. Hizo un último esfuerzo para llevarse un par de bocados. Al final, la soledad fue demasiado grande para soportarla por más tiempo.

Tomó una rápida ducha y, luego de arreglarse, escribió a ese misterioso número. En poco tiempo, ya estaba en el coche camino a su casa con la mente dándole vueltas.

Agradeció la agradable atención y se dirigió a la entrada. Como siempre, la calle estaba repleta de gente que iba de un lado para el otro. Subió las escaleras como alma que lleva al diablo y se adentró. La sensación de miedo menguó un poco cuando se echó sobre el sofá. Estaba a salvo.

¿También lo estaría Jack?

X

Jack pisó el acelerador hasta el fondo. El mensaje que recibió le hizo reaccionar con rapidez. Las cosas estaban por cambiar.

Lo cierto es que el resto de sus compañeros estaban esperándolo en un bar como solían cuando se reunían para beber y comer algunas tapas. Sin embargo, no había ambiente de celebración, más bien lo contrario.

Apenas asomó la cabeza en el local, todos dieron un suspiro de alivio. Hasta llegó a escuchar un “les dije que vendría”.

Se sentó en una silla que estaba libre para él. Todos estaban en silencio hasta que preguntó.

—¿Qué ha pasado?

Unos cuantos dieron largos suspiros.

—Creo que es hora. El tío se ha vuelto loco y ya toca cambiar las cosas.

Jack entendió esto como una oportunidad que no debía dejar pasar. No contestó inmediatamente, más bien observó y finalmente concluyó que quienes estaban allí, eran leales a él.

—Entonces debemos planificar el golpe.

Formaron un círculo íntimo para escucharse mejor.

—Bien, primero lo primero. ¿Cómo estamos de armas?

—Nada mal, pero podría buscar más rifles y municiones. El tío tiene una fortaleza así que hay que estar preparados.

—De acuerdo.

—Revisé los coches y las motocicletas. Están blindadas y listas para la acción.

—Les he hecho unas modificaciones a los chalecos antibalas y están reforzados. Incluso resistirán ataques con cuchillos y navajas de todo tipo. Así que estaremos más que protegidos.

—¿Qué dices, Jack?

Tras unos segundos de silencio, afirmó:

—Nos dividiremos en grupos. Unos se encargarán de la vigilancia, otros de la defensa y el resto haremos el desorden que corresponde.

—Los micrófonos y el resto del equipo de comunicaciones están al punto.

—Excelente. Entonces nos repartiremos lo que haga falta y nos reuniremos

en la 45 para irnos juntos. Luego cada ocuparemos los puestos que corresponden y haremos el golpe. Será a la medianoche, así que los necesito frescos.

Esperó un largo rato. Volvió a verlos.

—¿Están conscientes de que esto no será fácil? ¿Qué quizás nos tome más tiempo de lo que pensamos? Estamos por enfrentarnos contra el tipo más temido de la mafia. Eso lo saben, ¿no?

Aquella respuesta tenía una intención oculta. Aunque él estaba esperando este momento para tomar las riendas del grupo, quería asegurarse que estaba tomando la decisión correcta, quería saber que ellos realmente eran fieles a él y que harían lo necesario.

—¿Por qué crees que estamos aquí? Tío, sabes mejor que nosotros la situación en la que estamos. Hemos estado muy cerca de que nos pille la poli. Casi hemos perdido hombres a causa de la imprudencia de Mark. ¿Hasta cuándo toleraremos esto?

Ya no había nada más que decir. Estaba con quienes hacía falta estar.

—Vale. Recuerden que nos reuniremos para organizar bien la logística. Váyanse tan rápido como puedan y no hablen por los móviles. Es este punto en donde nos encontraremos, ¿entendido?

Asintieron y se levantaron casi al mismo tiempo. El primero en salir fue él. Se subió al coche y arrancó a toda velocidad.

Al llegar a casa, y por alguna razón, pensó que ella estaría allí. Pero por supuesto que no, por supuesto que no estaba. Sin embargo, llegó a percibir su aroma en el ambiente. Una especie de rastro que dejó para que no se olvidara de su presencia. Jamás lo haría.

Se quedó de pie solo en el medio de la oscuridad y pensando en Amanda. ¿Sería buena idea hablar con ella? Quizás no. Quizás después. Se espabiló y se dirigió a la cocina. Detrás de esta, se encontraba una habitación en donde guardaba todo tipo de municiones y armas. Un paraíso para los aficionados a este tipo de cosas.

Al encender la luz, tomó un chaleco, varias 9 mm, balas, miras y bombas de humo. El resto sería repartido por uno del grupo. Se echó para atrás y tomó más rifles y pistolas. Guardó todo en un bolso grande de color negro y salió. Mientras lo guardaba en el maletero del coche, dio un último vistazo a la casa. Era posible que no volviera en mucho tiempo... Si es que salía vivo.

Al subir, tomó el móvil y el impulso de escribirle a ella fue más grande

que él. Tacleó velozmente unas cuantas palabras. Sin embargo, estuvo allí un buen rato. Finalmente se animó por un “Te extraño” y lo apagó. Debía hacer caso a la clara instrucción que dio hacía horas antes. Así pues, la oportunidad de Jack se le presentó y no lo podía dejar escapar.

Mark estaba en la gran mansión en una escena muy parecida a de hacía días. Sentado con un vaso de whiskey. Tenía el entrecejo fruncido.

A lo largo de su vida se encargó de sobrevivir y de hacerle entender a los demás que haría lo necesario para lograrlo. Pasó años sintiendo el temor y el respeto de otros. Desde la policía hasta los ladrones de poca monta, sólo su nombre hacía temblar a cualquiera... Pero esta vez no era así, esta vez era diferente.

Mientras estaba sentado en el sofá, mirando a la nada. Tuvo una sensación extraña y poco alentadora. Permaneció un rato allí hasta que escuchó un sonido extraño que no pudo identificar inmediatamente. Creció la alerta dentro de sí hasta que vio cómo corrían los guardias que lo custodiaban.

—SEÑOR, TIENE QUE SALIR DE AQUÍ.

Trató de entender lo que sucedía hasta que observó un destello de luz que casi lo dejó ciego.

—Mierda...

Seguido una explosión. Los coches aparcados en la entrada, volaron por los aires como naipes. Algunos de sus guardias cayeron mal heridos. Hubo uno que se acercó a él y le extendió un arma. Al ponerse frente a él, una bala le cruzó el cráneo dejándolo muerto al instante. La ráfaga de sangre le bañó parte de la cara y fue allí cuando comprendió que era matar o morir.

Corrió hacia uno de los pasillos y permaneció en silencio por un rato. Trató de controlar la ira y la indignación, así como el impulso de salir a repartir disparos. En esa esquina que le sirvió de guarida, se percató que los atacantes eran sus propios hombres. El terror le hizo sudar.

Se quedó más tiempo quieto. Sólo escuchaba los gritos e insultos que un bando y otro se repartían. En medio del polvo, el humo y la sangre, emergió la figura de Jack. Mark no pudo más.

—Vaya cojones que tienes, tío.

Jack sonrió.

—Mejor ríndete. No hagas más el ridículo y ríndete.

—Sabes que nunca lo haré, ¿no?

Ambos desenfundaron las armas, apuntándose mutuamente. Estuvieron así

en medio del caos y los gritos.

Dejaron de hacerlo cuando se manifestó otra explosión cerca de ellos. La pared se convirtió en una especie de confeti que se desperdigó por todas partes. Los dos, además, salieron expulsados al otro lado de la habitación.

Jack, acostumbrado a situaciones como esa, se incorporó con rapidez y trató de buscar a su rival para destruirlo de una vez por todas.

Logró ponerse de pie pero no pudo verlo, así que comenzó la cazaría. El resto del grupo todavía estaba dando pelea para tomar el control de la mansión. Jack corrió por todas partes hasta que sintió el frío del metal sobre sien.

—¿Crees que soy tan estúpido como para dejarme sorprender por un idiota como tú? He matado tíos verdaderamente peores.

—No busques intimidarme que no lo lograrás, gilipollas.

—Vamos, camina.

Lo hizo sentarse en un banco destrozado.

—Sé que te has estado acostando con mi mujer. Ese fue tu primer error pero no pensé que sería tan cínico. ¿Atacarme en mi propia casa?

Permaneció en silencio hasta que le dio un culetazo en el pómulo. Jack, a pesar del dolor intenso y casi insoportable, se quedó callado. La cara comenzó a hincharse a una velocidad sorprendente.

Lo vio amartillar para volverle apuntar la frente. En ese momento, Jack se levantó de repente y lo empujó para que perdiera el control de su cuerpo. Cayó al suelo y comenzaron a intercambiar puños e insultos. La fuerza de ambos hacía sonar los golpes como si un martillo golpeará la pared.

Perdieron la noción del tiempo, tanto, que no escucharon las sirenas ni los gritos de los testigos al ver que la paz y tranquilidad de su urbanización, se vio interrumpida por una pelea de mafiosos.

Al final, la poca energía que quedaba entre los dos los hizo enfrentarse con un par de cuchillos de cocina. Jack, bastante malherido, pensó que no tendría oportunidad de escaparse hasta que lanzó una estocada en el medio de la oscuridad producto del cansancio. Llegó escuchar un fuerte alarido.

—Maldito... Maldito.

Las palabras de Mark se arrastraron a medida que la vida se le escapaba del cuerpo. Jack, por otra parte, sonrió y cerró los ojos.

Lo cierto es que no le importó si lo encarcelaban, por fin logró el objetivo. Justo en el momento en que se quedó inconsciente, unas manos le tomaron del

cuello y arrastraron su cuerpo hacia una salida que daba directo a una van que esperaba recogerlos.

—Está vivo pero nos tenemos que ir ya, la poli está pisándonos los talones.

Los neumáticos chirrearon sobre el asfalto. Lograron escapar por milagro.

XI

Después de recibir el mensaje, Amanda lo llamó. Sin embargo, cayó el buzón de voz. Hizo todos los intentos posibles pero obtuvo el mismo resultado: nada. Trató de consolarse pensando que quizás se había dañado el móvil o la batería. Cualquier excusa era bienvenida. No obstante, era inútil. Su instinto le gritó que pasó algo grave.

Fue a su habitación y encendió el televisor. Pasó los canales con indiferencia, rogando por una película para distraerla de los pensamientos hasta que se topó con un reportaje. Reconoció de inmediato la mansión de Mark.

Los cuerpos sobre el césped verde, la cera y pálida que albergaba sangre y casquillos de bala, coches destrozados, restos por donde se mirara. Según la reportera, los vecinos temieron por sus vidas así que hicieron llamadas desesperadas al 911 hasta que la policía hizo acto de presencia.

“... Según testigos, una Van negra salió de las inmediaciones de la mansión del magnate. Aunque se presume que allí se encontraban los actores de este escenario tan lamentable, fue imposible identificar el vehículo más allá de las características que nombramos. Aconsejamos a nuestros espectadores que, ante cualquier señal sospechosa, no duden en llamar a las autoridades”.

—Escapó...

Se dijo para sus adentros. Aunque no estaba segura, supuso que él era lo suficientemente inteligente como para resguardarse tanto como pudiera. Apagó el aparato y se quedó entre la oscuridad y la angustia.

Pasaron los meses y la vida de Amanda transcurrió en lo mismo de siempre. La única diferencia fue que, al dejar de tontear, encontró un trabajo como asistente administrativa en una agencia.

Por suerte, pudo esquivar las investigaciones de la policía. Nadie, por más extraño que fuera, logró vincularla con la mafia de la ciudad. Se trataba de una especie de milagro.

Así pues que aprovechó la oportunidad para rehacer su vida, mudarse y hasta cortarse el cabello. Los cambios los hizo motivada por la necesidad de atraer cosas más positivas.

Aunque estaba sintiendo que todo marchaba como debía, había un detalle: siempre pensaba en Jack. De hecho, se preguntaba constantemente si estaba bien.

Un día después de una larga jornada de trabajo, encontró una pequeña carta sobre el tapete de entrada. Lo tomó y lo abrió. Sí, estaba dirigido a ella. Se percató, además, que había algo dentro de este.

Sacó una cadena dorada y muy delicada. Permaneció sorprendida hasta que leyó un mensaje corto.

“Póntelo. Luego entenderás la razón. J”.

No entendió hasta que vio la firma. “J”. La esperanza le volvió al cuerpo. Sabía que era él.

Después de ese incidente, no supo más. Sin embargo, nunca se quitaba la cadena que adornaba su cuerpo.

—Aparecerá en cualquier momento. Lo sé.

Amanda no se equivocó. En el momento menos esperado, Jack hizo acto de presencia en el umbral de su piso.

Al principio lo miró incrédula, sin saber muy bien qué hacer. Sus pies, no obstante, tomaron la iniciativa haciéndola que se juntara con él. Se abrazaron por un largo rato, hasta que ella se alejó.

—La policía...

—No te preocupes, todo está mejor ahora.

En los meses de ausencia, Jack esperó a que las aguas se calmaran, al mismo tiempo que se hizo oficial su liderazgo en el grupo.

—Mmm. Veo que lo estás usando.

—Me dijiste que lo hiciera.

Acariciándole la cara, le dijo:

—Buena chica.

Se besaron como nunca. Para Jack, todo cobró sentido. Por fin estaba con su reina y sumisa.

Rey

Esclava Virgen y Prometida del Señor del Crimen

I

El chico temblaba. El chico miraba hacia todas las direcciones en búsqueda de alguna salida o de un alma que lo ayudara en tamaña encrucijada. Sostenía una pequeña navaja oxidada aunque sabía que aquello no representaba ninguna defensa que valiera la pena.

—Vamos, chaval. Deja lo que has robado y te dejaremos en paz. Venga.

Tres tipos delante de él. Uno más grande y fuerte que el otro. Un chiquillo flacucho no podía con ninguno.

Reían y sonreían en tono de burla. Les parecía gracioso que aquel muchacho se atreviera a robarle el prendedor de oro de su jefe pero qué iba a saber que se trataba de Regie, el jefe de la mafia de Nueva York.

Sostenía el prendedor con todas sus fuerzas. No lo soltaría por nada del mundo, sobre todo, porque esa pieza lo ayudaría a comer un plato caliente esa noche... Si salía vivo.

—¡Hacia atrás; Vamos, gorilas. ¡ATRÁS HE DICHO!

Ellos asintieron con las manos en forma de alto.

—Sé racional, chico. Esto puede solucionarse rápido sin que nadie salga herido. Piénsalo bien, eh.

Decía uno mientras que el otro aprovechaba la oscuridad del callejón para acercarse al chico por un costado. Desenfundó el arma y pensó en darle un golpe seco, sin embargo, un hilo de sadismo se manifestó. ¿Acaso no sería más divertido darle un balazo?

Sonrió con malicia hasta que quedó a la altura de la sien del chico. El otro le hacía señas de que se detuviera, mientras que el tercero le alentaba. La

decisión estaba tomada. Ese chico dejaría de molestarlos de una vez por todas.

El calor del metal abriéndose paso sobre la piel, la sangre brotándole por la cara, el dolor agudo, las pupilas dilatadas, la pérdida del equilibrio. El chico maldijo su mala suerte y cayó en el suelo frío del callejón. Los tres hombres lo vieron desde ese ángulo picado del triunfo.

—Pobre idiota.

—Agarra el prendedor. El jefe se va a poner contento.

—Creo que exageraste.

—No seas marica. Lo merecía. Que conste que le insistimos.

—Venga. Lo único que nos falta es que venga la poli.

Dejaron el cuerpo inconsciente del chico. El charco de sangre se hacía más grande a medida que se alejaban de él. Un grito en la distancia advirtió a los vecinos de los edificios aleñados. Una patrulla no tardó demasiado en llegar.

Resulta que el chaval tuvo más suerte de la que pudiera imaginar. A pesar del disparo, la bala sólo penetró el cráneo sin hacer daño alguno al cerebro. Sin duda un milagro. A pesar de ello, pasó un mes para que el chico pudiera recobrar la consciencia.

En ese tiempo, los doctores permanecieron en vilo. Algunos especialistas, incluso, llegaron de otras partes del país para estar al tanto sobre el progreso del chico. Muchos de ellos daban por seguro que moriría pronto y que no valía la pena el esfuerzo.

Sin embargo, la fuerza de voluntad pudo más. Pudo haber sido mero destino o piedad divina. El hecho, es que Reysiel despertó pidiendo un poco de comida y agua, todo con una actitud de lo más natural.

Recibió toda clase de explicaciones y advertencias sobre su situación.

—Es importante que recuerdes mantener reposo. Estarás en observación por unas semanas más, así que no te preocupes.

Él asintió ocultado la falta de interés. Le daba igual si vivía o moría.

Durante una noche, los calmantes no fueron lo suficientes como para que conciliara el sueño. Recordaba escenas fugaces y retorcidas. Tres hombres, tres rostros burlones y el sonido del gatillo. Despertó en ascuas, con la frente llena de sudor y con la expresión de angustia. Cuando encontró un poco de calma, pudo reconstruir todos los hechos: le había disparado por robarle el prendedor al jefe de la mafia del barrio.

La ira le nació desde el fondo de las entrañas. Comenzó a temblar y hasta quiso salir corriendo. La sed de venganza le hizo olvidar que estaba atado a unos cuantos tubos y que, además, estaba débil. Ese pequeño esfuerzo le valió para que le doliera la cabeza lo suficiente como para tumbarlo sobre la cama. Decidió entonces que esperaría todo lo que fuera necesario.

Transcurrió el tiempo y Rey se volvió más ágil y fuerte. Tanto, que hasta aprovechó el tiempo para estudiar un poco de matemáticas y contabilidad. Descubrió que no era tan malo con los números después de todo.

Luego de su recuperación, agradeció a su médico tratante y hasta le prometió que haría lo posible por pagarle todo lo que hizo por él. El buen hombre sólo se sintió orgulloso de no haber dudado de que su recuperación.

Las puertas corredizas se cerraron tras él. Al quedarse quieto, respiró un poco de aire hasta que llevó la mirada hacia el frente. Nunca sería víctima de una humillación.

II

Rey se levantó de la silla de su oficina, mirando hacia el casino. Las mesas estaban llenas y los jugadores se concentraban con pilas y pilas de fichas. Junto a ellos, tragos y mujeres que les incitaban a apostar más y más. Sonrió en vista de aquel panorama.

Dio unos cuantos pasos por la gran oficina. Iluminada, con paredes de color claro, muebles de madera oscuro y de estilo minimalista. Un gusto que le recordaba la prolijidad de un pasado que nunca tuvo.

Ese pasado que le recordaba por qué estaba allí. Volvió a sentarse para revivir el instante en que mató Regie.

Si hubiese sido por él, lo hubiera matado ahí mismo. Pero su instinto le repetía que debía esperar y, sobre todo, entrenar. Así que sumergió en el oscuro mundo de las peleas de cuchillos organizadas.

Quedó impresionado por la cantidad de dinero que se movía y también la cantidad de cuerpos que salían del ring. Aunque nunca llegó a participar, sí aprendió a cómo defenderse e, incluso, hasta se hizo amigo de uno de los mejores contendientes.

—Si has sobrevivido a una bala, puedes sobrevivir cualquier cosa, muchacho.

Mientras asentía a esas palabras, se tocaba el relieve de la cicatriz que había quedado en su cabeza. La misma que quedó oculta por el cabello.

Recibió todos los golpes posibles así como las heridas producto de las prácticas. No le importó el dolor ni las caídas, la determinación (o terquedad), hacía que se levantara sin importar las veces que fuera necesario.

Luego de meses intensos, Rey logró perfeccionar su técnica hasta convertirse en una amenaza ante quien se le cruzara. Se sintió confiado y listo para enfrentarse a ese enemigo que casi lo suelta a los brazos de la muerte.

Tuvo que invertir más tiempo. Esta vez era para conocer el paradero así como la rutina de Regie. Mientras lo hacía, logró identificar a sus atacantes quienes resultaron ser los guardaespaldas más cercanos de este. El brillo del prendedor de oro se mostraba ante él como una burla. La furia le crecía más y más.

Una noche, salió de su escondite entre las tuberías rotas de concreto y

metal. Caminó tranquilo entre las fogatas hechas en los contenedores oxidados adueñados por los vagabundos que buscaban un poco de calor. La expresión tranquila escondía un interior turbio y violento.

Regie se encontraba cenando en un restaurante elegante de la ciudad. Una chica, mucho más joven que él, fingía interés en lo que sería una conversación ridícula sobre sí mismo. En la oscuridad, Rey lo miraba calculando el mejor lugar para atestar el golpe mortal.

Mientras lo hacía, una gran sombra se dirigió hacia él. Logró esconderse apenas. Al pasar la sorpresa, observó que era uno de los hombres que lo atacaron. Había ido allí para orinar.

—Joder, qué bien se siente.

Una oportunidad de oro. Sonrió al mismo tiempo que sacó una pequeña cuchilla curva. El destello del objeto advirtió al hombre quien giró violentamente para enfrentar a su atacante. Después de unos minutos, reconoció el rostro.

—Pero si es el chiquillo de la otra vez. Vaya que si eres jodido de morir, eh.

A diferencia del primer encuentro, Rey estaba preparado. Se acercó a él y antes de que siquiera hiciera algo, un chorro de sangre empapó la pared que estaba junto a él. El corte de la yugular, fue precisa y mortal.

Rey se mantuvo de pie, observando cómo la vida se escapaba en los ojos. La mirada vidriosa anunció finalmente que había muerto en un instante. Sólo quedaban tres más, así que tendría que apresurarse.

Avanzó unos cuantos pasos y volvió a esconderse. Los dos escoltas restantes, estaban fuera del coche mientras comían unas donas. Hablaban con normalidad hasta que notaron la ausencia del tercero.

Los intentos por comunicarse con él, fueron inútiles y justo en el momento de buscarlo, un destello metálico se abalanzó sobre ellos. El mismo resultado que el anterior. Sus cuerpos cayeron en el suelo, enmudecidos por la muerte que los tomaba. De nuevo, Rey se mantuvo de pie mirándolos. Se aseguró que fuera él lo último que vieran... Tal como le había pasado.

Sólo restaba un último obstáculo. Cuando Rey se asomó aún más cerca, la chica ya no estaba. Observó y casi todas las mesas estaban vacías salvo por unos cuantos comensales que estaban allí. Hubiera preferido que el lugar estuviera solo pero no podía esperar más tiempo, tres muertos son suficientes para advertir a las autoridades.

Como lo había predicho, el grito de una mujer, advirtió a Regie quien cambió el semblante. Esperó unos eternos segundos sin que alguno de sus guardaespaldas fuera a su encuentro. Presintió lo peor.

Se levantó violentamente de la mesa y se dispuso a correr hacia la puerta, no obstante, la figura de un chico delgado y alto le esperó allí.

—Quítate, muchacho.

—No.

—¿Pero qué coño te pasa? Quítate, te digo.

Rey sacó de nuevo la navilla.

—¿Ve esto? Con esto maté a sus amiguitos.

Secó la hoja con la camiseta que tenía. Regie se puso colérico e hizo un gesto para buscar su arma. Aquellos instantes siempre se le vuelven borrosos a Rey. No recuerda exactamente qué sucedió salvo que se ve a sí mismo cansado pero victorioso, corriendo hacia la escapatoria en medio del sonido de las sirenas. Había logrado su cometido.

Desde ese momento, siempre llevaba consigo el famoso prendedor de oro. Sin importar si fuera una ocasión elegante o no, Rey lo usaba como una especie de amuleto de la buena suerte y también para hacerle saber a todo el mundo de dónde venía.

Cansado de estar sentado, volvió a levantarse y decidió pasear por el casino. Bajó por las escaleras, pasó unas cuantas puertas custodiadas y entró a uno de los elevadores con acceso restringido. Pasó la tarjeta y llegó finalmente a la sala. El silencio de su oficina, contrastaba con el ruido que se conjugaban allí.

Estrechó la mano de unos cuantos congresistas, saludó amablemente a un grupo de inversionistas chinos y hasta se tomó un trago con un famoso actor de cine. Le gustaba rodearse de vida, de esa vida.

Siguió caminando hasta que vio a un hombre con los ojos muy abiertos y llorosos. Había perdido la última ficha que le quedaba.

Aunque este era una imagen muy común, de alguna manera, Rey no la pudo dejar de lado. Le causó un impacto muy extraño.

—Tenemos todos los preparativos listos, señor. —Le interrumpió de repente uno de los guardias.

—Vale.

Se alejó de esa vista aún con esa extraña sensación que no lo dejaba en paz.

III

Leah acariciaba la mano arrugada y frágil de su madre. Ella no había despertado en varios días y no sabía si realmente lo haría. Escuchó el sonido de los pájaros y se dio cuenta que había estado allí, en la misma posición, durante toda la noche.

Se levantó pesadamente y fue hacia el baño. Miró su rostro en el espejo y observó las grandes bolsas debajo de los ojos, además de la piel amarilla y opaca. No estaba comiendo ni durmiendo bien.

Para colmo de males, la universidad le pasó una notificación diciéndole que no podría volver a las aulas hasta que pagara los seis meses que debía. El único lugar que consideraba su oasis, también era prohibido para ella.

Su padre, un ludópata empedernido, tomó los ahorros de su madre e hipotecó la casa para consentir su vicio. Gracias a ello, Leah tuvo que hacer maromas para que el hospital aceptara el ingreso de su madre. Más deudas que seguía acumulándose.

Abrió el grifo y acumuló un poco de agua fría entre las manos, la llevó suavemente hasta la cara. La sensación le ayudó a sentirse un poco más despierta aunque, la verdad, moría por tomarse un baño y dormir.

Regresó a la habitación con la esperanza de hablar con su madre. Sin embargo, ella estaba igual, como si durmiera un sueño plácido. Leah de repente sintió un poco de envidia.

—Buenos días, Leah. Te dije que te quedaras tranquila que aquí la estamos cuidando.

—Hola, Pati. Lo sé. Sólo quería quedarme con ella.

—Ve a casa y duerme un rato. Te avisaremos si sucede algo, ¿vale?

—Vale.

No puso resistencia porque el sueño y el cansancio pudieron más. Tomó la mochila y se despidió de la enfermera.

Caminó unas cuantas calles hasta la parada del autobús. Por suerte, sólo había un par de personas esperando. No tendría que poner un esfuerzo extra para subir. Se sentó en el banco y sintió como todo el peso del mundo se puso sobre los hombros. Quiso llorar pero estaba en la calle y le parecía humillante tener que expresar sus emociones frente a los extraños. Así que tomó el

reproductor de música y un par de audífonos, lo que sonara le daba igual.

Después de unos minutos, el autobús se acercó hasta la parada. Los pocos se subieron con tranquilidad, incluyéndola a ella. Leah, como no tenía ganas de interactuar, se sentó al fondo junto a la ventana. Ese era quizás el momento de paz que tanto había deseado durante la semana.

Muchas veces pensó que la mejor solución era escaparse. Dejar todo atrás. Incluso buscó unos cuantos destinos en Internet en donde podía empezar desde cero. Podría dar clases de algo, cualquier cosa, mientras se acomodaba. En cuanto alzara vuelo, enviaría dinero a su madre para tenerla junto a ella y reunirse. Todo pintaba como el plan perfecto.

Ella no contó con la enfermedad silente de su madre. Una enfermedad que ocultó por mucho tiempo. Se sintió mal por su egoísmo y por pensar siquiera en esa remota posibilidad.

Sin embargo estaba cansada, muy cansada. Se obligó a mantenerse despierta porque era muy probable que se derrumbara sobre el asiento y que se perdiera por la ciudad. Aquello sería el colmo.

Se levantó como pudo y presionó el botón de la parada. El ligero pitido advirtió al conductor quien aparcó pocos metros más adelante. Leah bajó y observó el pequeño edificio de ladrillos. Ese era su hogar.

Los últimos meses tuvo que abandonar su piso para volver a mudarse con su madre. Noches antes, botó a su padre del lugar porque no podía concebir el compartir el mismo espacio con un tipo así.

Saludó a unas cuantas vecinas, acarició al perro de la conserje y subió los seis pisos que la llevaban al piso en donde vivía. Sacó las llaves y abrió la pesada puerta de madera.

Al empujar, le sobrevino el olor remanente a café colado. Le sorprendió que hubiera pasado ese tiempo afuera y sobre todo que quedara ese aroma en el aire.

Dejó la mochila sobre una mesa de madera que estaba en la entrada, hizo lo mismo con las llaves y caminó hacia la cocina. Quizás no era mala idea prepararse algo.

Abrió con esperanza el refrigerador y sólo encontró un paquete de arroz y una cebolla que tuvo que sacar porque estaba casi podrida. Cerró la puerta y volvió a suspirar. Era como si nada le diera un poco de descanso.

Fue hacia su habitación para quitarse la ropa. Inevitablemente, miró la de su madre y sintió que sólo quería sentarse al suelo a llorar. Odiaba verla así,

tan débil y tan enferma. No sabía qué hacer.

Al desnudarse, tomó una toalla que tenía cerca para cubrirse con ella. Encendió la luz del baño y volvió a encontrarse con ese reflejo agrio de la mañana. Los ojos verdes estaban enmarcados por hilillos rojos. El rubio de sus cejas y cabello se veía opaco e incluso, a pesar de tener 24 años, tenía un pequeño surco en la frente. El estrés la rompía de adentro hacia afuera.

Trató de acomodarse el flequillo del cabello corto, como si quisiera rescatar algún gesto de vanidad. Pero no había cabida. Estaba muy sucio.

Dejó los rodeos y entró a la pequeña ducha. Abrió ambas llaves, aunque giró un poco más la de agua caliente porque necesitaba algo que la relajara. Cerró los ojos y se dejó abrazar por el líquido tibio que recorría su cuerpo.

De tener otra vida y otras circunstancias, Leah fácilmente pudo haber sido modelo, gracias a su altura y delgadez, además de la belleza de su rostro. Sin embargo, ese mundo no le llamaba la atención. Le parecía frívolo y sin sentido. Aunque en ese estado, quizás le hubiera ayudado a resolver algunos de los problemas financieros. De nuevo, se manifestó esa sensación de derrota y desesperación.

Luego de enjuagarse la cabeza y de darse algunos masajes en el cuerpo, salió con un poco más de vitalidad. Ciertamente, un baño podía significar un cambio hasta de ánimo.

Se secó y se dirigió a la habitación para cambiarse de ropa. Algo ligero y práctico ya que tenía que salir. Uno de los prestamistas de su padre la había citado para hablar sobre la situación de él.

—Joder.

Ya imaginaba la situación: el tío llegaría en un coche de lujo y se encontraría con ella para decirle lo mal que está su padre. Leah diría que aquello no era su problema hasta que la voz de él sobrepasaría la de ella. Insistiría en el monto a pagar y listo. La dejaría en la calle con esa sensación de desgracia.

Tomó un par de jeans oscuros, una camiseta negra y otra camisa de cuadros. Llevaría una chupa por si hacía frío. Se puso unas tenis y se arregló un poco, o al menos lo suficiente para decir que tenía la delicadeza de cuidarse.

Se dirigió al subterráneo para tomar el tren. Mientras se sostenía de uno de los tubos, no pudo evitar concentrarse en una pareja que se besaba efusivamente. La chica estaba sobre las piernas de él, y este la rodeaba con

los brazos. Los labios de ambos parecían danzar en una hermosa sinfonía.

Leah los observaba desde su lugar. Cualquiera persona al verla, pensaría que tendría una fila de pretendientes pero no era así. Los problemas familiares y sus metas personales fueron suficientes para privarla de los conocimientos del placer y el amor. Incluso tenía vergüenza al admitir que todavía era virgen. Pero nada, había otros asuntos que atender.

La voz del conductor anunció la llegada a la estación. Leah se espabiló y salió con la mezcla de miedo y tristeza. A ese punto, cualquier golpe le daría igual. Estaba acostumbrándose a las malas noticias.

El viento frío le golpeó al salir por las escaleras. Se colocó la chupa vaquera que llevaba consigo y se abrigó un poco el cuello para protegerlo. Al encontrarse en la calle, miró a todas las direcciones para dar con el hombre misterioso que la había citado allí. Este se encontraba sentado en un banco del Central Park, tomando café en uno de esos vasos elegantes de Starbucks.

Ella logró reconocerlo. Caminó hacia él y se presentó.

—¿Sr. Erasmo?

—¡Señorita! ¿Cómo le va?

Esa expresión le indicó que ciertamente la pudo identificar en un momento.

—A ver, a ver. ¿Te apetece un poco de café o un trago?

—No. La verdad que no. ¿Por qué me citó?

Esa actitud cortante le valió para que el hombre cobrara una expresión severa.

—La deuda de su padre está acumulándose y ya hemos tomado todas las garantías posibles.

Leah recordó la casa de su niñez.

—Bien. Tratamos de contactarnos con su madre pero no dimos con ella así que lo hacemos con usted. A ver, a ver... ¡Ajá! Esta es la cuenta por pagar. La necesitamos saldada para el fin de mes.

El señor con bigote engominado le extendió un trozo de papel con una cuenta que le hizo perder un poco la respiración. Trató de conservar la calma tanto como pudo.

—Cuénteme. ¿Su madre también hace apuestas?

Aquella pregunta fue suficiente para sentir la ebullición de la sangre. Ella lo miró con odio y le respondió:

—Mi madre está muy enferma. He ahí la razón por la que no le contestó.

—Lo siento... Yo...

—¿Hay algo más que desee hablar?

—No.

—Bien. Gracias.

Se levantó, guardó el papel en la mochila y volvió a caminar hacia el subterráneo. Al bajar, se sentó en uno de los largos bancos que había allí. Ya no sabía qué hacer.

Hundió entonces la cabeza entre las manos como para aislarse del mundo. Aunque sabía que aquello pasaría, no estaba lo suficientemente preparada para ello. Bueno, nadie, en realidad.

La mente le daba vueltas y seguía sin dar con la solución. En ese momento, un nombre hizo eco dentro de ella: Reysiel.

Era un hombre ampliamente conocido en la ciudad. Estaba vinculado al juego y hasta se sospechaba que tenía que ver con el tráfico de drogas. Lo cierto es que el dinero no era un problema para él.

Ella trató de desechar esa idea. Sí. Era completamente absurdo pedirle ayuda al tipo más peligroso de Nueva York pero qué más podía hacer. Estaba desesperada y esa era la única alternativa que cada vez tenía más sentido tomar.

Miró hacia el frente y observó a la gente. Unos escuchaban música, otros estaban en grupos, conversando de lo más normal. El universo parecía que le apuntaba con el dedo. Sólo tenía ganas de desvanecerse en la nada.

Se levantó en cuanto miró el tren llegar.

—Rey.

Dijo para sí misma antes de subir.

IV

—Siel, estas son las órdenes de compra para nuevas mesas y aquí están las firmas que autorizan la construcción de otro casino en Las Vegas.

—Excelente. Quiero copia de todo y, por favor, guárdalas en la bóveda.

—Perfecto.

Rey miró su reflejo en el vidrio. Estaba vestido de negro y llevaba la camisa sin abotonar, quería estar un poco más informal que de costumbre.

Tomó entre sus dedos un vaso de whiskey y lo meneó un poco hasta que hizo sonar los cubos de hielo que flotaban en la superficie. Bebió un poco y volvió a concentrarse en la vista de enfrente. Estaba monitoreando todo con calma.

En ese momento, observó a una mujer que caminaba con un andar sensual. Era morena, de cabello negro y las curvas de su cuerpo le hacían lucir un vestido rojo muy ajustado. El escote destacaba los grandes pechos. La cintura marcada, las piernas largas y torneadas. Esa mujer le llamaba como si tuviera un imán.

Dejó el trago y bajó rápidamente las escaleras para encontrarse con ella. La buscó con la mirada hasta que la vio sobre la barra central, justo cuando pedía algo para tomar.

Él se acercó lo suficiente para decirle:

—Este va por la casa.

La mujer hizo un gesto cansino hasta que miró de quién se trataba: el mismísimo Reysiel.

—Guao, muchas gracias. Es bueno saber que alguien sabe cómo tratar a una dama.

—En eso soy un experto. —Dijo él con toda la galantería posible.

Se sentó en una silla junto a ella. Con una mano, apartó un mechón de su cabello castaño claro, y la miró con los ojos cafés penetrantes que tenía. Hizo una media sonrisa para mostrar un poco los dientes blancos y relucientes. Sin duda, era un tipo muy guapo.

Ella no podía creer la suerte de encontrarse con alguien tan poderoso como él.

—¿Cómo has encontrado el lugar? ¿Qué te ha parecido?

—Pues, es lindo. Muy agradable. Con seguridad puedo decir que hasta los tragos lo saben hacer bien.

—Aquí las cosas se hacen muy bien, siendo sincero.

Se miraron por un rato hasta que él le tomó la mano.

—Esto está un poco ruidoso. ¿Qué te parece si nos vamos a un lugar un poco más tranquilo?

—Estaría encantada.

Él la ayudó a bajarse. Pudo sentir la suavidad de la piel de sus manos, supuso en ese momento que sería lo mismo el resto de su cuerpo. Caminaron entonces hasta la salida. Un gran coche negro los esperaba en la entrada.

—Esto sí que es un servicio de calidad.

—Y es sólo el principio.

Antes de subir con ella, le ordenó a uno de los guardias que lo llamaran en cuanto surgiera algún inconveniente. El trabajo siempre tenía un lugar importante, siempre.

El chófer pisó suavemente el acelerador y los llevó hacia la casa de Reysiel. Pasaron por las calles más lujosas de la ciudad. Como era diciembre, era posible ver los adornos y las luces con motivo navideño por las calles e incluso árboles.

La mujer estaba encantada con la vista y con la compañía, por supuesto. Justo cuando pensaba que no podía sorprenderse más. Se quedó prácticamente boquiabierta al ver la gran casa de la colina.

—No me digas que es tuya.

—Ja, ja, ja. Así es.

Dos plantas de concreto y metal, emergían del suelo de manera imponente. La arquitectura era impresionante gracias a la modernidad que exhibía. Al acercarse, los detalles se volvían hermosos.

Había un camino que bordeaba las curvas de la colina y, a los lados, unas luces que servían de guía al mismo tiempo en que estas también iluminaban los arbustos decorativos. Era como adentrarse a un bosque.

Al final, la entrada también estaba coronada por más luces en los techos que daban un ambiente de lujo. El chófer se detuvo junto a la puerta.

—Gracias, Mark.

—A la orden, señor.

Él se bajó y ayudó a su acompañante a hacerlo también.

Rey se acercó a la puerta de madera y paró al frente de un lector de huellas

y otro ocular. Marcó la clave de seguridad y se escuchó un suave clic. La puerta se abrió y ella se encontró con una amplia sala que más bien parecía una galería de arte.

El suelo de madera estaba lustrado, unos ventanales que tenía a su derecha daban con más árboles y arbustos hasta que pudo ver un poco el jardín. Presintió que era más grande de lo que sus ojos percibían. Siguió caminando y se encontró con la cocina con artefactos de última generación, una sala con muebles oscuros y una gran pintura abstracta que coronaba la pared.

Un poco más allá, se encontraba una escalera que llevaba a la parte superior. Ella estaba segura que el área era amplia pero quizás luego tendría la ocasión de verla mejor. Ahora lo verdaderamente importante, era él y su rostro sonriente y pícaro.

—Bienvenida a mi humilde morada. —Dijo él sin una gota de modestia.

—Gracias. Creo que ya habrás escuchado que es un sitio precioso.

—Digamos que sí pero me gusta oírlo de ti.

Rey pensó en ofrecerle una copa de vino y hablar un poco antes de dejarla sobre la cama y romperle la piel. Sin embargo, en ese punto estaba ya cansado de los preámbulos y rodeos, por lo que se acercó a ella y depositó las manos sobre esa cintura que lo seducía desde hacía rato. Ella, por otro lado, apoyó sus brazos sobre los suyos y se inclinó hacia él para besarlo.

Sus labios, suaves y carnosos, la hicieron sentir excitada de inmediato. Mientras lo hacían, Rey la tomaba aún con más fuerza. Estaba a punto de salir a flote otra característica fuerte de su personalidad: su ser Dominante.

Gracias a la fuerza que él ejercía sobre ella, aquella mujer no le quedó más remedio que entregarse por completo.

Las manos de Rey encontraron ágilmente el cierre del vestido, lo bajó lentamente como queriendo causar algún tipo de expectativa en un ambiente en donde se respiraba el deseo.

Al quitarle el vestido, ella sólo quedó con unas bragas negras. Sus pechos se mostraron y le resultaron más hermosos de los que había imaginado. Entonces, sus manos ávidas de lujuria, fueron hacia ellos apretándolos, tocándolos, acariciándolos con fuerza. Los gemidos de su amante se fundían en el silencio y la oscuridad de la casa.

Su boca terminó entre los pezones. Estaban duros, firmes. Los chupaba y lamía a su placer mientras que ella parecía sentir que el cuerpo le fallaría en cualquier momento.

Antes de eso, Rey la tomó entre sus brazos y la llevó a las escaleras. Subió lentamente, mientras la besaba y acariciaba.

El piso superior parecía una especie de laberinto de habitaciones y pasillos. Rey caminó con ella por un pasaje largo y con luz tenue. Unos cuantos más y llegaron a la habitación de él.

El lugar era bastante amplio, de paredes blancas y suelo de parqué. La cama estaba frente a una chimenea por lo que era un lugar particularmente agradable en los días de invierno. Sobre esta, estaban colgados tres cuadros con una estética similar al que estaba en la sala. Cerca de un gran ventanal, estaba una poltrona y una mesa de madera pequeña. Sin duda, una decoración hecha por algún profesional.

Rey dejó sobre la cama a su amante, le acarició las piernas y procedió a quitarle lo último que le quedaba para que estuviera completamente desnuda.

Ella estaba sonrojada y ansiosa por que él se uniera, sin embargo, según los deseos de Rey, esperaría un rato más. Se alejó por un momento para buscar algo para subir un poco más el calor. Como no podía tener una sesión con ella como tal, al menos tomaría algunas cosas para tener una experiencia más o menos cercana.

Se decantó por unas cuerdas negras. Cuando finalmente apareció, ella quiso hablar:

—¿En dónde has estado?

—A partir de este momento soy yo quien tiene el control. ¿Estamos claros?

Ella se quedó por un momento impactada. Sin nada que decir. Al pasar la primera impresión, le gustó el tono de voz y la autoridad con que la habló. Nadie la había tratado así pero quería más de eso.

—Sí, señor.

Ante la afirmación, Rey se acercó hacia las muñecas y comenzó a atarlas colocándolas sobre la cabeza de ella. Se aseguró de hacerlo firme pero no demasiado como para no hacerla sentir incómoda. Cuando se encontró satisfecho, se dispuso a hacer lo mismo pero en los tobillos pero con la intención de que sus piernas quedaran extendidas y así él tendría paso hacia la vulva.

Ella estaba cada vez más y más excitada por lo que parecía encontrarse en un trance. El tacto de él, la respiración que caía sobre su cuerpo, el aliento caliente que le rozaba los labios. Cada cosa la llevaba a tener una experiencia fuera de sí.

En ese momento, cuando pensaba que ya lo conocía todo, sintió la lengua de él dentro de su coño. Rey la sorprendió por completo.

Él se sujetó de los muslos de ella, abrió los labios y sus labios se conjugaron con los de la vagina. La lengua, paralelamente, la penetraba cada vez más. El sabor y el olor de la excitación lo empujaban a seguir en esa faena.

Los gemidos y gritos de la mujer le hicieron pensar que lo estaba haciendo como debía, por lo tanto, continuó hasta el cansancio. Como estaba desesperado, olvidó que aún estaba vestido, por lo tanto, comenzó a desvestirse rápidamente. Quedó desnudo en un santiamén.

Ella pudo observar su verga. Larga y gruesa, marcada por las venas, con el glande rosado y también húmedo. Rey se masturbó un poco sólo para estimularse lo suficiente. Quería hacerla gritar.

Se acostó sobre ella y le besó el cuello. Descendió un poco más hasta que se encontró con esos pechos grandes y redondos. Los sujetó y lamió un buen rato. Con la otra mano, sintió el calor del coño que se volvía más y más intenso. Sostuvo sus dedos allí hasta que notó la humedad que quería sentir. Se los chupó mirándola, desafiándola ya que ella se encontraba limitada por los movimientos.

Dejó de tocarla para volver a los besos como al principio. Entonces, manera inesperada, introdujo su pene. Primero suave, lento. Luego de encontrarse un poco más suelto, lo metió todo hasta hacerla gritas como quería. Ella sólo le restó sujetarse de las cuerdas con firmeza. Cerró los ojos y se entregó al placer.

Los movimientos de la pelvis de Rey conjugaban movimientos rápidos y lentos, ritmos que le hacían disfrutar de ese coño delicioso. Aparte de ello, satisfacía su inclinación como Dominante al tomarla por el cuello, apretándolo, haciéndole ver que incluso tenía el poder en algo tan importante como la respiración. A pesar que era una jugada arriesgada, ella se sintió más excitada aún... Como si no hubiera sido posible poder sentir más.

Siguió penetrándola en esa posición hasta que le desató los tobillos y, con un rápido movimiento, la giró para que sus nalgas quedaran frente a él. Le dio unas cuantas nalgadas y apretó tanto como se le antojó.

Apoyó una de sus manos y con el dedo pulgar, estimuló un poco el ano. Ella siguió gimiendo sin parar hasta que lo introdujo suavemente, muy lento. No quería hacerle daño y sabía que en ese punto debía tener cuidado.

Luego de acariciarla, le tomó por las caderas con firmeza y volvió a penetrarla pero desde atrás. Apenas lo hizo, gruñó por sentir el calor de sus carnes que se rozaban entre sí.

Se encontró follándola con fuerza pero quería hacerlo con más intensidad por lo que la tomó del cabello. Era como una especie de riendas que tenía a su disposición. En esa posición también aprovechó para arañar la espalda y dejarle marcas para que ella, desde el dolor, recordara quién le había demostrado poder.

Después de hacerlo, ella pareció que estaba a punto de llegar al orgasmo. Él todavía tenía algo más por hacer por lo cual volvió a tomarla y la colocó sobre la cama. Le abrió las piernas y la devoró de nuevo al mismo tiempo que le daba algunas palmaditas sobre el clítoris. Ese estímulo hizo que se retorciera más y más. Incluso llegó a vociferar algunas palabras que no entendió.

Continuó hasta que ella no pudo más, acabó en su boca y él aprovechó para beber todos los jugos que expulsó su cuerpo. Aunque ella quedó atontada por aquella intensidad de sensaciones, de inmediato, él colocó una mano sobre el cabello de ella y la llevó hacia al suelo para que le practicara sexo oral.

El pene de él estaba tan duro como piedra, así que estaba muy cerca de explotar. Ella abrió bien la boca y de inmediato se dispuso a chuparlo y lamerlo. Rey le tomó por la cabeza por lo que también reguló la intensidad de aquello.

Hubo un momento que lo hizo con firmeza y se aseguró de penetrarla la boca lo más profundo posible. Ella hizo unas cuantas arcadas pero eso no le importó. Insistió más y más hasta que la mujer lo tuvo prácticamente todo en la boca. Él lo sacó de repente y se deleitó con los ojos lloros, los hilos de saliva que caían sobre los pechos y los cuales también mojaban el pene de él. Estaba tan excitado que incluso le propinó unas cuantas bofetadas.

Siguió entonces en lo mismo hasta que los muslos de Rey comenzaron a temblarle. Estaba a punto de llegar y quiso asegurarse que tendría la mirada de ella concentrada en la suya. Al final, sintió como una corriente eléctrica le atravesaba el cuerpo hasta el pene. Allí expulsó una gran cantidad de semen que terminó sobre el rostro de ella, mojándola.

Fue tan fuerte que Rey tuvo que inclinarse un momento para recobrar el aliento. Como pudo, se incorporó, la ayudó a levantarse y a sentarse en la cama. Seguidamente, entró al baño para limpiarse y hacer lo propio con ella.

Se sentó junto a ella para desatarle los amarres. Mientras lo hacía, se encontró satisfecho de que estos le causaran unas marcas pronunciadas sobre la piel bronceada. Al terminar, la acarició un poco y la ayudó a recobrar la movilidad.

—Hazlo lento, ¿vale?

Ella sólo logró asentir. Todavía tenía el cuerpo cargado de un torrente de endorfinas en el cuerpo. Le limpió la cara y parte del cuello; y hasta se aseguró que no tenía alguna herida.

Cuando finalmente todo estaba listo, se acostaron en la cama. La mujer, gracias al agotamiento, se quedó dormida a los pocos minutos. Rey, por su parte, todavía tenía los ojos como dos platos. Como estaba inquieto, se levantó y fue a la cocina a prepararse algo de comer.

Abrió la puerta del refrigerador y lo encontró exageradamente lleno. Pavo, pollo, frutas, vegetales, botellas de cerveza, pan, mostaza, quesos y hasta caviar. Había un montón de cosas que a veces ni siquiera probaba y que por lo tanto le tocaba tirar a la basura.

Sacó pan, el pollo asado de la otra vez, la mayonesa de su marca favorita y un poco de queso. Las tripas le recordaron que no había comido nada desde el almuerzo. Tomó un plato y colocó el sándwich. Lo acompañó con una botella de cerveza y se sentó en la mesa de la cocina mientras escuchaba el sonido del reloj del horno el cual marcaba los segundos.

Comenzó a comer y sintió que la fuerza le regresaba al cuerpo. Masticaba lentamente, como si quiera tomarse todo el tiempo del mundo para hacerlo. En parte porque quería deleitarse de los sabores y también porque quería hacer tiempo porque sinceramente no quería regresar a donde estaba la mujer. Ya había terminado lo que tenían que hacer y postergar más el asunto era innecesario.

Al terminar de comer, escuchó el ringtone del móvil. Se levantó rápidamente y notó que era uno de los administradores. Era necesario unas cuantas firmas para autorizar el nuevo sistema de seguridad de la bóveda. La excusa perfecta para terminar la noche.

Se levantó rápidamente y subió las escaleras. Tomó un par de jeans del clóset y una camiseta. Al terminar de vestirse, se acercó a la cama hasta la mujer que dormía plácidamente. Le rozó los dedos sobre el brazo para despertarla.

—Debes irte. Tengo cosas por hacer.

—¿No podría hacerlo por la mañana? Estoy muy cansada.

—No, lo siento.

La sequedad del tono contrastó con aquella actitud galante y seductora del casino. Aturdida y de un malhumor evidente, se levantó de la cama y se vistió. Antes de salir, Rey le dijo una última vez:

—No te preocupes. El chófer te llevará a cualquier parte que quieras.

Ella quiso decirle una larga lista de insultos pero no pudo. Sólo le quedó mirarlo con todo el odio posible. No le respondió y se bajó las escaleras con prisa sin volver la mirada. Esa noche, ella confirmó lo que tanto se decía de él. Era un hombre encantador, de buen sexo pero que no le temblaba el pulso al momento de deshacerse de quien le molestara.

Rey quedó a solas, aliviado y listo para trabajar.

V

Leah dejó la computadora luego de investigar todo lo que pudo sobre Rey. Además de todo lo que sabía, descubrió que era uno de los hombres más ricos del país. Sus ojos se iluminaron al leer la información ya que aquello podría ser su salvación.

Luego de leer, se concentró en buscar imágenes para tener una idea más clara sobre su aspecto. Era alto, blanco, de cabello castaño largo, hasta los hombros; ojos cafés y una sonrisa encantadora. Las fotos que veía en la galería, también le dio a entender que tenía buenos gustos a la hora de vestirse.

Se acostó sobre el sofá, no paraba de pensar. Era una idea descabellada pero por otro lado tenía sentido. Necesitaba el dinero urgentemente. Las deudas de su padre, las cuentas de los tratamientos de su madre, más la universidad. Al recordarse eso último, se sintió amargada, acorralada.

—Lo haré. Ya está.

Se levantó y miró el reloj de la cocina. Fue hasta el baño para tomar una ducha y prepararse para salir. Iría al casino para pedir una reunión y así convencer a este tío de que la ayudara.

Mientras el agua caía sobre la espalda, pensaba en las palabras que le diría al encontrarse con él. Para pagar la deuda, vendería todo lo que se pudiera en la casa. Incluso, quizás recibiría un buen pago por los libros de la universidad. Luego buscaría un trabajo y le pasaría una mensualidad. Sí. Eso es.

Al terminar, fue a la habitación y sacó unos pantalones negros, una blusa blanca escotada en la espalda y unas sandalias altas. Luego de vestirse, se peinó hacia atrás haciéndola ver más elegante y al mismo tiempo, severa.

Se sentó frente al espejo del tocador, y se maquilló ligeramente. Un delineado suave en los ojos y rojo en los labios. Era más que suficiente para destacar los hermosos rasgos de su cara.

Confió en sí misma y en su argumento. Confió en que las cosas saldrían como quería y que tendría el tiempo suficiente para pagar. No paraba de decirse a sí misma que todo se solucionaría favorablemente.

Escribió la dirección en un Uber y en cuestión de minutos, llegó el coche para buscarla. Al montarse, el corazón le latía a mil por hora.

Rey, a diferencia de otras noches, no se encontraba en su oficina. Estaba sentado en una mesa solo, fumando y leyendo contratos como de costumbre. La obsesión por el trabajo era tal porque tenía el temor latente de que perdería todo lo que había logrado si se descuidaba.

Revisaba los libros contables y encontró que era necesario maquillarlos más para que no levantar las sospechas del fisco. Siguió leyendo con cuidado, hasta que hubo algo que capturó su mirada.

La costumbre le hacía sospechar de cualquier cosa que se moviera, así que se levantó en modo de alerta. Recogió los papeles en el suelo, se quitó los lentes y caminó hacia aquello que le había llamado la atención. No encontraba nada hasta que la vio.

La espalda desnuda, la postura recta, el cabello corto hacia atrás y la mirada asustada. Era ella a quien estaba buscando.

La mujer estaba sentada sola, algo que le pareció extraño tratándose de alguien cuya belleza era impresionante.

Leah pidió un Martini fingiendo que sabía de tragos. Lo cierto es que miraba a cualquier tipo que le pareciera remotamente parecido a Rey. Comenzó a tamborilear los dedos hasta que sintió una sombra tras ella.

—¿Le invito un trago?

Era él.

—¿Sr. Reysiel?

La pregunta descolocó un poco a Rey. Por lo general, aquellos bajo su mando lo llamaban Rey, sus amigos íntimos sólo Siel pero su nombre completo le hizo pensar en las formalidades que a veces le incomodaban. Sin embargo, eso también quería decir que ella quizás se presentaba con otra intención.

—Sí. Soy yo. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito hablar con usted. Es algo muy importante.

—Está bien. ¿Qué te parece si vamos a mi oficina? Así hablaremos más cómodamente.

—Perfecto.

La ayudó a levantarse y se percató de su altura. Tenía un porte de mujer segura. Algo que le resultó mucho más atractivo.

Entraron a la oficina y Leah se impresionó con la elegancia del lugar. Esto le confirmó, además, que Rey sí contaba con los recursos para ayudarla... Si es que accedía, por supuesto.

—¿Algo de beber?

—No, gracias.

Rey la observó con cuidado. A pesar del nerviosismo que mostraba, no temía en mirarle a los ojos sin problema. Así que comenzó a pensar en las intenciones de la muchacha.

Se sirvió un Bourbon y se sentó en la silla de cuero frente a ella. Bebió un trago y le preguntó:

—¿Qué se te ofrece?

—Mire, me apena tener que hacer esto pero es una situación desesperada. Hace unos días, un señor me entregó un registro de todas las deudas de mi padre. Un golpe muy duro puesto que también tengo que lidiar con los gastos del hospital de mi madre y mis gastos de la universidad.

Rey se echó para atrás.

—... Sé que no es un prestamista. Y sé que tiene todo el derecho de echarme cuando le plazca pero créame que no tengo a quien recurrir. Hemos vendido tanto como hemos podido y el tiempo se me acaba, señor.

Lo último lo dijo ahogando el impulso de llorar. Los ojos enrojecidos así como la expresión de desesperación, fueron dos cosas que no pudo ocultar. Esa chica estaba al borde de un colapso.

Rey dio otro sorbo de licor al mismo tiempo que le hacía una señal a su guardia para que le extendiera una pequeña servilleta a Leah.

—¿Cuál es tu nombre?

—Leah.

—A ver, Leah. Ha sido muy valiente de tu parte el venir para aquí. Supongo que las cosas no estarían nada sencillas para que me dijeras todo esto.

Ella asintió.

—...No tengo problema en ayudarte. Es más, podría firmarte un cheque ahora mismo con el monto que me digas y así solucionamos esto. Sin embargo, quiero que estés consciente que todo tiene su precio, ¿no?

—Sí, lo sé.

—Bien. Entonces, te preguntaré esto porque no quiero que haya confusiones. ¿Estás segura? ¿Tanto lo necesitas?

Ella lo miró de frente, como si reuniera toda la fuerza de su cuerpo para hablarle.

—Sí. No tengo nada más qué pensar. Lo necesito. Lo necesitamos.

Bajó la cabeza hasta llevar la mirada a los pies. Una lágrima corrió por su mejilla. Estaba realmente preocupada por las cosas.

Por otro lado, Rey, quien no estaba acostumbrado a este tipo de escenas, despachó a los guardias para que los dos se quedaran a solas. Dejó el vaso sobre el escritorio fino de madera y se sentó en la silla junto a ella.

—Este es el número de mi administrador. Quiero que le adjuntes toda la información pertinente sobre los gastos y deudas que tengas. Además, veremos qué podemos hacer para desvincularte de tu padre. Es obvio que ese señor no le interesa tu situación así que hay que pensar en el futuro, ¿no te parece?

—Sí, señor. ¿Cómo podría pagarle?

La pregunta definitiva y que él estaba esperando.

—Aún no lo sé pero pronto se me ocurrirá algo. Mientras, comunícate lo más pronto con él para que soluciones la situación.

Ella le extendió un papel.

—Este es mi número. Estaré atenta ante cualquier eventualidad.

—Perfecto. Bien, Leah. Nos veremos pronto, tenlo por seguro.

No le respondió ya que sólo su cerebro pudo concentrarse en la buena noticia. Por fin tendría los medios para ayudar a su madre y alejarse de la sombra de las cuentas de su padre. No obstante, ella no tenía idea del precio que tendría que pagar.

VI

Leah no podía creer lo que tenía en sus manos. Aquel trozo de papel le hizo experimentar una agradable sensación de alivio como hacía rato no sentía. El administrador de Rey, le dio todas las instrucciones de lo próximo que debía hacer. Ella trató de concentrarse pero la euforia se le brotaba por los poros. Era algo que iba más allá de sí misma.

—Cualquier inconveniente que tengas, no dudes en llamarme.

Extendió la mano y se despidió. Leah tuvo que espabilarse.

Fue directo a un banco para cobrar el dinero. De allí, pagó al prestamista de su padre e inmediatamente se desvinculó de él. Ya no quería cargar más con ese peso muerto. Hizo lo propio con el hospital y la universidad. Al final del día, estaba exhausta pero tranquila. Todo se solucionó más rápido de lo esperado.

Para celebrar, compró un par de cervezas que llevó al piso. Las puso a enfriar y su buen humor fue suficiente para poner un poco de música y prepararse un plato de pasta. A ese punto, sentía que podía salir a la calle y regalar abrazos a todo el mundo.

Al sentarse a esperar a que el agua hirviera, tuvo una especie de presentimiento. Algo que le advirtió que pronto se aproximaba algo inminente. Permaneció sentada, tranquila hasta que escuchó el móvil.

Se levantó al darse cuenta que el agua estaba lista y que la pasta estaba a punto de servirse. Miró el móvil y resultó un número desconocido. Abrió el mensaje y un frío le heló la espina.

“Hola, Leah. Es Rey. Me gustaría que nos viéramos para hablar sobre lo que está pendiente. Espero que sepas a lo que me refiero. Mañana en el restaurante italiano en la 5ta Avenida. Mi chófer irá a buscarte a tu casa. En cuanto puedas, envíame la dirección. Saludos”.

Por un momento quiso huir, total, ya había gastado el dinero y había hecho lo que debía. Así que podría ir a su habitación, tomar una valija y depositar unas cuantas prendas de ropa. Las necesarias para tomar viajar con rapidez. Se confundiría con las masas, con los rostros comunes y desaparecería... Pero no. Claro que no. Había mucho que la ataba así que no podía renunciar como en su fantasía. Por alguna razón, esa deuda era mucho más importante.

Así pues que apagó la hornilla, coló la pasta y la sirvió en un plato. Sobre ella, un poco de salsa en una bolsita que había comprado en el supermercado. Se sentó en la mesa y apoyó la cabeza sobre la mano. Miró el plato con el contenido humeante. Tomó un trago de cerveza hasta que dejó la botella sobre la mesa y hundió entre los hilos de pasta. Comenzó a comer por obligación más que por placer.

La cita le producía cierto grado de aprehensión, por lo que trató de relajarse tanto como pudo. Cuando se acercó la hora, tomó una rápida ducha para luego vestirse y prepararse. Como se trataba de una zona exclusiva de la ciudad, escogió un vestido negro largo, unas sandalias bajas doradas, y un abrigo ligero.

Estaba volviéndose cada vez más ansiosa a medida que las horas avanzaban. No sabía el tipo de propuesta que tendría. Aun así, no se negaría. Desde el momento en que se encontró con él, sabía que estaba adentrándose en un mundo muy diferente, como el que veía en las películas.

Por otro lado, Rey le parecía un hombre atractivo como misterioso. Recordó la forma en cómo la miró durante todo el tiempo que duró la reunión. Los ojos cafés concentrados en ella, concentrados en cada palabra que decía.

La expresión severa pero tranquila. Era algo que a ella le intrigaba y que también parecía atraparla. Supo que él sabía que estaba nerviosa, como si tuviera consigo una especie de lector humano.

Se encontró riéndose de aquello hasta que escuchó el móvil. El chófer estaba abajo esperándola.

Luego de un rápido saludo, fueron camino a la 5ta Avenida. A Leah le resultaba curioso cómo una ciudad tan grande como esa tuviera unas zonas tan contrastantes. Por ejemplo, en donde ella vivía, una zona más o menos residencial, repleta de coches y caos.

Ahora, estaban en uno de los lugares más concurridos por los ricos y famosos. Un sitio repleto de tiendas de diseñador, hombres y mujeres elegantes, cafés y restaurantes para los paladares más exigentes. Todo aquello era un mundo que le hacía sentir que siempre estaba fuera de lugar.

Despejó la mente cuando aparcó el coche.

—Aquí es señorita.

—Bien, muchas gracias.

Salió de coche y se encontró con la fachada de lo que parecía un restaurante de larga data. No obstante, se veía elegante por lo que le alivió

saber que iba acorde con el ambiente.

Entró y le comentó al anfitrión que la estaban esperando.

—Claro, claro. El señor Reysiel. Por favor, pase adelante.

Ella bordeó la fila de mesas adornadas con velas y comensales que hablaban muy juntos. La música de fondo era el sonido de las copas chocando y de un hombre que tocaba alguna canción en el piano. Siguió hasta que él le señaló el lugar.

—Pronto me reuniré con ustedes para tomar su orden.

Rey se levantó de la silla y la miró con una sonrisa que ella no pudo descifrar.

—Bienvenida y gracias por venir, Leah.

Le tomó el abrigo y lo colocó cerca de ella.

—No conocía este lugar. Es precioso.

—Lo es, ¿cierto? Cada vez que puedo, vengo, siempre y cuando los negocios me den un respiro.

Ella sonrió políticamente, sólo a la espera de recibir la sorpresa. De repente, un mesero se acercó a los dos y les colocó los menús sobre la mesa.

—Ah, aquí sirven una langosta con salsa de orégano que es deliciosa. ¿Te gustaría probarla?

—Sí, claro, claro.

Todo estaba en italiano así que ella sólo podía inferir sobre los ingredientes y los platos. Se sentía más intimidada aún.

—También me traes el vino que te comenté hace rato, ¿vale?

—Por supuesto, señor.

Se retiró y quedaron de nuevo los dos. Solos.

Aunque lo ocultaba perfectamente, Rey estaba internamente emocionado y perdido entre la belleza de Leah. Sabía de la ansiedad de ella, pero le restó importancia. Lo que había que destacar era cómo los ojos verdes parecían dos esferas de luz en medio de la noche. ¿De dónde pudo salir una criatura como esa?

Lo cierto es que, luego de esa reunión que lo tomó por sorpresa, sólo hizo que pensara más y más ella. Su mente estaba repleta de cada detalle que pudo observar durante esa charla de una hora. Así que estaba más que decidido cómo sería el método de pago para saldar esa ayuda que él tan amablemente le proporcionó.

—Bien, sé que tenemos un asunto pendiente así que no daré más rodeos.

Pero primero, ¿pudiste resolver lo que necesitabas?

—Sí. No hubo problemas. La verdad es que no sabe el alivio que ha sido para mí. Gracias, de verdad.

—Pues, me alegra. Hablé con el administrador y me comentó que satisfactoriamente pudiste desvincularte de tu padre. Así que no habrá problemas en el futuro. Supongo que eso para ti también es otra buena noticia.

—Sí, sin duda.

Ella no pudo dejar entrever un poco de impaciencia. Sin embargo, Rey consideraba esto como una especie de juego, como si tomara todo el tiempo del mundo para jugar con su presa hasta el momento de decidir de devorarla.

—Es una suma importante de dinero, Leah. Aunque tengo lo que tengo, no quiere decir que menosprecie cada centavo. Así que, cuando hago una inversión importante, me gusta recibir algo del mismo valor... O incluso más.

—Entiendo...

—Estupendo. ¡Ah!, aquí viene la comida.

Un par de platos descendieron ante sus miradas. Por un lado, Rey estaba fascinado con los aromas y la presentación pero Leah ya estaba al borde de un colapso. Antes de dejarse llevar, respiró profundamente y pensó que era necesario mantener la compostura.

—Todo luce estupendo.

Ella concentró la mirada en la de él. Así que mantuvieron una especie de comunicación sin decir palabras. Rey tomó el cuchillo y el tenedor y picó un trozo de langosta recién cocida.

—La vida consta de placeres, Leah.

Siguió comiendo hasta que dejó los utensilios en el borde del plato.

—Lo que quiero es que seas mía. Mía de manera incondicional. Tanto así, que cuando si te pido que vengas a las 2:00 de la mañana, así lo harás. Mía a tal punto que seas mi esclava.

Ella no supo qué decir. Justo en ese momento, el mesero le servía un poco de ese vino prometido.

—Te gustará, lo sé.

No sabía a qué se refería exactamente. Así que tomó la copa con fuerza y dio un largo trago. Él sólo sonrió.

La cena transcurrió con un poco de tensión. Esta era, sin duda, una situación completamente nueva para él por lo que estaba disfrutándolo tanto como podía. Pero no era lo mismo en el caso de Leah. Estaba confundida, era

como si tuviera una mezcla de sentimientos: alivio, miedo, desconfianza. Además, había otro pequeño detalle, era virgen y no sabía cómo lo tomaría él. Entonces, ¿qué hacer?

—Has estado callada y eso me preocupa un poco. Háblame.

—Eh... No sé muy bien qué decir. Supongo que estaba preparada para otra cosa. No lo sé.

—Tiene sentido, pero algo me dice que hay otra cosa que no has dicho. Venga, Leah. Somos dos adultos y podemos hablar con franqueza. Creo que lo he dejado bastante claro, no crees.

Él sonrió ligeramente. Ella tomó un poco de aire y lo miró fijamente.

—Soy virgen. Nunca he estado con un hombre, no sé aquello que habla la gente sobre la intimidad y temo que... Temo que esto afecte lo que hemos hablado.

Ahora quien no tenía nada que decir era Rey.

Permaneció en silencio ya que tenía la cabeza dándole vueltas. No entendía cómo una mujer como ella, tan bella, tan inteligente, no conociera las maravillas del placer y del amor. Esto, por si fuera poco, le produjo un morbo como nunca antes había sentido. Nunca tuvo la oportunidad de estar con alguien remotamente cerca.

—Vale. Entiendo lo que me dices. No te preguntaré al respecto ya que tendrás tus motivos. Pero, ya que estamos en esta onda de confesiones, yo también tengo algo que compartir.

—¿Qué pudiera ser? —Se preguntó ella.

—Dominante, sumisa, esclava, BDSM... ¿Te suenan estas palabras?

Leah pareció un poco extrañada.

—Pues, la única referencia que tengo al respecto son los libros de El Marqués de Sade. Supongo que son cosas relacionadas.

—Pues sí. El término “Sadismo” viene de Sade. Pero supongo que ya sabías de eso. —Ella asintió— Bien, en pocas palabras, me gusta tener el control en la cama, Leah. Me gusta dominar y hacerle saber a la persona con quien estoy que soy yo el que tiene el poder. El poder de hacerte llegar las veces que me dé la gana, el poder de prohibirte algo, el poder de pedírtelo sin esperar una negativa.

—Comprendo.

—No comulgo con el control mental ni psicológico. Creo que eso es cruzar un límite muy peligroso, además innecesario. —Se acercó a ella

lentamente- No haría nada que no quisieras porque todo, absolutamente todo, se habla y se llega a un consenso. Sería incapaz de hacerte daño... A menos que lo quisieras.

Leah observó una especie de fulgor en sus pupilas. Un brillo que actuó sobre ella como un imán. Su instinto le decía que lo intentara, que lo hiciera. No tenía nada que perder.

—... Así que no te preocupes. Los dos hemos compartido información sensible, por decirlo de alguna manera. Todos tenemos de eso, Leah. Todos tenemos esa oscuridad. No lo olvides.

Ella tragó fuerte tratando de asimilar todo lo que estaba pasando.

—Esto no es negociable. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Lo único que te prometo es lo que te mencioné anteriormente. Respetaré tus límites y haré todo el esfuerzo para que entiendas este mundo. Soy un tío que sabe lo que hace. Te lo puedo garantizar.

En ese instante, su mano se posó sobre la mejilla suave y tersa de Leah.

—No comprendo cómo alguien como tú esté aquí conmigo. Desde que te vi, supe que las cosas cambiarían drásticamente en mi vida.

Ella no supo qué decir, así que Rey se acercó hacia sus labios y la besó dulcemente. Instintivamente, Leah se sobresaltó pero enseguida quedó bajo el placer de los besos de él. Sus bocas estaban fundiéndose en una sola hasta que ella sintió el calor de la lengua de Rey buscando la suya. La chupaba un poco, sólo un poco; suficiente para tentarla, para provocarla, para incitarla y llevarla hasta la locura.

El trance se rompió cuando él se separó un poco de ella.

—Podemos seguir esto en mi casa. ¿Qué dices?

—Está bien.

Alzó la mano para pedir la cuenta y esperó por unos minutos. Mientras, se dedicó a acariciarle la mano y mirarla... Más bien admirarla.

Salieron y se subieron al coche. El corazón de Leah latía a mil por hora, mientras que Rey estaba ansioso por poseerla. En el camino, no paraba de pensar en cómo sería tomarla entre sus brazos.

No quiso esperar más por lo que se acercó a ella para volver a besarla. Cuando supo que las cosas estaban calentándose, pisó el acelerador para ir más rápido. Podía sentir cómo el bulto de su entrepierna estaba volviéndose cada vez más y más duro.

Internamente, Leah estaba lidiando con un torbellino. Los besos de Rey la encendían. Incluso pudo sentir cómo el coño le palpitaba con fuerza. Por una parte, no supo muy bien a qué se debía todo aquello pero luego comprendió que era motivo de la excitación. Además de las palpitaciones, también experimentó el calor de sus fluidos. En ese punto, moría por tocarse... O que él hundiera la cabeza entre sus piernas.

Aparcó el coche en medio del silencio. Rey bajó para luego ayudarla, así que le abrió la puerta y le tomó la mano. Estaba conteniendo las ganas de tomarla con fuerza y dejarla sobre la cama. Pero no, ya habría tiempo para ello.

Por suerte, los dos estaban lo suficientemente excitados, así que no habría ese momento incómodo entre los dos. De hecho, a él le pareció extraño que no se sintiera así con ella. Más bien le daba una sensación de estar tranquilo y en confianza. Algo que indudablemente quería.

Marcó el código de la puerta y esta se abrió a los segundos. La belleza del lujo de la casa de Rey, aplastó un poco los ánimos de Leah. Le vino a la mente todas las penurias y el dolor que tuvo que enfrentar. Las incontables maromas para pagar, más las veces que tuvo que privarse de algún gusto.

Ahora estaba allí, con un hombre que la atraía como si este tuviera una especie de imán en el cuerpo. Cada caricia que le hacía, le recordaba que el sentido de la vida debía ser ese, el de unirse con otro y fundirse, perderse en los límites de la piel.

Él cerró la puerta y se encontraron con la mirada de la expectativa. Ella sonrió tímidamente, hasta que dijo:

—Lo siento, no sé muy bien lo que debo hacer. Todo esto es tan nuevo para mí que temo quedar como una tonta.

—Nunca quedarías como una tonta, Leah. Jamás... Y con respecto con lo de hacer, déjame que yo me preocupe por eso.

Puso sus manos sobre la cintura y la atrajo hacia sí. Volvió a besarla pero, esta vez, con una fuerza que sólo reservó para ese momento. Mordió sus labios, su lengua se adentró para encontrarse con la de ella. Fue inevitable escuchar los gemidos de ella, así como sentir la respiración agitándose. Un poco más, sólo un poco más y la tendría lista para él.

Siguieron entregándose, de pie y en medio de la sala oscura. Rey quiso tocarla aún más así que una de sus manos acarició la larga y suave espalda, mientras que la otra se quedó sobre esa cintura divina. Hubo un punto en que

su propio ser iba a descontrolarse por lo que se separó de ella y la miró fijamente.

—¿Estás segura de esto? ¿Quieres continuar?

—Sí... Sí quiero.

Experimentó una ola de alivio que le hizo soltarse más. Así que usó un poco de esa fuerza contenida y la usó para desvestirla. Estaba desesperado por saber cómo serían sus carnes, cómo serían las texturas de su piel.

Encontró el cierre del vestido y lo bajó lentamente. Escuchó cómo este cayó al suelo mientras seguía besándola. Se apartó para verla y sintió como si hubiera descubierto un precioso tesoro. Los pechos eran pequeños pero adornados por pequeñísimas pecas que lucían como estrellas en el cielo. Su cintura fina servía de preámbulo de aquellas caderas anchas y las piernas largas. El abdomen plano enmarcaba el coño que, a ese punto, debía estar suplicando por él.

Con sus manos, bajó las bragas de seda y miró la piel de ella erizándose ante el roce. Siguió besándola y acariciándola. Quería tratarla tan suave y dulce como era su aspecto.

Ella se apoyó de los hombros anchos y fuertes de él. Al acercarse, sintió el bulto duro entre sus piernas. Rey comenzó a quitarse parte del traje ya que sintió la ropa era la prisión que no lo dejaba expresarse como quería. Entonces, al tener sólo los pantalones, tomó a Leah entre sus brazos y la llevó hacia el piso superior.

A medida que subía los escalones, tuvo retener el impulso de llevarla hacia la mazmorra. Un lugar dedicado exclusivamente a darle rienda suelta a la imaginación, humillación y control. No, todavía no. Todavía faltaba para eso. Ya llegará el momento.

El oscuro pasillo avivó la ansiedad de Leah. Estaba asustada y sintió por primera vez la necesidad de irse de allí.

—Tranquila, todo está bien.

Se suavizó un poco por las palabras de Rey.

Él, como pudo, subió el interruptor para que la habitación quedara completamente iluminada. Ella dejó de mirarlo para observar en lugar en donde se encontraba. Le pareció una habitación acogedora y muy elegante, no podía esperar más de eso.

Depositó su cuerpo sobre la cama. Dejó que ella se acomodara mientras él se quitaba los últimos restos de ropa. Leah, quien estaba allí, mirándolo,

estaba abrumada por lo que estaba experimentando.

Pareciera que su cuerpo sabía exactamente lo que tenía que hacer pero, por momentos, le costaba procesar todo lo demás. Su mente estaba un poco más atrás. En ese instante, sintió el calor del aliento de Rey.

—Deja de pensar tanto. Concéntrate en sentir.

Ella asintió y lo miró con timidez. Luego se encontró con la desnudez de su cuerpo. Indudablemente, se trataba de un hombre con una estampa que sería la tentación de cualquiera. Era tan blanco como ella pero su piel se moldeaba a las formas de los músculos que había ganado gracias al ejercicio.

Al ponerle un poco más de atención, no obstante, constató que también tenía algunas cicatrices. Supuso que fueron objeto de algún enfrentamiento. Ese tipo de hombre debía tener cualquier cantidad de historias al respecto.

Él se le acercó a ella con una actitud suave pero con una mirada que escondía un deseo indescriptible. Rey estaba indeciso porque sólo quería hacerle experimentar una serie de sensaciones.

Primero lo primero, como se trataba de una mujer muy diferente a la que había estado, procuró llenarla de besos... Y así fue. Primero en la boca y después el resto del cuerpo. A medida que bajaba, Rey sentía que estaba paseando por las fronteras de un mundo prometido. Cada roce de sus labios era garantía de que ella se estremeciera, de un temblor que denotaba miedo pero también placer.

Poco a poco, siguió así hasta que llegó a los huesos de las caderas. Estos se erigían sobre la piel como un par de mesetas y sus dedos eran los valientes exploradores en esa tierra virgen y deliciosa. Sus labios se detuvieron allí hasta que los llevó al coño. El calor que este desprendía le hizo abrir más la boca para encontrarse con el clítoris que ya estaba enrojecido y erecto.

Un primer toque fue suficiente para que ella gimiera con fuerza. La lamó con dulzura y paciencia.

Leah se sostuvo de las sábanas, era lo único que le recordaba que la ataba a la realidad porque de hecho, sentía que su cuerpo flotaba por los aires. No había forma de describir esa sensación. Era una mezcla de dolor y placer, una conjugación que parecía imposible que ocurriera... Pero así fue.

Cerró sus ojos y ablandó el cuerpo. Experimentó las caricias de ese hombre mucho más experimentado que ella, vivió cada sensación para que se quedaran grabadas en la piel y en la memoria.

Rey cada tanto se detenía para saber cómo estaba Leah. Sólo obtuvo las

reacciones que quería puesto que observó en ese rostro puro y perfecto, ese enrojecimiento propio de la excitación. Así pues que siguió hasta que sintió que su pene no podía más. Estaba tan duro, tan firme, que prácticamente cualquier roce le haría explotar.

Se incorporó un momento para tomar un respiro. En ese momento, aprovechó para levantarse y buscar algo que sabía que sería un acto atrevido sobre todo para ella pero que su instinto le decía que valía la pena probar.

Buscó un par de cuerdas con textura suave, hizo que ella extendiera sus brazos y por consiguiente, la sujetó a un par de postes no muy altos de la cama. Ella sintió un poco de temor pero era de ese que provocaba cuando toca experimentar cosas nuevas. Leah depositó su confianza en él, plenamente.

—¿Estás bien?

—Sí...

Volvió a besarla para calmarla un poco más. Después, echó su cabello hacia atrás para que los mechones no le interrumpieran la vista. Le sonrió y se montó sobre la cama para finalmente penetrarla.

Rozó primero el glande sobre su clítoris. Suave. Lento. Seguidamente, se acomodó para introducirse en ella. A medida que lo hacía, observó los gestos de dolor y los pequeños sonidos de incomodidad y excitación. Se aseguró que lo hacía con delicadeza, no quería lastimarla.

Ella cerró con más fuerza sus ojos. El dolor que sentía no era tan extremo como había leído en los artículos de Internet. Los foros de mujeres en los que tanto estaba en secreto, encontró cualquier tipo de descripciones. Tuvo miedo porque pensó que el sexo era una especie de tortura. Pero increíblemente no le pareció así.

Era una locura que un tío con un aspecto tan rudo y distante, tuviera las maneras correctas para tratarla, para cuidarla. Sus manos estaban fijas en el marco del rostro, sus ojos se concentraban en los suyos, la boca le regalaba un sinfín de besos. El dolor físico se mezcló con algo más que no pudo definir.

Un último empujón le hizo perder la virginidad por completo a Leah. Ella manifestó un gritito y dejó la tensión de las piernas. Estas rodearon el torso de Rey para que él estuviera más dentro de sus carnes. Sus manos atadas, buscaban acariciarlo en el vacío de los gestos. Ellos hicieron que sus cuerpos se convirtieran en uno solo.

No sólo era una experiencia única para Leah, sino también para Rey. El calor de su coño, la humedad, los aromas de su piel excitada, los ojos llorosos

por el placer. Cada aspecto de esa intimidad se calaban también en su ser.

Esa intensidad abrasadora le hizo perder por un momento la compostura para llevar la fuerza de sus manos sobre las muñecas de ella, ejerciendo más presión. Era algo natural para él dejar en claro que era el Dominante en cualquier momento y situación.

Siguió follándola. A ese punto su pelvis hacía ese movimiento sensual hasta que lo hizo un poco más fuerte y rápido. Se sintió seguro de ir más lejos puesto que sintió que era lo ideal.

Sus manos fueron hasta sus muslos para abrirlos un poco más, de esta manera, ella lo sintió aún más. Gimió un poco más, mucho más en realidad. Estaba sometida a esos placeres y no sabía cómo iba a continuar sin desfallecer.

De repente, los muslos y piernas de Leah comenzaron a temblar. Rey lo interpretó como ella ya estaba lista para dejarse llevar por el orgasmo. Así que siguió dentro de ella pero hizo algo más. Humedeció un poco el pulgar y lo llevó hasta el clítoris. Una doble estimulación que le hizo sentir a ella una especie de electricidad que la consumía poco a poco.

Desde la planta de los pies hasta la última hebra de cabello. Leah albergaba una especie de bola de fuego. Quería hacérselo saber y lo hizo por medio de los gemidos y los gritos. Él, mirándola con la lujuria, sonrió y comenzó a desatarla con rapidez. Quería liberarla.

Al hacerlo, ella buscó aferrarse a sus hombros y se quedó allí hasta que abrió la boca para decir algo aunque no pudo. Finalmente se dejó vencer y un chorro de líquido empapó el pene de Rey.

Temblando aún, Leah se quedó en la cama admirando a Rey. Él quiso hacerle lo que consideraba un regalo, así pues que esperó un poco más, extrajo su miembro y explotó sobre su torso suave. Las gotas de semen se esparcieron hasta llegar incluso al nacimiento de su cabello. Era un espectáculo para sólo para sus ojos.

Poco a poco, extrajo su miembro de ella. Leah sintió un poco de dolor pero luego alivio. Sin embargo, tenía ganas de continuar. Acalló el deseo y esperó a que Rey se levantara. Él, antes de hacerlo, volvió a tomarle el rostro con delicadeza.

Rey tomó las cuerdas y se las llevó consigo en el mismo sitio en el baño. Las dejó en un pequeño cajón y buscó entre las cosas, algo para limpiar. Al mirarse al espejo, se sorprendió no encontrarse con una sensación de premura

o incomodidad. Más bien estaba tranquilo. La compañía no lo perturbaba sino más bien le agradaba. Ella le hacía sentir conforme.

Se encontró con ella quien todavía estaba cansada. Se acercó suavemente y limpió todo lo que pudo. No obstante, le extendió la mano y la llevó hacia la ducha.

Leah no tenía palabras, así que prefirió mantener el silencio. Se adentró en la ducha y esperó pacientemente para reunirse con él. Rey abrió las llaves y dejó salir el agua caliente que sirvió para que los dos se relajaran. Entre las gotas y las manos de Rey, Leah estaba siendo cuidada como nunca. Por un momento pudo olvidar todos los problemas que sufría y que todo aquello se trataba de una deuda. Más bien se sentía lo contrario.

Rey le enjuagó el cabello y la piel. Le rozó con una esponja con un jabón suave. Ella, mientras, se mantuvo en su regazo en todo momento. Gracias a la intimidad que se formó allí, los dos comenzaron a besarse de nuevo, a tocarse y a mirarse como queriendo retomar lo que dejaron en la cama.

La boca de Rey fue hacia el cuello de Leah, quien a su vez, lo sostenía del cabello. Sus manos la tomaron por la espalda y cintura, hizo que los dos se acercaran aún más. Siguieron besándose hasta que él la cargó de repente y la colocó sobre la pared. Tuvo el cuidado de plantarse bien, no quería que sucediera algún accidente.

Como pudo, acarició los labios vaginales y el clítoris. Masajeó un poco hasta que escuchó los gemidos de ella. Al final, su pene, ya duro como una roca, lo introdujo de nuevo en ese maravilloso mundo.

Esta vez sí imprimió un poco más de fuerza. Al tenerla allí, al presionarla contra la pared, tuvo más control sobre los movimientos. De nuevo, salía a flote su ser Dominante.

Colocó su cabeza sobre el cuello de ella mientras la follaba. Las piernas de Leah rodeaban su torso con fuerza, tanto para mantener el equilibrio como para aferrarse a él. Tanto como pudiera.

En ese punto, ella no sentía dolor ni incomodidad. De hecho, las embestidas de Rey le hacían sentir que lo quería con más fuerza, con contundencia. Poco a poco descubría que le gustaba eso de ser dominada y controlada. Por supuesto, había mucho más que aprender.

Leah gemía en el oído de él por lo que Rey sentía la urgencia de adentrarse más y más, sin embargo, aquello también lo desesperaba, a tal punto, en que se concentró en la sola idea de correrse en el rostro.

Como era una idea que se estaba volviendo casi en una obsesión, para dejarla a un lado, la bajó y le hizo arrodillarse. No hizo falta palabras para hacerle entender lo que tenía que hacer. Entonces Leah tomó con cierta timidez el pene de Rey. Lo hizo desde la base y lo miró por un momento.

Quedó fascinada por las venas, los relieves de su piel, el glande húmedo por el agua y por sus fluidos. Por instinto, llevó sus dedos hasta allí y acarició suavemente, aprovechando la viscosidad. Supo que lo hacía bien cuando alzó la mirada y lo encontró mordiendo los labios. Volvió a concentrarse en lo que tenía en sus manos y hasta sintió cómo él le sostenía por el cabello con fuerza.

Así pues que sin más preámbulos se lo llevó a la boca. Luego de un beso, ella lo introdujo lentamente dentro. Dejó caer sus manos y las apoyó sobre los muslos. Su cabeza hacía un movimiento suave y uniforme, hasta que se encontró más segura de sí misma y lo hizo con un poco más fuerza.

Él la tomó después para que fuera más profundo. Al lograrlo, exclamó un gemido tan sexy que hizo sonreír a Leah. Ella, internamente, también descubrió que disfrutaba dar placer con su boca, no sólo por los gestos de él sino también por las sensaciones que percibía entre sus labios. Desconocía que, además, esto era uno de los tantos gestos de sumisión.

Continuó hasta que él volvió a tomarla. Quería metérselo con urgencia por lo que hizo que quedara de espaldas a él. Las manos de ella se apoyaron sobre la pared, haciendo que se arqueara la espalda y expusiera un poco las nalgas.

Estas se veían suaves y muy provocativas. Rey, al verla así, aprovechó para darle unas cuantas nalgadas. Al principio, lo hizo con suavidad pero luego lo hizo con fuerza, haciendo que se marcara la palma de la mano.

Al terminar, se apoyó de sus caderas y lo empujó con fuerza. Leah exclamó un fuerte grito que incluso hizo que casi perdiera la fuerza de sus piernas. Follaron con la intensidad de dos personas que se desearon desde un principio, como si fueran amantes que se reencontraban luego de pasar tiempo separados. Eran un par de almas que por fin se hallaron para compartir ese instante. Sus vidas estaban destinadas a eso.

Al mismo tiempo, gimieron desde la visceralidad del sexo. Leah se sostuvo de una de las manos de Rey y él hizo lo mismo pero desde sus caderas. Enterró aún más las manos en ese cuerpo que le volvía loco.

Aún en ese trance de locura y lujuria, Rey se acercó a ella para decirle algo muy corto pero contundente:

—Lo harás cuando yo diga... Vamos. Aguanta un poco.

Sabía que estaba jugando con fuego, ella todavía tenía una serie de sensaciones por experimentar por lo que esto era un riesgo. Pero qué más daba, le serviría de muestra para que viviera algo que no había tenido oportunidad. Algo que, de paso, le ayudaría a comprender las dimensiones entre la relación que estaba formándose entre los dos.

Leah estaba al borde de la desesperación. Aunque sabía que su deber era acatar la orden de su nuevo Amo, no sabía cómo lo iba a lograr. En definitiva era algo imposible.

Cerró los ojos para esperar, para concentrarse en que no debía hacerlo ahora sino después, cuando él quisiera.

—Así es... Así es. Muy bien.

Escuchó en uno de sus oídos. O pensó que había escuchado. A ese punto no lo tenía muy claro. Aunque parecía que lo tenía controlado, realmente no era así. Volvió al principio y a las ganas de explotar. No podía contenerse más.

—Por favor... Por favor.

—Te dije que esperaras.

Le dio una nalgada que le hizo retorcerse un poco.

—Tienes que entender que yo soy quien manda.

—Sí...

—¿Sí qué?

—Sí, señor.

—Muy bien.

Como castigo, llevó uno de sus dedos y lo posó sobre la vagina. La frotó con fuerza e incluso le dio unas cuantas palmadas. Paralelamente, Leah se estremecía cada vez más. Esos estímulos ciertamente sólo la desesperaban aún más.

El método pareció funcionar. Por lo que Rey siguió penetrándola con fuerza hasta que finalmente pronunció las palabras mágicas.

—Hazlo... Córrete que sé que lo quieres.

—Sí... Oh Dios, sí...

Lo hizo con más fuerza aún y así, en un instante, ella se corrió de nuevo con él adentro. Fue tan intenso que casi cayó al suelo de no haber sido por los reflejos de su Amo. Él la sostuvo tanto como pudo hasta que también eyaculó. Los hilos de semen dibujaron cualquier serie de patrones sobre su espalda e incluso el cuello.

Por suerte, estaban todavía en la ducha por lo que terminaron de bañarse y salieron. Rey encontró una bata y se la colocó suavemente.

—Espera un momento. —Le dijo.

Después de varias horas, Leah finalmente se vio en el espejo. Estaba todavía agitada, con hambre pero feliz. Extrañamente feliz. Se sorprendió un poco al darse cuenta que había perdido la virginidad con uno de los hombres más poderosos de la ciudad.

Por si fuera poco, a pesar de aquella fama de tipo intimidante y mujeriego, criminal y peligroso, Rey se presentó ante ella con una personalidad diferente. Quizás se debió a que este fue su primer encuentro. De seguro las cosas cambiarían con el paso del tiempo.

Él procuró de acomodar el cuarto. Cambiar las sábanas por unas nuevas y recoger la ropa. Sin saber muy bien por qué, estaba empeñado en hacer un ambiente más agradable y cómodo para Leah.

—Ven.

La llevó de la mano de nuevo a la cama.

—¿Tienes hambre? ¿Se te apetece algo?

—Sí... Creo que hasta había olvidado que tuvimos una cena copiosa.

Los dos rieron.

—Tienes razón. Déjame bajar un momento y te preparo algo, ¿quieres?

—Sí, pero, ¿puedo acompañarte? Me da un poco de temor estar sola.

Rey se conmovió por la respuesta y asintió.

Él tomó un par de pantalones de pijama y una franela; y se dispusieron a bajar hasta la cocina. Ya no hubo nervios ni tensión. A Rey le pareció irónico que esa sensación de soledad que le producía el refrigerador lleno, ahora había desaparecido. Tenía tantas opciones que no sabía por dónde comenzar.

—A ver, tengo pan, queso... Mmm, frutas... Yogurt. Cerveza y un paquete de fideos instantáneos.

—Creo que el yogurt y frutas estarían bien.

—Excelente. —Sonrió.

Rey no estaba acostumbrado a tener visitas y menos servirles. Más bien lo hacían a él y en ambientes más formales. La situación de ese momento fue toda una sorpresa, sin duda.

—Aquí tienes.

—Vaya, estas fresas y duraznos se ven muy frescos... Y deliciosos. ¿En dónde los compras?

—Te mentiría si te dijera un lugar. En realidad las compras las hacen por mí.

—Entiendo.

Ella se llevó degustó un bocado.

—Sí, exquisito.

Él se sentó frente a ella mientras comía. Todos los placeres del mundo no se comparaban a ese momento. Ni un poco.

—¿Estás bien?

Leah no pudo evitar sonrojarse.

—Sí... Lo estoy. Gracias.

—Cuéntame. ¿Qué tiene tu madre?

—Tiene cáncer de estómago. Pasó años ocultando la enfermedad hasta ahora. Todo se puso peor después de enterarnos que mi papá puso una hipoteca en la casa como garantía para pagar sus deudas. Allí no hubo punto de retorno. —Miró el envase de yogurt- Creo que es la primera vez en mucho tiempo que no pienso en los problemas. Y si te soy sincera esto me hace sentir culpable.

—¿Por qué?

—Porque se supone que debo estar con ella, cuidándola.

—Tienes que tener momentos para ti también, Leah.

Se sintió extraño en darle un consejo a alguien tan diferente a él. En el poco tiempo que tenía conociéndola, Leah representaba el extremo opuesto. Era honesta, dulce, dedicada. Cada gesto suyo le hizo comprender que no quería mancharla con las atrocidades del mundo que pertenecía.

—Lo sé. Pero así son las cosas.

—No pienses en ello.

—¿Por qué BDSM?

Él no supo qué responder en un momento, hasta que tragó fuerte.

—No lo sé. Supongo que tiene que ver con el hecho de que siempre me ha gustado tener el control de las cosas. El dominar. No sólo en la intimidad sino también en todos los aspectos de mi vida. Es una especie de necesidad. No sé si me entiendes.

—Perfectamente.

—Pues, así es. Gracias a ello pude escalar poco a poco. Ganar el respeto de los personajes más turbulentos de la ciudad y hacerme un nombre. Inicialmente quería salir de la miseria y obtuve mucho más que eso. Por eso no

me costó entender la situación en la que te encontrabas. Sé lo que es estar en un callejón sin salida.

Era la primera vez que desnudaba una verdad de esa manera. Dejó entrever un aspecto muy oscuro de sí mismo a una completa desconocida. Leah lo miró en silencio.

Estuvieron un rato así, compartiendo una especie de comunicación sin palabras. En otras ocasiones, él siempre tenía el impulso de alejarse pero esta vez no quería. Pudo haber congelado ese instante de poder hacerlo.

—Vamos a descansar.

Ella se levantó del desayunador y volvieron a subir las escaleras. Al acostarse sobre la cama, cerraron los ojos compartiendo los mismos sentimientos: confusión y alegría.

VII

Luego de esa noche intensa, Rey tuvo que ausentarse por los negocios. Leah tomó sus cosas y la llevaron a casa. En el trayecto, recibió un mensaje de él diciéndole que pronto se verían, así que estaba como en una nube.

Al llegar a casa, tomó un baño, se cambió y fue al hospital. Aunque estaba de muy buen humor, tuvo el presentimiento de que las cosas no estaban tan bien.

Antes de entrar a la habitación, un médico le detuvo para decirle que tuvieron que inducirle el coma. Al parecer, el tratamiento fue inútil por lo que los síntomas se agravaron. Sólo le dieron un pequeño porcentaje de mejoría.

Leah se sentó sobre la cama junto a ella. Aunque estaba preparada para una noticia de este tipo, no pudo evitar las lágrimas. Lloró profusamente, en el silencio de la habitación, escondiendo el dolor que esa pérdida le podría causarle.

Se arrepintió por no haber pedido ayuda antes y por creerle las veces que le decía que estaba bien. Su madre soportó y aguantó todas aquellas palabras por largos años sin darse cuenta del daño que estaba causándose.

Permaneció allí un buen rato.

VIII

Rey miró el libro de cuentas con atención. Subrayó algunos números importantes y continuó leyendo. Aparentaba estar concentrado hasta que su mente quedó interrumpida por la imagen de Leah sobre su cama. El cuerpo de ella moviéndose debajo del suyo, las palabras y los gemidos que se escurrían de su boca perfecta.

Los detalles se avivaron a tal punto que no pudo soportar la idea de aguantar más tiempo sin ella. Así que dejó los lentes sobre el escritorio y tomó el móvil. Tacleó velozmente para decirle la urgencia que tenía por verla. Al poco tiempo, Leah respondió y quedaron en verse en el piso de ella. Antes de irse, revisó que tuviera consigo algo que quería usar para ese encuentro.

No tardó demasiado tiempo en dar con la dirección. Incluso olvidó que Nueva York era una ciudad increíblemente grande y que eso traía los contrastes típicos de un lugar como ese. El vecindario en donde ella vivía era más terrenal y sin los lujos típicos de los ricos.

Al aparcar el coche, encontró la figura de Leah quien lo esperaba a pocos metros. Se bajó y fue directo a su encuentro. No obstante, pudo notar el rostro compungido de ella.

—¿Qué ha pasado?

—Mi madre.

Fueron al piso y Rey se encontró en una dimensión. El lugar lucía mucho más familiar y cálido a diferencia de su casa. Miró las fotos familiares y hasta un par de dibujos infantiles que hizo Leah cuando era pequeña. Siguió paseándose hasta que ella le invitó una taza de café.

—Está en coma. Los médicos dijeron que el tratamiento no funcionó. Siento que el mundo se me viene encima.

—Lo siento. Lo siento muchísimo de verdad.

Realmente lo lamentaba sobre todo al ver los ojos llorosos de Leah. Por primera vez se sintió impotente. Ante esto, le tomó las manos y le dijo:

—Mejor me voy. No quiero ser una molestia.

—No, no. Quédate. No quiero estar sola, por favor.

Ella se sentó sobre sus piernas y se aferró a sus hombros, acurrucándose un poco.

Estuvieron así un rato hasta que ella lo miró fijamente. Observó el brillo de los ojos y hasta pudo leer las ganas de estar juntos. Entonces le tomó el rostro y lo besó suavemente.

—Quiero estar contigo así...

Él aprovechó para sostenerla con fuerza y responderle el beso. No quería aprovecharse de la situación por la que estaba pasando así que le preguntó:

—¿Estás segura?

—Siempre.

Siguieron tocándose y acariciándose como si no hubiera un mañana. Rey se levantó de la silla para abrazarla y abarcar su delgado cuerpo. Estuvieron de pie hasta que ella le tomó la mano y lo guió hasta la habitación.

Al encontrarse allí, siguieron besándose hasta que Rey comenzó a desvestirla poco a poco. Quedó desnuda y ella hizo el gesto de hacerle lo mismo a él.

—No. Tú te arrodillas.

Ella asintió y le hizo caso. Él, por su parte, se quedó de pie aún vestido. Comenzó a quitarse el traje salvo por los pantalones. Al quedar el torso despejado, le miró con severidad:

—Chúpalo.

Con gesto delicado, bajó el cierre del pantalón. Mientras lo hacía, sintió la dureza de su bulto por lo que aprovechó masajearlo un poco. Lo provocó aún más hasta que él le sostuvo el cabello con fuerza.

—Hazlo.

Finalmente lo hizo. Sus labios primero acariciaron la base hasta la punta. Con suavidad y dulzura. Más tarde, lo tomó con firmeza para llevárselo a la boca. Se lo introdujo y degustó otra vez ese pene delicioso. Le gustaba tenerlo dentro y empapararlo con su saliva.

Se lo sacaba y se lo metía con fuerza. Mientras lo hacía, él estaba impresionado por la habilidad que había adquirido y por la pasión con que lo chupaba. Instintivamente, la sostuvo con más fuerza para follarla por la boca. Quería hacerla suya por todos los lados.

—Ahora mastúrbate así. Mientras me lo chupas.

Ella bajó la mano hasta su vagina y comenzó a tocarse al mismo tiempo que lo lamía. Se daba unos cuantos golpes sobre el clítoris y gemía de placer. Rey, mirándola desde su posición, se excitó aún más.

Cuando sintió que ya no podía soportarlo, la colocó de pie y se apartó

para sacar un pequeño collar de cuero con pequeños tachos de metal. Se lo colocó rápidamente y conectó una cadena corta del mismo material de los tachos. Lo tomó con una de sus manos e hizo que caminara hasta la cama.

—En cuatro.

Se posicionó sobre su cama y esperó lo próximo que vendría. Él terminó de quitarse las últimas prendas y quedó de frente a ese vista tan placentera. Permaneció un rato allí hasta que se arrodilló y comenzó a lamerla desde atrás.

Rozó su lengua desde los labios vaginales hasta el ano. Saboreó y disfrutó de la textura de aquel botón perfecto. Sus dedos ansiosos por jugar, también la acariciaron al mismo tiempo que la devoraba.

Apretó las nalgas, las juntó más, enterró la cabeza para perderse en ella. La fuerza que le imprimió sus caricias la transportaron a otro lugar. Al terminar, se levantó y sostuvo de nuevo la cadena. La haló hacia sí y ejerció un poco de presión, como buscando jugar con su respiración.

Ella hizo un esfuerzo por levantarse un poco por lo que arqueó la espalda un poco más. En ese momento, sintió cómo el pene de Rey se adentró entre sus carnes, abriéndose paso con fuerza y determinación.

La folló como un animal salvaje, la dominó como quiso hacerlo desde un principio. Aunque todavía tenía ciertas reservas.

Siguió penetrándola, sosteniéndose de las carnes de sus caderas, de la piel. Leah estaba perdida en las sensaciones que experimentaba. Era la sumisa de Rey, o al menos así se sentía.

Él cambió de posición, se sentó sobre la cama e hizo que ella lo hiciera sobre su pene. El rostro de temor de Leah le hizo decirle:

—Tranquila...

Le besó y le ayudó a descender sobre su regazo. El pene erecto fue adentrándose en la vagina de Leah. Ella no pudo creer que lo sintiera más en esta posición. Estaba tan excitada que casi perdió el equilibrio, por lo que Rey le haló la cadena para hacerla reaccionar.

Al ya acomodarse, Leah esperó un momento para moverse. Su inexperiencia la hizo sentir un poco intimidada pero gracias a la excitación, dejó de pensar en ello para concentrarse en el placer que quería sentir y hacer sentir. Sus caderas comenzaron a moverse, el ritmo lo impuso la cintura.

Rey la ayudaba al apoyarse en una de sus nalgas. Hacía que ella fuera adelante y hacia atrás, rápido o lento, todo según cómo se sintieran los dos. De

repente, Leah se separó un poco de él para colocarse en cuclillas. Comenzó a dar pequeños saltos en medio de la euforia.

Ella enterró sus uñas sobre los hombros de Rey, él gimió del dolor pero le gustó ver cómo ella se encontraba más y más suelta. Así que también dejó libre un poco su salvajismo y procedió a tomarla por el cuello. La sostuvo con fuerza, apretándola un poco para asfixiarla. Aquel juego le resultaba increíblemente excitante para él.

Siguió saltando hasta que volvieron a cambiar de posición. La colocó sobre la cama y la miró fijamente.

—¿Tienes una vela y un encendedor?

Ella pareció sorprenderse.

—Eh... Sí, sí. En la cocina.

—No. No te muevas. Yo iré por las cosas.

Rey se levantó de la cama con prisa. Buscó como si la vida se le fuera en ello. En ese instante, encontró los dos objetos muy juntos, como si estuvieran esperándolo.

Finalmente fue de nuevo a la habitación y habló con severidad.

—Probemos esto. Recuerda, si no te sientes cómoda, avísame que me detendré.

—Sí, señor.

Le gustó saber que ella todavía estaba en modo sumisa. Así pues encendió la vela y puso a sus dedos a jugar con la llama. Dejó de hacerlo hasta que observó la cera acumulándose. Esperó un poco más. Dejó el encendedor cerca y la miró.

—Recuerda lo que te dije.

—Sí, señor.

Con cuidado, vertió un poco de la vela sobre una de sus piernas. De inmediato, escuchó el quejido de dolor de Leah. Continuó al ver que podía soportar un poco más. Volvió a verter en la otra extremidad y se encontró conforme con las marcas rojas que se estaban formando en la piel.

Al ver sus piernas, tuvo la tentación de hacer lo mismo sobre el torso y hasta los pechos. Lo hizo con delicadeza puesto que la intención era causarle la combinación perfecta entre dolor y el placer.

Después dejó la vela sobre una mesa que tenía cerca, admiró lo que había hecho con su cuerpo. La fijación de marcarla se volvió casi en una obsesión. Así que se encontró satisfecho con lo que hizo.

Leah le miró suplicante, quería más de él. A ese punto, Rey actuaba como una especie de droga para ella. Nunca era suficiente.

Rey hizo que se levantara para llevarla a una pared. Ella estaba mentalmente entregada a su hombre. Le abrió las piernas estando de pie. Se colocó frente a su rostro y comenzó a masturbarla con fuerza. Introdujo sus dedos hasta que por fin escuchó el líquido que comenzó a expulsó su coño.

Ella puso los ojos en blanco a medida que sentía las caricias. Rey se puso de rodillas sin dejarle de mirar. Abrió su boca y comenzó a comerla. Leah, impresionada, sólo le restó responderle con gemidos y gritos. Ciertamente la boca y la lengua de Rey no tenían igual.

Las lamidas se volvieron intensas por lo que ella comenzó inmediatamente a suplicar.

—Por favor... Por favor.

—Espera un poco más.

Siguió comiéndosela hasta que por fin le ordenó que se corriera. Rey concentró los ojos a los de ella y sintió como su coño expulsó los líquidos gracias al orgasmo. Su cuerpo tembló cada vez más. Esa intensidad le hizo también que se le erizara la piel.

La tomó entre sus brazos y la llevó a su cama. En silencio, se acomodó sobre la misma superficie a la altura de su cintura, de tal manera que su pene quedó frente a ella, muy cerca de su cara.

Él comenzó a masturbase poco a poco hasta que tuvo una serie de espasmos que le dieron a entender a Leah que Rey estaba cerca de tener un orgasmo. Finalmente, expulsó aquellos fluidos que cayeron en los labios y rostro de ella. Leah, también contagiada por el éxtasis de él. Relamió sus labios.

Optaron por acostarse uno junto al otro en la habitación de Leah. Rey tuvo la oportunidad de observar aquel microuniverso que era ella. Las paredes blancas decoradas con afiches de películas y portadas de discos.

El pequeño clóset de madera con puertas corredizas cerradas salvo por un pequeño espacio que dejaba entrever un poco la ropa que solía usar. Le llamó la atención que, considerando que tenía un cuerpo que envidiarían algunas mujeres, ella se sentía más cómoda usando jeans y zapatillas deportivas.

Detalló la organización de sus libros y de algunos objetos geeks. Un escritorio con una laptop viaja y un par de cuadernos y lápices. Todo limpio pero con la sensación de que estaba así más por desuso.

Ella apoyó la cabeza sobre el pecho desnudo de Rey. Por primera vez se sentía segura. De hecho, los dos se sentían así.

IX

—Tenemos un problema grave. El fisco nos está siguiendo los pasos. El pago que hicimos no sirvió de nada. Además, retuvieron una mercancía en la aduana estatal. Eso podría representar una pérdida importante durante este mes.

Los ojos de Rey estaban concentrados en los informes que tenía sobre el amplio escritorio.

—¿Qué han dicho los congresistas?

—Que nos apoyarán tanto como puedan.

—Gilipollas.

Los negocios no estaban pintando bien. Desde hacía un par de meses, Rey detectó una fuga de capital y la lenta respuesta de sus contactos en la policía hacía todo más engorroso. Por si fuera poco, recibió una especie de propuesta que más bien sonó a oferta que debía tomar. Surgió un comprador interesado en el casino.

Por varios años, permaneció blindado por las relaciones con políticos y policías. Sin embargo, sintió que lo estaban dejando solo. Por suerte, era un hombre que solía tener una opción bajo la manga.

Aunque eran noticias amargas, no podía quitarse a Leah de la cabeza. El pequeño asomo de su rostro y sus maneras, le proporcionaba cierta esperanza. Se alejó un poco del escritorio y miró uno de los cajones. Allí guardaba el collar que le quería dar como símbolo de la unión Dominante y sumisa. Ahora, con todo lo que estaba pasando, no sabía cuándo se le presentaría esa oportunidad.

Tanto él como su mano derecha, permanecieron sentados pensando en la próxima estrategia. Las cosas estaban tomando color de hormiga.

Se levantó con decisión y miró fijamente a su administrador.

—Tenemos que llegar al fondo de esto.

Los dos extrajeron un gran archivo con los documentos de transacciones anteriores. Desde el primer día en que Rey comenzó el casino, el plan era lavar el dinero que había logrado por medio de la venta de drogas. Al terminar, ya no tuvo la necesidad de mezclarse con ese negocio por lo que restauraría su imagen con un establecimiento legítimo.

No obstante, fue objeto de investigaciones del fisco y hasta de la policía federal. Pasó varios años evadiéndolos y disfrazando las cifras. A pesar de todo el cuidado que puso, no obtuvo los resultados que quería.

Tras varias horas de encierro y una botella de Jack Daniel's, Rey se detuvo frente al ventanal que le permitía ver al resto del casino. Respiró profundo y miró ese prendedor de oro que tenía en el traje como siempre.

—Creo que tendremos que tomar medidas drásticas.

X

Tras largos años de lucha, de silencio y dolor, la madre de Leah murió durante la madrugada. Ella quiso pensar que ese coma en el que estuvo en los últimos momentos, realmente se trató de una transición hasta que encontró la paz, finalmente.

Permaneció sentada sobre la cama, mirando la nada, queriendo abrazarla por última vez. Lloró en silencio y, a medida que lo hacía, sintió que la aplastaba la realidad. La sensación se incrementó más cuando tuvo que buscar sus cosas.

—Querida, te ayudaremos con los arreglos del funeral. No te preocupes.

—Lo lamento mucho.

—Ella ya se encuentra en un lugar mejor.

Las palabras que le decían le parecieron vacías. Un acto cortés que la gente hace en situaciones como esa. Ahora, más que nunca, necesitó de Rey. Ansiaba refugiarse en sus brazos y así olvidarse del mundo.

Fue a casa en el mismo autobús que solía tomar. Posiblemente sería la última vez que lo haría. En él, iba cualquier cantidad de personas, algunas con la misma expresión de ausencia que de ella, mientras que otras preferían olvidarse del mundo a través del paisaje que veían en la ventana. Ella sintió que el mundo se frenó de repente pero que al mismo tiempo seguía. No tuvo palabras para definir exactamente a qué se debía eso.

Bajó en la parada con una pequeña caja de cartón. Allí se encontraban las batas de flores que le compró, un par de paquetes de galletas, una botella de agua a medio tomar, un libro, un foto en donde salían las dos sonriendo forzosamente y unas flores que le había llevado para levantarle el ánimo. Su madre estaba allí y al mismo tiempo no.

Abrió la puerta del piso y el lugar se sintió increíblemente grande. Respiró profundamente y se dejó caer en el suelo. Para colmo, su padre trató de comunicarse con ella; insistiéndole en un encuentro que Leah veía innecesario. No tenía ganas de actuar con decencia y menos con la persona que le produjo tantos dolores de cabeza.

Se quedó allí hasta que escuchó el pitido del móvil. Lo ignoró por un momento, no quiso saber de él hasta que el sonido persistía en el ambiente. Se

levantó de mala gana. Lo tomó entre sus manos y lo revisó. Al ver la pantalla, sintió una especie de ola de alivio. Rey quería estar con ella.

“Quiero verte. ¿En dónde estás?”.

Deseó que no fuera en esa casa, ya que la no la sentía como suya. Todo lo que veía era su madre.

Quedaron en verse en un café a unas pocas calles. Como era fin de semana, era normal ver un mar de gente que iba y venía. Mientras caminaba, observaba a la gente que pasaba junto a ella. Las risas, las sonrisas, las conversaciones casuales, las agarradas de mano, los helados y los gestos de alegría de los niños. Cada cosa se sentía como un golpe directo al estómago.

Tenía claro que aquello sucedería. Se convenció a sí misma que quizás esa era la solución. Sin embargo, era una situación diferente el pasar por la situación. La mente aún tiene que procesar tanto y el cuerpo también. La sensación de vacío era tan grande que tuvo que sentarse en un banco al mismo tiempo que hacía un esfuerzo por no derrumbarse ahí mismo.

Rey dio con ella desde la distancia. El instinto le dijo que debía acercarse a ella lo más pronto posible porque algo estaba mal. Atravesó velozmente la calle y la gente. Al final, se sentó suavemente a su lado.

—¿Qué pasó?

Ella, giró los ojos para encontrarse con los suyos.

—Ha muerto.

Se quedaron en silencio en medio de la algarabía. Leah le resultó irónico que se encontrara en tal situación cuando por dentro estaba destrozada.

Él se colocó a su lado y ella le respondió apoyando su cabeza sobre el hombro. Permanecieron así un buen rato.

Cuando el sol comenzó a ocultarse en el horizonte, Rey se levantó y le extendió la mano.

—Vamos a mi casa.

Ella la tomó y caminaron más hacia el centro. La noche también daba paso a la celebración y el ánimo de los dos era lo opuesto. Se subieron al coche de él, y comenzaron el camino hacia la gran casa.

Rey estaba preocupado por ella. Por lo general, Leah tenía un espíritu animado y optimista, sin embargo, esa no era la ocasión. De hecho, tenía la vista hacia la ventana, como si afuera se encontrara algún tipo de respuesta.

Por otro lado, él también tenía sus propios problemas y no sabía si sus planes representaban una buena idea. Mientras tomaba el volante, reflexionaba

sobre la decisión que había tomado horas antes. Por más vueltas que le daba, estaba seguro que era la mejor opción; así que sólo le restaba concentrarse en los momentos que compartiera con ella.

En poco tiempo, aparcaron frente a la casa. Bajaron en silencio y se adentraron como de costumbre, salvo que esta vez no había hambre de cuerpos, ni pasión. Más bien existía una especie de dolor compartido y quisieron mantenerlo así.

Leah, apenas cruzó el umbral, sintió como si el peso del mundo cayó sobre sus hombros. Las piernas no podían más y justo en ese momento, Rey se ofreció para llevarla.

Subieron las escaleras y se encontraron en la habitación de él. Dejó que se acostara sobre la cama y que permaneciera allí. Él bajó de nuevo para darle un trago, de alguna manera así se sentiría mejor consigo misma al percibir el calor del licor bajando por su garganta. Gracias a que la noche estaba un poco fría, le sirvió un brandy que guardaba para momentos críticos y este era uno de ellos.

Lo calentó un poco y lo sirvió en una copa. Subió y la encontró sentada con la expresión neutra.

—Toma esto. Te hará bien.

Ella asintió y bebió un trago. El calor del brandy la abrasó y le hizo sentirse mucho mejor. Tomó el resto y dejó la copa en una mesa que tenía cerca. Volvió a apoyarse sobre los hombros de Rey.

—Gracias.

Alcanzó a decirle con una voz débil. Él le acarició el cabello y el rostro. Llegó a ver una lágrima que le corrió por la mejilla. Se sintió aplastado por aquella muestra de tristeza. Estaba tan acostumbrado a la dureza de su ambiente, que se olvidó que existía la vulnerabilidad. Incluso en sí mismo.

—Quiero darte algo.

Ella se incorporó.

—¿De qué se trata?

Rey se levantó de la cama y fue a la mesa que se encontraba en el otro extremo. Extrajo una pequeña caja, esa misma que guardó en la oficina y que pensó mientras revisaba los estados de cuenta. Finalmente, decidió dárselo para recordarle el compromiso que habían adquirido. Para Rey, hacía rato que aquello dejó de ser el pago de una deuda, de hecho se convirtió en algo más.

Se acercó a ella, abrió la caja cuadrada y le mostró lo que había en el

interior: un collar fino y dorado.

—En el BDSM, esto significa que la relación entre el Amo y la sumisa es oficial. Es un vínculo que nada ni nadie podrá romper a menos que ellos lo decidan. En cada momento que estuve contigo, sentí una conexión como nunca antes y siento que esta es la mejor decisión para los dos. Además, Leah, esto no se limita en la cama, también es un compromiso que personalmente quiero llevar más allá. Ser el compañero que mereces.

Ella estaba impresionada. Ciertamente también había sentido lo mismo pero no pensó que fuera prudente decirle. Ahora, estaba allí, en la habitación de él, escuchando unas palabras que le llegaron en el alma. Necesitaba compañía y Rey se la dio. Quería sentirse protegida y así se sentía con él.

Tomó el collar de la caja y se colocó en el cuello, él se adelantó para abrocharlo y notó que le había quedado tal y como lo había imaginado.

Leah se levantó y quedó de pie, junto a él. Se abrazaron y se besaron dulcemente. Rey deseó que ese instante no se acabara.

Más tarde, los dos se quedaron dormidos. Leah incluso roncaba mientras que Rey, a pesar de tener los ojos cerrados, tenía una sensación que lo obligaba a sentirse en estado de alerta. Finalmente se levantó de la cama y comenzó a andar por la habitación con ansiedad. El momento de tomar acciones drásticas, había llegado.

Se comunicó con uno de los suyos advirtiéndole que el golpe debía hacerse en la mañana. Al cabo de unos minutos, quienes trabajaban para él o sus súbditos, como llegó a pensar en un momento, respondieron afirmativamente. Sus hombres estaban siempre preparados para la acción.

Apagó el móvil y se sentó en el borde la cama. Miró a Leah, miró la paz que emanaba su cuerpo y deseó encontrarse allí, quedarse allí. Fue hacia una pequeña mesa, tomó una hoja y lápiz y escribió una rápida nota. Algo que no procurara demasiada información sobre todo para protegerla.

La dejó a su lado y se fue, dejándola sola.

XI

Leah se despertó con el sonido de los pájaros en el exterior. Se levantó con una sensación de pesadez pero con al menos la satisfacción de que había descansado algo. Al abrir bien los ojos, se percató que no estaba Rey. No se preocupó, al menos no de inmediato.

Caminó por la habitación hasta que decidió bajar las escaleras. Nada. Un silencio pareció consumirla en ese instante. Volvió a subir para buscar su móvil y fue allí cuando vio la nota que estaba a poca distancia de donde estaba. La tomó con nerviosismo y comenzó a leer.

“Debo ausentarme por un tiempo. Todo lo que ha pasado en las últimas semanas, ha sido una sorpresa para mí y sé que para ti también. Es mejor que no me contactes. Podría ser muy peligroso para ti. Cuando termines de leer esto, destruye la carta. Me comunicaré contigo en cuanto pueda. Recuerda el compromiso que tenemos ahora. R.”

Leah cayó sobre la cama. Se imaginó a sí misma recibiendo una bala de cañón. Otro golpe más. En ese momento, reflexionó sobre algo que había obviado. Reysiel era un criminal. Sin suda, aquella desaparición forzada se debió a eso.

Llevó sus manos sobre la cabeza y sintió que el mundo le daba vueltas. Deseó con fervor que él estuviera bien.

Esperó un poco más y se preparó para irse. En la misma carta, ofreció que uno de los chóferes la llevara pero era mejor declinar esa oferta. Por su seguridad y la de él. Al bajar, fue a la cocina, encendió una de las hornillas y quemó la carta tal y como él le pidió. Miró cómo las llamas consumieron lentamente aquel trozo de papel. Con sus dedos tocó el collar que todavía tenía puesto.

Cerró la puerta tras ella y comenzó a caminar. Era la mejor opción que tenía entre sus manos.

Después de ese día, Leah no pensó que pasaría tanto tiempo desde la última vez que se vieron. Incluso se dio la oportunidad de conversar con su padre y de escuchar la versión de la historia. Al final concluyó que todo aquello fue en vano y que más bien fue una pérdida de tiempo.

Vendió el piso en donde vivía con su madre y con el dinero, compró un

lugar mucho más pequeño pero más cerca del centro. Con lo que sobró, se permitió hacer un curso de administración y secretaría. No era la universidad pero al menos estaba conformando poco a poco los cimientos para una mejor calidad de vida.

A pesar de los avances que estaba experimentando, aún seguía pensando en él. Lo único que pudo saber sobre Rey, lo vio por las noticias, en donde señalaban una especie de matanza de los líderes más importantes de la mafia de la ciudad lo que produjo también la caída de figuras de políticos hasta miembros de la policía. El escándalo no se quedó allí. Hubo juicios más la intervención de Asuntos Internos. Todo ese espectáculo representó el hazmerreír de las instituciones y de lo que se creía de la justicia y el orden.

Mientras la gente se espantaba por lo que decía los medios de comunicación, Leah internamente pedía comunicarse por él. Los reportajes que salían al respecto, lo comprometían como uno de los autores de semejante desastre, pero no lograban dar con él. Aunque sabía que aquello estaba mal, ansiaba su bienestar.

Luego de un arduo día de trabajo, caminaba en dirección al edificio en donde vivía. Mientras se acercaba, observó que alguien la miraba desde la entrada. Extrañada, desaceleró el paso como para darse tiempo para huir. Pero no podía, su cuerpo parecía estar atraído por una fuerza invisible. El rostro cobró más y más sentido. Era Rey.

Él estaba apoyado en una columna, oculto en la sombra que le daba un árbol. Ella, mientras, corrió hacia él con todas sus fuerzas. Al encontrarse de frente, no supo bien qué hacer. Rey tomó la iniciativa.

Fue hacia su rostro y le dio un largo beso. Se sintió como si no hubiera pasado el tiempo.

—Ha pasado demasiado... Demasiado. ¿En dónde has estado?

—Es una historia muy larga.

—Ven, vamos a casa.

Pasaron por el lobby y se dirigieron hacia los elevadores. Mientras estaban allí, no paraban de abrazarse ni de besarse. Rey sintió que estaba con la persona correcta, que la espera y las dificultades, se resumieron en ese instante.

Al entrar, ella lo ubicó rápidamente en el sofá y lo miró impaciente.

—Hablaban de ti en las noticias.

—Lo sé. Por eso no pude comunicarme contigo antes. Estaban husmeando

mis pasos como unos sabuesos. Fue un infierno.

Ella temió hacerle esa pregunta.

—¿Es cierto?

—Algunas cosas sí.

Leah sabía con quién estaba metiéndose. Así que prefirió quedarse callada y esperar a que él se sintiera cómodo y confiado de decirle todo los detalles.

—El mismo día en que me despedí de ti, tuve que saldar algunas cuentas. Sinceramente fue una decisión inminente y necesaria. En algún momento iba a suceder. Lo cierto es que no tuve oportunidad de explicártelo mejor y me sentí como un patán, pero tampoco quería arrastrarte a esto y menos por el momento en que estabas pasando.

—Estuve muy preocupada por ti.

—Y yo por ti. Temí por que los federales te contactaran o algo peor.

—Me citaron porque obtuvieron unas grabaciones en donde aparecía hablando contigo. Fue la vez que hablé contigo en el casino, ¿recuerdas?

—Claro que sí.

Se miraron con complicidad. Sin embargo, Leah estaba preocupada por el futuro.

—¿Qué pasará ahora?

—Debo irme. Las cosas aún están tensas. Cayeron los peces gordos y los federales no perderán oportunidad en investigar a cualquiera.

Ella se quedó pensando. A pesar de las cosas que había logrado, en la tranquilidad de su nueva vida, comprendió que era imposible separarse de él otra vez.

—Llévame contigo.

Rey abrió bien los ojos -¿Pero qué dices? No sabes lo peligroso que sería para ti? ¿Los riesgos que tendrías que pasar? Dejarías todo, Leah. Todo.

Ella guió la mirada por las esquinas del piso, por la madera gastada, el calentador que no funcionaba, la esquina de la sala con la marca de filtración del mes anterior. Observó también las fotos en donde aparecía su madre, aquella sonrisa apacible y tranquila. Lo cierto, era que todo aquello que quería y conocía se había ido. Aprendió a ser una persona desprendida y más desde la muerte de su madre.

—Llévame contigo.

Repitió las palabras con calma y sin dar marcha atrás. A pesar de que quedar demostrado que él era un hombre peligroso, que sus métodos eran

arriesgados. Aun así, Rey representaba algo más. Las veces que había estado con él, su instinto le repitió que debía seguirlo.

Él le tomó el rostro entre sus manos para persuadirla, sin embargo, se topó con el brillo del collar. El mismo que le había regalado. Comprendió que Leah estaba dispuesta a todo y que gracias a ella, recuperó algo de su humanidad.

La besó con ternura y la tomó para sí. Comenzó a acariciarla con suavidad y pasión. Había pasado tiempo, mucho tiempo desde la última vez que se vieron. Desde que la divisó en la distancia, no pudo esperar hasta el momento para ser suyo.

Comenzó a desvestirla y a desvestirse. La misma piel blanca y brillante, los ojos verdes que lo atravesaban por completo, el cabello corto, cortísimo que le enmarcaba el rostro perfecto, las pecas y lunares en sus pechos. Leah era la galaxia entera.

Ella lo detuvo por un momento hasta que le dijo:

—Hagámoslo bien.

Entonces le tomó la mano y lo guió hasta la habitación principal. Se acostaron en la cama. Rey se colocó sobre ella y Leah acarició el cabello castaño ahora corto. Cerró los ojos para recordarse que ese era el calor de ese cuerpo lo que tanto extrañaba.

El miembro de Rey, tan duro y grueso, penetró las carnes de Leah. El coño de ella estaba empapado y hecho fuego. Las caricias y los besos de los dos, hacían que la excitación aumentara cada vez más.

A diferencia de las otras veces, había un componente especial. Los dos comulgaban en un abrazo. Las extremidades de Leah estaban enlazadas con las de Rey. Sus piernas rozaban su torso, la pelvis de él hacía un movimiento fuerte, contundente. Sus embestidas eran rudas y decididas. De alguna manera, había que retomar el tiempo perdido.

Los gemidos de Leah le hicieron recordar que ese era el sentido de la vida, el estar con la mujer que quería, demostrarle la devoción que le producía porque ella era para él una especie de diosa.

Siguieron follando entre el dolor y el placer. Rey la ahorcaba y le mordía los pechos, ella se dejaba dominar por la fuerza de él. Una fuerza aplastante pero a la vez dulce. Contradictorio pero real.

Ella comenzó a temblar y él también. Los dos se miraron a los ojos y se perdieron en el trance de la excitación. Rey fue cada vez más rápido y más fuerte hasta que por fin escuchó un grito proveniente de las entrañas de ella.

Él, a su vez, apoyó la cabeza sobre su cuello y eyaculó dentro de ese calor que tanto bien le hacía. Se corrieron al mismo tiempo.

XII

Después de dormir varias horas, de ponerse al día con sus vidas y de unos cuantos polvos más, Leah estaba preparando un bolso con las cosas más importantes. Rey hablaba por teléfono para finiquitar los últimos detalles del escape de los dos.

Un par de jeans, unas camisetas, las zapatillas deportivas favoritas, unas fotos con su madre y nada más. No hacía falta nada más. Aquel cascarón fue más bien una especie de excusa para pretender que su vida sería normal pero estando allí, mirándolo hablar, ella se dio cuenta que las cosas nunca volverían a ser como antes... Y tampoco lo querían.

—¿Lista?

—Siempre.

Salieron agarrados de la mano, espiando si alguien los veía y cuando pasaron el miedo, fueron al aparcamiento. Se subieron a una Pick-Up bastante vieja y comenzó a la marcha a un destino desconocido.

Mientras huían por la noche, en medio de las luces tenues, el tráfico escaso y el sonido de algún que otro grillo, Leah se encontró en paz consigo misma. Finalmente estaba persiguiendo el futuro que quería sin importar las consecuencias que pudieran representar. Por otro lado, Rey, dejó de sentirse como ese chaval asustadizo. Por fin podía sentirse tranquilo y en confianza.

XIII

En algún lugar remoto, Rey leía el periódico al caer la tarde. A su lado, tenía una taza de café humeante y un par de galletas de aspecto simple. Estaba concentrado puntualmente en las acciones de la bolsa. Pensaba que quizás era una buena oportunidad en comprar algunas de Google y de Aple.

En ese momento, una figura gateó lentamente hacia él. Leah estaba vestida con un arnés de cuero. En el cuello tenía un collar del mismo material el cual estaba unido a una cadena, en el extremo de esta, otra cinta. Ella la llevaba en la boca.

Rey la miró y se dispuso a doblar el periódico con cuidado. Lo dejó sobre la mesa. Se levantó y le dio un par de nalgadas hasta que escuchó los quejidos de dolor.

—Bien. Es hora de comenzar.

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A

pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma

de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)